



Manuel José Quintana

Poesías

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Manuel José Quintana

Poesías

A Cienfuegos.

Ven dulce amigo mío, a honrar con tu respetable nombre la edición de unos versos que si algún precio tienen, es debido en gran parte a tu inspiración y a tu ejemplo. Nada importa que el mármol del sepulcro te tenga separado de la región de los vivientes. ¿Desata acaso la muerte los lazos de amor y de estimación que unen entre sí a los hombres? No, caro Cienfuegos: la muerte los estrecha de un modo indisoluble; ella los defiende de la inconstancia y de la inconsecuencia; ella los asegura contra los vaivenes de la fortuna; ella, en fin, los pone a cubierto del frenesí de las pasiones. A lo menos de los muertos no hay que temer, Nicasio, esta ingratitude escandalosa, esta alevosía cruel que tan amarga y frecuentemente experimentamos de los vivos.

El dedo de Madrid me señalaba en otro tiempo como amigo, como discípulo, como compañero tuyo. La afición a unos mismos estudios y la profesión de unos mismos principios hacían este honor a mi nombre, bien que ni por la variedad y excelencia de mis talentos, ni por la belleza y perfección de mis escritos deba jamás ir, a la par con el tuyo. De ti aprendí a no hacer de la literatura un instrumento de opresión y de servidumbre, a no envilecer jamás ni con la adulación ni con la sátira la noble profesión de escribir, a manejar y respetar la poesía como un don que el cielo dispensa a los hombres para que se perfeccionen y se amen, y no para que se destrocen y corrompan.

¿Y quién en la miserable época que acaba de pasar ha observado mejor que tú estas máximas sagradas? A la vista y casi en las garras del despotismo insolente y bárbaro que nos oprimía, cantabas tú las alabanzas de la libertad; y en medio de la corrupción más estragada y del desaliento más pusilánime que hubo nunca, tu voz vehemente y severa nos llamaba poderosamente a la energía de los sentimientos patrióticos y a la sencillez y dulzura de las costumbres inocentes. Tengan en buen hora otros escritores la gloria de pintar con más halago las gratas ilusiones de la edad primera; haga en buen hora su mano resonar con más gracia el laúd de Tibulo o la lira de Anacreonte; pero aquellos que sientan en su corazón el santo amor de la virtud y la inflexible aversión a la injusticia; los que se hallen inflamados del entusiasmo puro y sublime hacia el bien y dignidad de la especie humana, esos todos harán continuamente sus delicias de tus odas, de tus epístolas y de tus tragedias, y en ellas hallarán un alimento propio de sus almas sensibles y virtuosas.

Nuestra revolución se anuncia en el Escorial, y la agresión escandalosa de los franceses la precipita en Aranjuez. ¿Qué hará Cienfuegos? ¿Doblará la rodilla al azote del país? Y

sacerdote de las musas ¿profanará su ministerio dorando con el brillo de la armonía y de la elocuencia el acto de iniquidad más execrable que han presenciado los siglos? El atleta robusto de la libertad ¿dejará pasar esta ocasión de hacer frente a la tiranía y de luchar cuerpo a cuerpo con la injusticia? ¡Ah! No. Si al llegar esta crisis espantosa, tus fuerzas, acabadas con la mortal dolencia que te consumía, no te dejaron escribir; si tu voz, ya casi moribunda, no era bastante a entonar aquellos cantos de fuego que hubieran excitado tan noblemente el ardor de los españoles; si no pudiste, en fin, servir a esta causa santísima con aquel carácter irresistible que imprimía tu pluma en la verdad, tú supiste, y esto es más aún, tú supiste sellar con la entereza de tu conducta las bellas máximas que habías esparcido en tus escritos; y mártir glorioso de tu patria, arrostraste y sufriste la muerte por no transigir con los tiranos.

¡Oh Cienfuegos! este tiempo de borrasca ha sido también un tiempo de prueba; y ¡cuán triste, cuán amarga es la que algunos han hecho de la consistencia de sus principios y de la realidad de sus virtudes! Hipócritas de honor y patriotismo, no han podido sostenerse contra el torbellino revolucionario, que les ha arrancado la máscara con que se cubrían y puesto en descubierto toda su abominable desnudez. Tú conocías a muchos de ellos, tú los amabas, tú los estimabas. ¿Pudiste imaginarlo jamás? Los unos se ríen ahora de la misma doctrina que antes predicaban, se han hecho siervos y apóstoles del más execrable tirano, y han insultado sacrílegamente a la patria moribunda en su agonía. Los otros, destrozando cruelmente los vínculos de una amistad antigua y jamás violada, han profanado sin pudor ninguno los respetos todos de la hospitalidad y la confianza, y correspondido al afecto más tierno y paternal con la más negra traición. ¡Ah! ¡puedan estas líneas, si alguna vez llegan a sus ojos, presentarles la horrible diferencia entre lo que ahora son y lo que antes parecían!... ¿Pero dónde voy? Perdona, amigo mío, si he inquietado el reposo de tu sepulcro con unas quejas tan tristes. Al recorrer estos versos, fruto de nuestros ocios antiguos y ocupación agradable de aquel noble retiro en que vivíamos, mi alma, hondamente afligida, no ha podido menos de volver su vista hacia atrás, y contemplar cuán escandalosos desertores han tenido la filosofía y la virtud.

Acabó para mí, y no volverá jamás, aquel tiempo de dulces ilusiones, de gratos y apacibles estudios. Fuerza ha sido abandonarlos para acudir el peligro común y servir a la causa pública en tareas y afanes harto diferentes. Otros cantarán después el triunfo, cuando serenada la agitación y restablecido el orden, la voz dulce de las musas vuelva a resonar en España. Entonces tus vigorosos versos, dignos precursores de libertad y de virtudes, serán aplaudidos con igual admiración que gratitud. Entonces, si por dicha llegan hasta allá los míos, el autor unirá su aplauso al de la posteridad; y el alto aprecio y amistad afectuosa que en vida sintió por ti, prolongándose más allá del sepulcro, durarán siquiera todo lo que dura este libro.

Cádiz, 20 de junio de 1813.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

A Juan de Padilla.

Todo a humillar la humanidad conspira

Faltó su fuerza a la sagrada lira,

Su privilegio al canto,

Y al genio su poder. ¿Los grandes ecos

Do están, que resonaban

Allá en los templos de la Grecia un día,

Cuando en los desmayados corazones

Llama de gloria de repente ardía,

Y el son hasta en las selvas convertía

A los tímidos ciervos en leones?

¡Oh, cuál cantara yo si el dios del Pindo

Poder tan grande a mis acentos diera!

¡Con qué vehemencia entonces la voz mía,

Honor, constancia y libertad sonando,

De un mar al otro mar se extendería!.

¡Patria! nombre feliz, numen divino,

Eterna fuente de virtud, en donde

Su inestinguible ardor beben los buenos;

¡Patria!... La vista atónita no encuentra

Patria en torno de sí, ni el labio implora

Con voz tan bella al simulacro yerto

Que se muestra en su vez. Pálido, triste,

De negro luto y de pavor cubierto,

Ni aun a esquivar se atreve

La mano asoladora

De la furia execrable que, inclemente,

Su seno oprime, su beldad desdora.

Sangre destila si afligido llora;

Su lúgubre alarido

Rompe los aires, y en dolor bañado,

Viene horroroso a lastimar mi oído.

¡Perdona, madre España! La flaqueza

De tus cobardes hijos pudo sola

Así enlutar tu sin igual belleza!

¿Quién fue de ellos jamás? ¡Ah! vanamente

Discurre mi deseo

Por tus fastos sangrientos y el contino

Revolver de los tiempos; vanamente

Busco honor y virtud: fue tu destino

Dar nacimiento un día

A un odioso tropel de hombres feroces,

Colosos para el mal; todos te hollaron,

Todos ajaron tu feliz decoro;

¡Y sus nombres aún viven! Y su frente

Pudo orlar impudente

La vil posteridad con lauros de oro!

¡Y uno solo! ¡Uno solo!... ¡Oh, de Padilla

Indignamente ajado,

Nombre inmortal! Oh gloria de Castilla!

Mi espíritu agitado,

Buscando alta virtud, renueva ahora

Tu memoria infeliz. Sombra sublime,

Rompe el silencio de tu eterna tumba,

Rómpele, y torna a defender tu España,

Que atada, opresa, envilecida, gime.

Sí, tus virtudes solas,

Sólo tu ardor intrépido podría

Volvernos al valor, y sacudido

Por ti sólo sería

Nuestro torpe letargo y ciego olvido.

Tú el único ya fuiste

Que osó arrostrar con generoso pecho

Al huracán deshecho

Del despotismo en nuestra playa triste.

Abortóle la mar más espantoso

Que los monstruos que encierra en su hondo seno.

Y él, respirando su infernal veneno,

Entre ignorancia universal marchaba,

Destruyendo sus pies cuanto corrieron.

¿De qué pues nos valieron

Siete siglos de afán y nuestra sangre

A torrentes verter? Lanzado en vano

Fue de Castilla el árabe inclemente,

Si otro opresor mas pérfido y tirano

Prepara el yugo a su infelice frente.

Ofendida, indignada

Se alzó, se estremeció, y arrojó el grito

De venganza y de horror. «Vuela, hijo mío,

Vuela, y ahuyenta la espantosa plaga

Que me insulta y me amaga:

Sé tú mi escudo, y en tu ardiente brío

Su curso infausto asolador quebranta.»

Dijo; y cual rayo que volando asuela,

O como trueno que bramando espanta,

El héroe de Toledo recorría

Un campo y otro campo: el pueblo todo,

Conmovido a su voz, ardiendo en ira

Y anhelando vencer, corre furioso

A la lucha fatal que se aprestaba.

Padilla le guiaba,

Y de la patria en su valiente mano

El estandarte espléndido ondeaba.

¡Oh estrago! ¡Oh frenesí! Dos veces fueron

Las que el genio feroz de la impía guerra

Entre muerte y dolor mezcló las haces;

¡Haces que nunca combatir debieron!

Un hábito, una tierra

Eran, y una su ley, unas sus aras,

Uno su hablar. ¡Ah bárbaros! ¿Y en vano

Naturaleza os diera

Vínculos tantos? Suspended los hierros

Que sedientos de sangre en vuestras manos

Contemplo con horror: ¿no sois hermanos?

Todos a un tiempo, todos

Revolved: al furor de vuestros brazos

Caiga rota en pedazos

La soberbia del déspota insolente

Que a todos amenaza... ¿En los oídos

No os dan los alaridos,

Las tristes quejas de la edad siguiente,

Que a ominosa cadena

Vuestra discordia pérfida condena?

De polvo en tanto la confusa nube,

Nuncia ya del furor, turbando el día,

Hasta el Olimpo sube;

Y del bronce tronante al estallido

El viento sacudido

Raudo dilata por Castilla toda

En ecos el horror: corre la sangre,

Vuela la muerte... ¡Oh Dios! ¿por qué dispersas

Las huestes vencedoras

Se derraman así? Solo en el llano,

De arena y sangre y de sudor cubierto,

Miro al héroe que lucha, y lucha en vano,

Y al fin cayó: su mísera caída

La libertad rendida

Llevó tras sí. Cayó: cuando salieron

Sus últimos suspiros,

Al seno augusto de la patria huyeron.

Tajo profundo, que en arenas de oro

La rubia espalda deslizando, llegas

El pie a besar a la imperial Toledo;

Toledo, que en desdoro

De su antigua altivez y su energía

Se encorva al yugo que esquivó algún día;

Toledo, oriente de Padilla... ¡Oh río!

Tú le viste nacer, tú lamentaste

Su destino infeliz, y en triste duelo

Su fin infausto denunciaste al cielo.

Tú aquel solar bañabas,

Do siempre incorruptibles se albergaron

La patria y el valor. Mis ojos vean

El suelo que él hollaba,

El espacio feliz do respiraba,

Y en mi llanto y dolor bañados sean.

¡Y nada encuentro! Y la venganza airada

Nada indultó! Su bárbara violencia

La inocente morada

De la opresa virtud sufrir no pudo.

Derrocóla; en su vez, solo, afrentoso,

El padrón del oprobio allí se mira,

Que a dolor congojoso

Incita el pecho y a furor sañudo,

Cuando contempla a la ignominia dado

Tan santo sitio y al silencio mudo.

¡Mudo silencio! No; que en él aún vive

Su grande habitador: vedle cuán lleno

De generosa ira

Clamando en torno de nosotros gira.

«Castellanos, alzáos; la inmensa huella

Corrió de tres edades

Por mi sangre infeliz; corrió, y aun ella

Hierve reciente y a venganza os llama.

¿Queréis por dicha conllevar la pena

Del siglo vil a quien mi muerte infama?

¿Seguir besando la fatal cadena?

¿Vuestro mal merecer? Volved los ojos,

Volved atrás, y contempladme cuando

Yo di a la tierra el admirable ejemplo

De la virtud con la opresión luchando.

Entonces los clamores

De la tremente patria en vano oísteis,

Negándoos a su voz, y fascinados

Tras la execrable esclavitud corristeis,

Forjando ¡oh indignación! los torpes lazos

Que oprobio han sido a tan robustos brazos.

«Y aquella fuerza indómita, impaciente,

En tan estrechos términos no pudo

Contenerse, y rompió; como torrente

Llevó tras si la agitación, la guerra,

Y fatigó con crímenes la tierra.

Indignamente hollada

Gimió la dulce Italia, arder el Sena

En discordias se vio, la África esclava,

El Bático industrial

Al hierro dado y devorante ruego.

¿De vuestro orgullo, en su insolencia ciego,

Quién salvarse logró? Ni al indio pudo

Guardar un ponto inmenso, borrascoso,

De sus sencillos lares

Inútil valladar: de horror cubierto

Vuestro genio feroz, hiende los mares,

Y es la inocente América un desierto.

«Tantos estragos, sin respeto holladas

Justicia y fe, la detestable ofensa

Hecha a la patria de amarrarla al yugo

Y ahogar su libertad, a un tiempo alzarón

Su poderoso grito,

Y a la atónita Europa despertaron.

Ella sobre vosotros indignada

Cayó y os oprimió. ¿Qué se hizo entonces

Vuestra vana altivez? La tiranía

Que lenta os consumía

Tendió su cetro bárbaro, y llamando

A la exicial superstición, con ella

Fue abierto el hondo precipicio en donde

Se hundió al fin vuestro nombre,

Viles esclavos, que en tan torpe olvido

Sois la risa y baldón del universo,

Cuyo espanto y escándalo habéis sido.

«Estremecéos, a la Ignominia hoy dados,

Mañana al polvo, ¿no miráis cuál brama,

Con cuál furor se inflama

La tierra en torno a sacudir del cuello

La servidumbre? ¿Y se verá que, hundidos

En ocio infame y miserable sueño,

Al generoso empeño

Los últimos voléis? No; que en violenta

Rabia inflamado y devorante saña

Ruja el león de España,

Y corra en sangre a sepultar su afrenta.

La espada centellante arda en su mano,

Y al verle, sobre el trono

Pálido tiemble el opresor tirano.

Virtud, patria, valor: tal fue el sendero

Que yo os abrí primero;

Vedle, holladle, volad; mi nombre os guíe,

Mi nombre vengador, a la pelea:

Padilla el grito de las huestas sea,

Padilla aclame la feliz victoria,

Padilla os dé la libertad, la gloria.»

(Mayo de 1797.)

A la expedición española

Para propagar la vacuna en América bajo la dirección de don Francisco Balmis.

¡Virgen del mundo, América inocente!

Tú, que elpreciado seno

Al cielo ostentas de abundancia lleno,

Y de apacible juventud la frente;

Tú, que a fuer de más tierna y más hermosa

Entre las zonas de la madre tierra,

Debiste ser del hado,

Ya contra ti tan inclemente y fiero,

Delicia dulce y el amor primero;

Óyeme: si hubo vez en que mis ojos,

Los fastos de tu historia recorriendo,

No se hinchesen de lágrimas; si pudo

Mi corazón sin compasión, sin ira

Tus lástimas oír, ¡ah! que negado

Eternamente a la virtud me vea,

Y bárbaro y malvado

Cual los que así te destrozaron sea.

Con sangre están escritos

En el eterno libro de la vida

Esos dolientes gritos

Que tu labio afligido al cielo envía.

Claman allí contra la patria mía,

Y vedan estampar gloria y ventura

En el campo fatal donde hay delitos.

¿No cesarán jamás? ¿No son bastantes

Tres siglos infelices

De amarga expiación? Ya en estos días

No somos, no, los que a la faz del mundo

Las alas de la audacia se vistieron

Y por el ponto Atlántico volaron;

Aquellos que al silencio en que yacías,

Sangrienta, encadenada, te arrancaron.

«Los mismos ya no sois; pero ¿mi llanto

Por eso ha de cesar? Yo olvidaría

El rigor de mis duros vencedores;

Su atroz codicia, su inclemente saña

Crimen fueron del tiempo, y no de España.

Mas ¿cuándo ¡ay Dios! los dolorosos males

Podré olvidar que aun mísera me ahogan?

Y entre ellos... ¡Ah! venid a contemplarme,

Si el horror no os lo veda, emponzoñada

Con la peste fatal que a desolarme

De sus funestas naves fue lanzada.

Como en árida mies hierro enemigo,

Como sierpe que infesta y que devora,

Tal su ala abrasadora

Desde aquel tiempo se ensañó conmigo.

Miradla abracecerse, y cual sepulta

Allá en la estancia oculta

De la muerte mis hijos, mis amores.

Tened ¡ay! compasión de mi agonía

Los que os llamáis de América señores:

Ved que no basta a su furor insano

Una generación; ciento se traga;

Y yo, expirante, yerma, a tanta plaga

Demando auxilio, y le demando en vano.»

Con tales quejas el Olimpo hería

Cuando en los campos de Albión natura

De la viruela hidrópica al estrago

El venturoso antídoto oponía.

La esposa dócil del celoso toro

De este precioso don fue enriquecida,

Y en las copiosas fuentes le guardaba,

Donde su leche cándida a raudales

Dispensa a tantos alimento y vida.

Jenner lo revelaba a los mortales.

Las madres desde entonces

Sus hijos a su seno

Sin susto de perderlos estrecharon,

Y desde entonces la doncella hermosa

No tembló que estragase este veneno

Su tez de nieve y su color de rosa.

A tan inmenso don agradecida

La Europa toda en ecos de alabanza

Con el nombre de Jenner se recrea;

y ya en su exaltación eleva altares

Donde, a par de sus genios tutelares,

Siglos y siglos adorar le vea.

De tanta gloria a la radiante lumbre,
En noble emulación llenando el pecho,
Alzó la frente un español: «No sea,
Clamó, que su magnánima costumbre
En tan grande ocasión mi patria olvide.
El don de la invención es de fortuna,
Cócele allá un inglés; España ostente
Su corazón espléndido y sublime,
Y dé a su majestad mayor decoro
Llevando este tesoro
Donde con mas violencia el mal oprime.
Yo volaré; que un numen me lo manda;
Yo volaré: del férvido Océano
Arrostraré la furia embravecida,
Y en medio de la América infestada
Sabré plantar el árbol de la vida.»

Dijo; y apenas de su labio ardiente

Estos ecos benéficos salieron,

Cuando tendiendo al aire el blando lino,

Ya en el puerto la nave se agitaba

Por dar principio a tan feliz camino.

Lánzase el argonauta a su destino.

Ondas del mar, en plácida bonanza

Llebad ese depósito sagrado

Por vuestro campo líquido y sereno;

De mil generaciones la esperanza

Va allí, no la aneguéis, guardad el trueno,

Guardad el rayo y la fatal tormenta

Al tiempo en que, dejando

Aquellas playas fértiles, remotas,

De vicios y oro y maldición preñadas

Vengan triunfando las soberbias flotas.

A Balmis respetad. ¡Oh heroico pecho,

Que en tan bello afanar tu aliento empleas!

Ve impávido a tu fin. La horrenda saña

De un ponto siempre ronco y borrascoso,

Del vértigo espantoso

La devorante boca,

La negra faz de cavernosa roca

Donde el viento quebranta los bajeles,

De los rudos peligros que te aguardan

Los más grandes no son ni más crueles.

Espéralos del hombre: el hombre impío,

Encallado en error, ciego, envidioso,

Será quien sople el huracán violento

Que combata bramando el noble intento.

Mas sigue, insiste en él firme y seguro;

Y cuando llegue de la lucha el día,

Ten fijo en la memoria

Que nadie sin tesón y ardua porfía

Pudo arrancar las palmas de la gloria.

Llegas en fin. La América saluda

A su gran bienhechor, y al punto siente

Purificar sus venas

El destinado bálsamo: tú entonces

De ardor más generoso el pecho llenas;

Y obedeciendo al numen que te guía,

Mandas volver la resonante prora

A los reinos del Ganges y a la aurora.

El mar del Mediodía

Te vio asombrado sus inmensos senos

Incansable surcar; Luzón te admira,

Siempre sembrando el bien en tu camino,

Y al acercarte al industrioso chino,

Es fama que en su tumba respetada

Por verte alzó la venerable frente

Confucio, y que exclamaba en su sorpresa

«¡Digna de mi virtud era esta empresa.»

¡Digna, hombre grande, era de ti! Bien digo

De aquella luz altísima y divina,

Que en días más felices

La razón, la virtud aquí encendieron!

Luz que se extingue ya: Balmis, no tornes

No crece ya en Europa

El sagrado laurel con que te adornes.

Quédate allá, donde sagrado asilo

Tendrán la paz, la independencia hermosa;

Quédate allá, donde por fin recibas

El premio augusto de tu acción gloriosa.

Un pueblo, por ti inmenso, en dulces himnos

Con fervoroso celo

Levantará tu nombre al alto cielo

Y aunque en los sordos senos

Tú ya durmiendo de la tumba fría,

No los oirás, escúchalos al menos

En los acentos de la musa mía.

(Diciembre de 1806.)

A Luisa Todi,
cuando cantó en el teatro de Madrid las dos óperas de Armida y Dido.

¿Qué se negó de la falaz Armida

Al mágico poder? Su voz sonaba,

Y el bátratro profundo

De sus lóbregos senos alanzaba

El tremendo escuadrón que la servía.

Viérase al punto de infernal veneno

Toda inundarse en derredor la esfera,

Arder el rayo y retumbar el trueno.

La rápida carrera

Suspenderse del sol, bramar los vientos,

En sus hondos cimientos

Estremecerse el mar, y mal segura

La tierra contrastada,

De sus ejes eternos desquiciada.

Mas cuando al fin enamorada y ciega

El corazón indómito rendía,

Y de perder su amante recelosa,

En los fines del orbe le escondía,

Ya no era entonces la espantosa maga;

Era ya una deidad. El polo yerto

Ostentóse cubierto

Con el manto de Flora;

Por los fecundos prados

Las fuentes murmuraban,

Y de esencias bañados,

Los céfiros jugaban con las flores;

Volaban los amores,

Las gracias y el deleite en pos de Armida,

Y ella entre tanto, de Rinaldo asida,

El coro de las aves escuchaba,

Que al placer y al amor la convidaba.

Tal fue entonces Armida; y tal ahora

Tú ¡oh poderosa Todi! la presentas,

Ya en ternura y delicias anegada,

Temerosa después, y al fin furiosa

Viendo su gloria y su beldad hollada.

¡Invención celestial! No, no es Armida

La que así nos enciende

Y el agitado espíritu suspende

El mentido poder que por su encanto

Tuvo en los elementos confundidos,

Hoy en nuestros sentidos

Lo alcanza el arte y lo renueva el canto.

¡Soberana armonía!

¿En qué sus dulces y halagüeñas flores

Más bien que en tus loores

Esparcir deberá la poesía?

Pero ¿cómo en su vuelo

La poderosa voz seguir podría

Que pasma al mundo y maravilla al cielo?

Ella parte suave;

Y ora orgullosa y grave

Del espacio los ámbitos domina,

Ora en quiebros dulcísimos se pierde,

Y delicada trina;

Ora sube al Olimpo, ora desciende,

Y ora como un raudal rico y sonoro

Vierte súbitamente en los oídos

De su riqueza armónica el tesoro.

Sola la admiración enmudecida

Seguirla puede en su veloz carrera;

¿Y do ha vivido el corazón de fiera

Que se negase esquivo

De su expresión celeste al atractivo?

¡Oh! no es posible el evitar su imperio;

La fogosa energía

De su gesto y acción se le prometen,

Y su mágico acento y melodía.

Aquí vence, aquí triunfa, aquí arrebatada

Vedla de gloria y majestad vestida

Cuando del solio el esplendor retrata

Vedla después, desesperada y llena

De cólera y soberbia, amenazando

Nube parece que espantosa truena,

O terrible Aquilón cuando, soplando

Con hórrido silvido,

Sacude el universo combatido.

¿Mas cuál benigna suavidad se siente?

Él es, el blando amor, el hijo ardiente

De la hermosa y divina Citerea:

Más dulce y grato que la miel hiblea,

Más puro que los céfiros, su acento

Sale inflamando el viento,

Y por do quiera su ternura inspira.

Ya tras el bien perdido

Vaga anhelante y con dolor suspira;

En el dulce trinar pinta el gemido,

En los blandos gorjeos

Aparecen los tímidos deseos,

La amorosa inquietud, las ansias tiernas,

La risa alegre y apacible juego

Que ceban tanto el delicioso fuego.

Ya con tono más grave

La sublime constancia se ve ornada,

O en celeste deliquio modulada

Del caro bien la posesión suave.

Entonces gime el insensible, entonces

Hasta los duros mármoles se agitan;

Amor aprende a amar, a amar incitan

El eco, el viento, y de tu voz herido,

Por su divino impulso es arrastrado

Mi corazón vencido.

Salta en el pecho, y sin cesar palpita,

Todo anegado en el amante anhelo

Que inspira el canto; su vehemente llama

Veloz discurre por mi sangre y venas,

Y en todas ellas su calor derrama;

Derrama su calor, que vuelto en llanto,

Sin ser posible a contenerle el seno,

Salta a la vista en delicioso encanto.

¿Quién de tu genio mesurar podría

La extensión y el ardor? Dinos, ¿en dónde

Tuvo su oriente? En dónde

Se adestró a desplegar tal osadía,

Y de tanta riqueza salió lleno?

¿Fue acaso allá donde el feliz Ismeno

Corrió bañando la sonora Tebas?

¿O más bien sobre el Ísmaro sombrío,

Do por la vez primera

Los ecos de la música sonaron,

Y tras sí arrebataron

Los hombres y las fieras,

Las rocas y los árboles? ¿Do Orfeo

Su lira de oro celestial pulsaba,

Los vientos a su voz se condolían,

Y a Eurídice llamaba,

Y Eurídice los montes respondían?

Igual, empero, o superior, tú impeles

Al seno del olvido

Los pesares amargos y crueles.

Yo lo vi, lo sentí. Del hondo averno

Por mi mal abortado,

Un esquivo cuidado devoraba

Mi triste corazón, cuando presente

Vi la sidonia reina, que el amaba

Contra el troyano pérfido inclemente.

¡Bárbara atrocidad! Huye el ingrato

Sin que bastantes sean

De la mísera amante las querellas

Su fuga a suspender: huye, no cura

Los preciosos tesoros

Que fiel le prodigaba la hermosura;

Tesoros ¡ay! de amor y de ternura.

Y se entrega a la mar, ¡qué de lamentos!

Qué horrorosos acentos!

¡Qué desesperación! En vano llora

La triste, y corre enfurecida, y gime;

En vano al cielo en su dolor implora,

Y a los hombres también; hombres y dioses

Al dolor y al horror la abandonaron

¿Morirá la infelice

Sin hallar compasión? Grande, sublime

Terrible situación, que sorprendido

Mi espíritu admiraba,

Y olvidó su aflicción llorando a Dido.

¡Y que tan dulces horas

Hayan de fenecer! Mantua te pierde,

Mantua, que tanto te admiró; desierto

Se verá el gran teatro donde un día

Al eco de tu canto y los aplausos

El soberbio artesón se estremecía.

Mustio el espectador, irá a buscarte

Y no te encontrará; y en tal vacío,

¿Do está, dirá, la enamorada Elfrida,

La encantadora Elfrida? ¿Adónde fueron

La dulce Hipermenestra,

La arrogante Cleopatra y Cleofida?

Sombras sublimes, cuya hermosa idea

Inventar y animar el genio pudo,

¿Será que nunca ya mi mente os vea?

Anda, vive feliz, corre el sendero

Que a tu brillante gloria abrió el destino;

Mas ¿qué le falta a su esplendor divino?

El universo entero

Su honor, su encanto, su deidad te aclama.

Llevada en raudo vuelo

Por la sonante trompa de la fama,

Pasmarás las edades, y asombrado

Te nombrará el artista y confundido.

Por más osado que su genio sea,

Tú el término serás de su esperanza,

Dique a su presunción: él desde lejos

Adorará tus soberanas huellas,

Y lucirá tal vez con tus reflejos.

Así en el alto Olimpo las estrellas

Brillan, mas solamente en noche umbría,

Cediendo el resplandor y la victoria

Al gran planeta que preside al día

(1705)

A la hermosura.

Cuando en la flor de mis risueños días

Mi vista hirió tu luz, dulce hermosura,

¡Oh cómo palpité! ¡Cómo mi pecho

Te amó, te idolatró! Tú numen fuiste

Que desplegar hiciste

El vuelo de mi voz, tú presidías

De mi cítara al son, que entonces era

Más bien el eco de las ansias mías

Que el eco de tu gloria: exento ahora

De temor, de deseo y de esperanza,

Que aceptes pido con afable agrado

El tributo que rindo a tu alabanza.

¡Oh si al formar tu vencedor traslado,

Benigno el cielo, la apacible tinta

Me diera con que el día en el oriente

Nace a inundarle en cándidos albores!

¡Los hermosos colores

Flora me diera con que adorna y pinta

Al soberbio clavel su altiva frente!

Diérame de su seno la fragancia,

Y la bella elegancia

Que gentiles los álamos despliegan

Cuando las auras del abril los mecen,

Cuando las lluvias del abril los riegan.

A tu nacer testigo

El orbe se recrea,

Que tanto llega a florecer contigo

Y te contempla en tu halagüeña cuna,

Como al morir el día

Mira el recinto de la selva umbría

La incierta luz de la naciente luna.

Mírate amor alborozado, y lleno

Ya del ardor que en esperanza siente,

«Yo bañaré con mi esplendor su frente,

Soberbio exclama, y con mi ardor su seno.»

Crece; que el lirio y la purpúrea rosa

Tiñan tus gratos miembros a porfía;

El sol de mediodía

La lumbre encienda de tus ojos bellos;

Que el tímido pudor la temple en ellos;

La esencia de las flores

Tu dulce aliento sea,

Y a velar tus encantos vencedores

Bajen en crespas ondas tus cabellos;

En tu nevado seno

Empiecen los amores

La primera a gustar de sus delicias;

Tu pie en la danza embellecer se vea,

Y tu cándida mano en las caricias.

Diosa de la beldad, alza la frente,

Mira tu gloria; al contemplarla el sabio

Despide de su mente

La grave austeridad; la indiferente

Desmayada vejez siente que inflama

Tu viva lumbre sus cenizas frías,

Y suspirando exclama:

«¡Ah, quien volviera a los floridos días!»

Mientras que ansiosa, arrebatada y ciega,

La juventud a oleadas

Corre, y se agolpa tras de ti, y a oleadas

Su tierno afán a tributarte llega.

¡Qué nube de esperanzas y deseos

Te halaga en derredor! Qué de suspiros!

¡Cuántos amores! Y soberbia y fiera,

Sin ver ni agradecer, sigues hollando

La apacible carrera

Sembrada de placer, ornada en flores,

Tras tu carro de triunfo arrebatando

Los míseros despojos

De tantos amadores

Que al son de su cadena,

Bendiciendo tu luz, cantan su pena.

¡Dichoso aquel que junto a ti suspira,

Que el dulce néctar de tu risa bebe,

Que a demandarte compasión se atreve,

Y blandamente palpitar te mira!

¡En fin triunfaste, amor! ¿Cuál es la gloria

Que iguale en su contento

A tan bella y magnífica victoria?

Mira al mortal que devoró los dones,

Los dulces dones suspirados tanto,

Cual se agita impaciente, estremecido,

De vanidad henchido,

De gozo inmenso, de inefable encanto.

¡Y no es eterno! ¡Ay Dios! ¡Y llega un día

En que del albo seno,

Cansada la hermosura,

Lanza al amor! Amor la embellecía;

Él su semblante de expresión bañaba,

Él gracia la inspiraba y bizarría;

El mundo la veía,

Y cual templo de un Dios la respetaba.

Y ora apagando la sagrada antorcha,

Su alas tiende amor, y huye gimiendo

A la vana inconstancia, a la falsía,

Que su altar profanaron

Y la alma, fuente del sentir, cegaron.

No así en ti se cegó, cuando a la tierra

Ejemplo dabas del amor más puro,

Heloisa infeliz. ¿Cuál fue la mano

Que, despiadada y dura,

Hundió en ese recinto pavoroso,

Morada del horror, tanta hermosura?

Y respondes: «Mi amor.» ¿Quién por tu seno

Dilató de tan bárbaros dolores

El amargo raudal? «Mi amor.» ¿Un tiempo

No llegará en que espire

El nombre de Abelardo en tus clamores,

De que el eco se llena,

Y en esas anchas bóvedas resuena?

«No lo sufre mi amor. Mira los días

Cual pasaron por mí; su triste huella

Marchitó mi beldad, sin que un instante

Viese templar la inapagable llama

Que me consume. Feneció mi amante

Sin fenecer mi amor; sus restos fríos

Son sin cesar bañados

De ardiente llanto y de lamentos míos.

Déjame en ellos inundarme; el cielo

Este solo placer es el que ha dado

A mi infelice suerte.

Déjame mi dolor; cuando la muerte

Venga a librarme del horror del mundo,

Entonces ¡ay! en mi postrer momento

Abelardo, dirá con hondo acento,

Abelardo, mi labio moribundo.»

Así sus ayes lastimeros hienden

De siglo a siglo, y sus agudos ecos

En lástima y amor el pecho encienden.

Rosas y mirtos a su tumba, y llanto,

Llanto más bien; las lágrimas que vierto,

Al mismo tiempo que mi voz la nombra,

Son dulce ofrenda a su adorable sombra.

¿Tanto vale el sentir? ¿A tanto alcanza

Su divino poder? Ojos hermosos,

Sabed que nunca parecéis más bellos,

Sabed que nunca sois más poderosos

Que cuando en vos se mira

El vivo afán que el sentimiento inspira.

Sin él ¿qué es la beldad? Flor inodora,

Estatua muda que la vista admira,

Y que insensible el corazón no adora.

A la paz entre España y Francia en 1795

Dos lustros ya de plácido sosiego

Sobre el regazo de la paz hermosa

Gozado el mundo había;

Y adormecido el fuego

De la discordia atroz, la espada ociosa

Entre el polvo y orín se consumía.

Nada turbó las cándidas auroras

De tan dulce quietud; logró en su asilo

El labrador tranquilo

Ver coronadas de su afán las horas.

Más sangre y fuego respirando viene

Con violento ademán Mavorte fiero,

Y a la cumbre escarpada

De la antigua Pirene

Sube ardiendo en furor; cruje el acero,

De su carro espantoso, y empuñada

La mortífera lanza que blanda,

Mueve sañudo la execrable frente,

Y en su rabia impaciente

Cebarse en llanto y mortandad desea.

Tronó su voz; al escucharla entonces

El suelo en luto y en pavor gemía

Destrozado, oprimido

Con los enormes bronce,

Vio la flor de la Hesperia que corría

De la bélica trompa al gran sonido.

¡Miseros! id donde el honor os lleva,

Ardiendo en ansia de funesta gloria;

Volad a la victoria,

Y haced de vuestro aliento heroica prueba

¿Qué lograréis? El monstruo abominable

De vuestra insana ceguedad riendo,

Da la señal; ya sube

Del cañón formidable,

Al cielo vuestros crímenes diciendo,

De fuego y humo la ondeante nube.

Retumba el aire, y pavoroso esconde

Los gritos, el terror, el triste estrago;

El amago al amago,

La cólera a la cólera responde,

Muerte horrible a la muerte. Así espantoso

Bate las altas cimas de Apenino

El Aquilón sañudo;

A su ímpetu fragoso

El cedro añoso y el soberbio pino,

Sin encontrar a su defensa escudo,

Caen; y el hondo valle estremeciendo,

Por los ecos alígeros llevado,

Asorda dilatado

De caverna en caverna el ronco estruendo.

Y en medio de la lucha fulminante

Es el furor tan bárbaro y tan ciego,

Que ni la tierna esposa

Ni la afligida amante

Templar podrán de la contienda el fuego

Con su memoria tierna y dolorosa.

Todo cae, agoniza; ¡hombres crueles!

Y acaso aspiran a dorar su estrago

Con el falaz halago

Del carro triunfador y sus laureles.

Mas no; junto a la rueda sanguinaria

Van la viudez y la orfandad que lloran.

Monarcas de la tierra,

¿La mísera plegaria

No escucháis de los pueblos que os imploran?

Poned, poned un término a la guerra;

Y si el rayo, el relámpago y el trueno

Vuestro poder mostraron a porfía,

Ya es bien que luzca un día,

Debido a vuestra unión, dulce y sereno.

Le dais por fin; a vuestra voz levanta

En el aire la paz de su alma oliva

La bienhechora rama.

¿No veis cuál se adelanta

A aplaudiros la tierra, y cuán festiva

Bendice vuestro nombre y os aclama?

¡Salud, divina paz! Eterna amiga

De la vida y del bien, ven, y en contento

Convierte el desaliento,

Y en sosiego apacible la fatiga.

Ven, y que la amistad, que la preciada

Virtud prodiguen sus inmensos bienes:

En esto ¡oh Diosa! emplea

Tu protección sagrada.

Tú fecundas el mundo y le sostienes,

Tú le das ornamento y se hermosea;

Bajo la sombra de tu augusto velo

Las artes viven en concierto amigo,

Y seguro contigo,

El Genio extiende su brillante vuelo.

A ti en los templos el incienso humea,

A ti las musas su divino acento

Sonoramente envían;

Y en cuanto el mar rodea,

En cuanto ilustra el sol y gira el viento,

De ti sola su bien los pueblos fían.

¡Ah! Maldición eterna al inhumano

Que, profanando la quietud del suelo,

Muestre en bárbaro anhelo

Ardiendo el hierro en su homicida mano!

¡Maldición, maldición! Corren veloces

Los ríos a la mar; nosotros ciegos

Al crimen y a la muerte

Nos llevamos feroces,

Sin atender a los humildes ruegos

De la virtud, sin escuchar la fuerte

Lección del tiempo, que incesante clama.

¡Triste destino! El hombre fascinado

Va siempre al carro atado

De la ambición frenética que brama.

Pues si negado a tantos escarmientos,

Siempre ha de ser que el universo gima

En guerra y en crueldades,

Dejad vuestros asientos,

¡Oh montes! y cayéndonos encima,

Feneced de una vez tantas maldades.

Irrita ¡oh ponto! tus voraces ondas.

Hasta que, sepultado el ancho mundo

En tu abismo profundo,

Por siempre en él nuestra impiedad escondas.

A Meléndez,
cuando la publicación de sus poesías.

¡Gloria al grande escritor a quien fue dado

Romper el sueño y vergonzoso olvido

En que yace sumido

El ingenio español; donde confusas,

Sin voz y sin aliento,

Se hunden y pierden las sagradas musas.

Alto silencio en la olvidada España

Por todas partes extendió su manto,

Cuando tu hermoso canto

Resonando, ¡oh Meléndez! de repente,

De orgullo y gozo llena,

Se vio a tu patria levantar la frente.

Tal en la noche de los siglos densas

Crecer las nieblas de ignorancia viendo

Natura, y sacudiendo

El ocio letargoso en que yacía,

Dijo: «Que Homero sea;»

Y Homero nace, y resplandece el día.

Bellos como la luz, tersos y puros,

Bien como el fondo del etéreo cielo,

Gratos aún más que el vuelo

Del céfiro sonante en el estío,

Cuando las hojas mueve,

Y temple el rayo en delicioso frío;

Tus armoniosos versos a raudales

Del manantial fecundo se arrebatan,

Do fieles se retratan

Las flores y los árboles del suelo,

Las sierras enriscadas,

Las bóvedas espléndidas del cielo.

¡Cisnes del Pindo! Amable Anacreonte.

Tú, que de esto y amor mientras vivías,

Mísera Safo, ardías;

Y tú, divino Píndaro, que elevas

En tu atrevido acento

Con tu nombre clarísimo el de Tebas;

Volad hacia las playas de occidente

Desde la cumbre de Helicón divino,

Y ved el gran destino

Con que se ensoberbece el suelo iberio

Mirando en su poeta

Vuestra alta gloria y vuestro dulce imperio.

Ornan las gracias su celeste lira

Cuando el canto de amor en ella suena

Y apacible y serena

La belleza en sus versos vencedores

Se goza retratada,

De rayos coronada y resplandores.

Seguidle luego a los amenos campos,

A la abundosa y apacible vega

Que el claro Tormes riega;

Y al escuchar su pastoral acento,

Ved florecer las rosas,

Reír el prado, embebecerse el viento.

Mas ¿do su musa rápida se esconde?

¿Dónde se eleva? A su ambicioso pecho

El orbe vino estrecho,

Y al éter se encumbró; gozosa mira

Bajo de sí las nubes,

Y al campo inmenso del espacio gira.

¡Vosotros solos, númenes del canto,

Le seguiréis! Desde el fanal de Apolo

Al rutilante polo

Todo lo abarca en su inmortal porfía,

Y de fulgor se llena,

Y torrentes de lumbre al mundo envía.

A esta pompa magnífica, a los ecos

De aplauso universal que resonaron,

Sus cuellos agitaron

Las serpientes de la envidia, y de su seno

Ya a lanzar se aprestaban

Con torpe lengua el infernal veneno;

Cuando un genio gritó: «¡Monstruos odiosos!

¿Qué sois, decid, para alcanzar victoria

De tan hermosa gloria?

Sabed que nunca de la niebla umbría

El insensato orgullo

Vencer presume en claridad al día.

Admirad y callad», dijo. La envidia

Viose aterrada, y su furor fue vano;

Y el genio abrió su mano,

Y el lauro descendiendo omnipotente,

Al inmortal poeta

Cercó de rayos la gozosa frente.

(1797.)

Al armamento de las provincias españolas contra los franceses.

«Eterna ley del mundo aquesta sea:

En pueblos o cobardes o estragados

Que ruede a su placer la tiranía

Mas si su atroz porfía

Osa insultar a pechos generosos

Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,

Estréllese al instante,

Y de su ruina brote el escarmiento.»

Dijo así Dios: con letras de diamante

Su dedo augusto lo escribió en el cielo,

Y en torrentes de sangre a la venganza

Mandó después que lo anunciase al suelo.

Hoy lo vuelve a anunciar. En justa pena

De tu vicioso y mísero abandono

En ti su horrible trono

Sentó el numen del mal, Francia culpable;

Y sacudiendo el cetro abominable,

Cuanto sus ojos ven, tanto aniquila.

El genio atroz del insensato Atila,

La furia que el mortífero estandarte

Llevaban de Timur, mandan al lado

De tu feroz sultán; ellos le inspiran,

Y ya en su orgullo a esclavizar se atreve

Cuanto hay del mar de Italia a los desiertos

Faltos siempre de vida y siempre yertos,

Do reina el polo engendrador de nieve.

Llega, España, tu vez; al cautiverio

Con nefario artificio

Tus príncipes arrastra, y en su mano

Las riendas de tu imperio

Logró tener, y se ostentó tirano.

Ya manda, ya devasta; sus soldados

Obedeciendo en torpe vasallaje

Al planeta de muerte que los guía,

Trocaron en horror el hospedaje,

Y la amistad en servidumbre impía.

¿Adónde pues huyeron,

Pregunta el orbe estremecido, adónde

La santa paz, la noble confianza

La no violada fe? Vanas deidades,

Que solo ya los débiles imploran.

Europa sabe, de escarmiento llena,

Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran

Esos atroces vándalos del Sena.

Pues bien, la fuerza mande, ella decida;

Nadie incline o esta gente fementida

Por temor pusilánime la frente;

Que nunca el alevoso fue valiente.

Alto y feroz rugido

La sed de guerra y la sangrienta saña

Anuncia del león; con bronco acento

Ensordecido el eco en la montaña,

A devorar su presa

Las águilas se arrojan por el viento.

Sola la sierpe vil, la sierpe ingrata

Al descuidado seno que la abriga

Callada llega y ponzoñosa mata.

Las víboras de Alcides

Son las que asaltan la adorada cuna

De tu felicidad. Despierta, España,

Despierta, ¡ay Dios! Y tus robustos brazos,

Haciéndolas pedazos

Y esparciendo sus miembros por la tierra,

Ostenten el esfuerzo incontrastable

Que en tu naciente libertad se encierra.

Ya se acerca zumbando

El eco grande del clamor guerrero,

Hijo de indignación y de osadía.

Asturias fue quien le arrojó primero;

¡Honor al pueblo astur! Allí debía

Primero resonar. Con igual furia

Se alza, y se extiende adonde en fértil riego

Del Ebro caudaloso y dulce Turia

Las claras ondas abundancia brotan;

Y como en selvas estallante fuego

Cuando las alas de Aquilón le azotan,

Que de pronto a calmar ni vuelto en lluvia

Júpiter basta, ni los anchos ríos

Que oponen su creciente a sus furores;

Los ecos librades

Vuelan, cruzan, encienden

Los campos olivíferos del Betis,

Y de la playa Cántabra hasta Cádiz

El seno azul de la agitada Tetis.

Álzase España, en fin; con faz airada

Hace a Marte señal, y el Dios horrendo

Despeña en ella su crujiente carro;

Al espantoso estruendo,

Al revolver de su terrible espada,

Lejos de estremecerse, arde y se agita,

Y vuela en pos el español bizarro.

«¡Fuera tiranos!» grita

La muchedumbre inmensa. ¡Oh voz sublime,

Eco de vida, manantial de gloria!

Esos ministros de ambición ajena

No te escucharon, no, cuando triunfaban

Tan fácilmente en Austerlitz y en Jena;

Aquí te oirán y alcanzarás victoria;

Aquí te oirán saliendo

De pechos esforzados, varoniles;

Y la distancia medirán, gimiendo,

Que hombres hay a mercenarios viles.

Fuego noble y sublime, ¿a quién no alcanzas?

Lágrimas de dolor vierte el anciano

Porque su débil mano

El acero a blandir ya no es bastante

Lágrimas vierte el ternezuelo infante;

Y vosotras también, madres, esposas,

Tiernas amantes, ¿qué furor os lleva

En medio de esas huestes sanguinosas?

Otra lucha, otro afán, otros enojos

Guardó el destino a vuestros miembros bellos.

Deben arder en vuestros negros ojos.

«¿Queréis, responden, darnos por despojos

A esos verdugos? No: con pecho fuerte

Lidiando a vuestro lado,

También sabremos arrostrar la muerte.

Nosotras vuestra sangre atajaremos;

Nosotras dulce galardón seremos

Cuando, de lauro y de floridos lazos

La vencedora frente coronada,

Reposo halléis en nuestros tiernos brazos.»

¿Y tú callas, Madrid? Tú, la señora

De cien provincias, que cual ley suprema

Adoraban tu voz, ¿callas ahora?

¿Adónde están el cetro, la diadema,

La augusta majestad que te adornaba?-

«No hay majestad para quien vive esclava

Ya la espada homicida

En mí sus filos ensayó primero.

Allí cayó mi juventud sin vida:

Yo, atada al yugo bárbaro de acero,

Exánime suspiro,

Y aire de muerte y de opresión respiro.»

¡Ah! respira más bien aura de gloria.

¡Oh corona de Iberia! Alza la frente,

Tiende la vista; en iris de bonanza

Se torna al fin la tempestad sombría.

¿No oyes por el oriente y mediodía

De guerra y de matanza

Resonar el clamor? Arde la lucha,

Retumba el bronce, los valientes caen,

Y el campo, de humor rojo hecho ya un lago,

Descubre al mundo el espantoso estrago.

Así sus llanos fértiles Valencia

Ostenta, así Bailén, así Moncayo;

Y es fama que las víctimas de Mayo

Lívidas por el aire aparecían;

Que a su alarido horrendo

Las francesas falanjes se aterraban;

Y ellas, su sangre con placer bebiendo,

El ansia de venganza al fin saciaban.

Genios que acompañáis a la victoria,

Volad, y aperebid en vuestras manos

Lauros de Salamina y de Platea,

Que crecen cuando lloran los tiranos.

De ellos ceñido el vencedor se vea

Al acercarse al capitolio íbero:

Ya llega, ¿no le veis? Astro parece

En su carro triunfal, mucho más claro

Que tras tormenta el sol. Barred las calles

De ese terror que las yermaba un día;

Que el júbilo las pueble y la alegría;

Los altos coronad, henchid los valles,

Y en vuestra boca el apacible acento,

Y en vuestras manos tremolando el lino,

«Salve, exclamad, libertador divino,

Salve,» y que en ecos mil lo diga el viento,

Y suba resonando al firmamento.

Suba, y España mande a sus leones

Volar rugiendo al alto Pirineo,

Y allí alzar el espléndido trofeo,

Que diga: «Libertad a las naciones.»

Tal es, ¡oh pueblo grande! ¡Oh pueblo fuerte!

El premio que la suerte

A tu valor magnánimo destina.

Así resiste la robusta encina

Al temporal; arrójanse silvando

Los fieros huracanes,

En su espantoso vértigo llevando

Desolación y ruina; ella resiste.

Crece el furor, redoblan su pujanza,

Braman, y tiembla en rededor la esfera

¿Qué importa que a la verde cabellera

Este ramo y aquel falte, arrancado

Del ímpetu del viento, y luego muera?

Ella resiste; la soberbia cima

Más hermosa al Olimpo al fin levanta,

Y entre tanto meciéndose en sus hojas,

Céfiro alegre la victoria canta.

(Julio de 1808.)

Ariadna.

Se supone a Ariadna sentada en una actitud profundamente triste sobre una peña a la orilla del mar: a un lado una tienda, a otro un gran peñasco que se encorva sobre las aguas.

¡Nadie me escucha!... ¡Nadie!... El eco sólo,

Eterno compañero

De este silencio lóbrego, responde

A mi agudo clamor, y mudamente

Mi mal aumenta y mi dolor presente.

¿Y es aquesto verdad? ¿Pudo Teseo

Sin mí partir, y pudo

Desampararme así?... ¡Pecho de bronce,

De todo amor y de piedad desnudo!

¿Qué te hice yo para tan vil huida?

Le vi, le amé; mi corazón, mi vida,

Toda yo suya fui, toda... El ingrato,

¿Qué no me debe?... Encadenado llega

A la cretense playa,

Destinado a morir: su sangre odiosa

Al monstruo horrible apacentar debía,

Que en la prisión del laberinto erraba.

¿Qué hubiera él sido sin la industria mía?

Entra, combate, vence, y coronado

De nueva gloria se presenta al mundo.

Esto era poco: enfurecida y ciega,

Frenética después, mi hogar, mi padre,

Todo lo olvido a un tiempo, y me confío

Al amable impostor, enajenado

Con su halago y su amor mi tierno pecho;

¡Falso amor, falso halago! ¿Qué se han hecho

Pasión tan viva y perdición tan loca?

Yo lloro aquí desesperada en tanto

Que el pérfido se ríe

De mi amor lamentable y de mi llanto.

Pero no; ¿cómo es posible

Que tan deliciosos lazos

Así los haga pedazos

Una horrenda ingratitude?

(Levántase exaltada hacia la tienda.)

¡Ah! no es posible. ¡Oh lecho! tú que has sido

Testigo de mi gloria y mi contento,

Vuélveme al punto el bien que en ti he perdido.

¡Así mientras sus labios me halagaban,

Y en tanto que sus brazos me ceñían,

Ya allá en su pecho las traiciones viles

Este lazo fatal me preparaban!

¡Oh unión inconcebible

De perfidia y placer! ¡con qué, engañoso

Puede ser el halago, y la ternura

Lleva tras sí maldad y alevosía!

Yo triste, envuelta en la inocencia mía,

Al delirio de amor me abandonaba.

Tú sabes cuál mi seno palpitaba,

Tú viste cuál mi sangre se encendía,

Y cómo de su boca engañadora

Deleite, amor y perdición bebía.

Dos ayer éramos,

Y hoy sola y mísera

Me ves llorando

A par de ti.

Mira estas lágrimas,

Mírame trémula,

Donde gozando

Me estremecí.

¿Qué se hizo el pérfido?

Mi angustia muévate,

Y haz que volando

Torne hacia mí.

Vuelve, adorado fugitivo, vuelve,

Yo te perdono. El ardoroso llanto

Que ora inunda mi rostro y me le abraza,

Enjugarás; reclinaré en tu pecho

Mi atormentada frente, y aplicando

Tu mano al corazón, verás cuál bate

De anhelo palpitante y de alegría.

Mas ¡oh mísero y ciego devaneo!

Mientras imploro al execrable amigo,

Lleva el viento consigo

Mi gritar, mi esperanza y mi deseo.

¡Y esto, oh dioses, sufrís! ¡Y va seguro

Y contento el perjuro

Por medio de la mar, que le consiente

Sin abrirse y tragarle!... ¡Oh tú, divino

Astro del el aro día, sol luciente,

Sagrado autor de la familia mía!

Mira el trance terrible a que he venido

Mírame junto al mar volver llorando

La vista a todas partes, y en ninguna

Asilo hallar a mi fatal fortuna

Mírame perecer sin un amigo

Que dé a mi suerte lamentable lloro.

¿Donde, dónde volverme? ¿A quién imploro?

«Muerte, no hay medio, muerte; «este es el grito

Que por do quiera escucho; ésta la senda

Que encuentro abierta a mi infelice suerte.

Brama el mar, silva el viento, y dicen: «Muerte.»

Y muerte hallaré yo... Las ondas fieras

Que senda amiga al seductor abrieron,

Me la darán... ¡Qué horror! Un sudor frío

Baña mi triste frente, y el cabello

Se eriza... Sí... Las veo;

Las furias del averno me arrebatan

Tras de sí a fenecer... Voy desgraciada

Víctima del amor...

...¡Ah! ¡Si el ingrato

Presente ahora a mi dolor se hallara,

Quizá al verme llorar también llorara!

¡Más no, mísera! Muere; el mar te espera,

El universo te olvidó, los dioses

Airados te miraron,

Y sobre ti, cuitada, en un momento

El peso de su cólera lanzaron.

¡Oh qué triunfo tan bárbaro y fiero!

Avergüénzate, cielo tirano,

avergüénzate, o dobla inhumano

Mi tormento y tu odioso rencor.

¿Dudo? ¿Temo? ¿A qué atiendo? ¿Qué espero?.

Dame ¡oh mar! en tu seno un abrigo,

Y las ondas escondan conmigo

Mi infortunio, mi oprobio y mi amor.

(Arrójase al mar.)

A Guzmán el Bueno.

Ya con lira sonora

Himnos di a la beldad hija del cielo,

Y a amor cante que sin cesar la adora;

Mas ¿cómo al fin mi generoso anhelo

Podrá exaltarse de la hermosa fama

Hasta el templo inmortal? Ella me llama,

Y ya en mi pecho hierve

El canto de loor, sin que mis ojos

En esta sirte miserable vean

El grande objeto que ensalzar desean.

¿Cantara yo las haces españolas

En Pirene temblando al eco horrendo

Con que Mayorte en rededor rugía?

¿O a las naves británicas huyendo

Nuestra mísera escuadra entre las olas,

Amedrentadas ya con su osadía?

No, España, patria mía;

No son eternas, no, las torpes huellas

Que de tu noble frente

Empañan el honor; tú en otros días,

Con victorioso patriotismo bellos,

De gloria ornada y esplendor te vías.

¡Ah! ¿por qué yo infeliz no nací en ellos?

Entonces los Alfonsos esforzados,

El hijo de Jimena y gran Rodrigo,

Rayos horribles de la gente mora,

Con sus nervudos brazos no cansados

Desolación del bárbaro enemigo

Eran siempre en la lid espantadora.

¿Quién diera a mi deseo

Tantos lauros contar? Cada llanura

Fue campo de batalla,

Cada colina vencedor trofeo

Los sitios mismos que el baldón miraron,

Miraron la venganza, y las afrentas

En torrentes de sangre se lavaron.

«Venid, venid, el árabe decía,

Volad, hijos de Agar; ya los esclavos

El yugo intentan sacudir que un día

En su arrollado cuello

Vuestro valor indómito cargara.

¿Lo sufriréis? Las naves aprestemos

Y el ancho valladar con que el destino

La Europa y Libia dividió salvemos.

Venid, venid; que nuestra fiera saña

Estremecida España

Sienta otra vez; acometed, y abiertas

De Calpe y de Tarifa os son las puertas.»

Mas no las puertas de Tarifa entonces

Al pérfido Julián obedecían;

El valor y el honor las defendían;

El honor y el valor que siempre fueron

Escudo impenetrable el más seguro.

¿Qué sin ellos valer el alto muro

Ni el grueso torreón jamás pudieron?

El hombre es sólo quien guarnece al hombre.

¡Oh pueblo numantino!

¡Oh sagrada ciudad de alto renombre!

¿Quién sino tu constancia te ceñía

Cuando las olas del poder romano

Sobre ti vanamente se estrellaban,

Y sus feroces águilas temblaban?

Tal Guzmán impertérrito defiende

La fortaleza en donde

Quebrada el moro su pujanza vía;

Que ataca en vano, y de furor se enciende,

Y truena, al fin, con la espantable saña

De nube que se rompe

Con estruendo fragoso en la montaña.

«¿Así será que la esperanza mía

Un hombre solo a contrastar se atreva?

Oye, Guzmán: las leyes del destino

Esta prenda infeliz de tus amores

A mi venganza dieron:

Hijo es tuyo, ¿le ves? Si en el momento

Ante mis pies no allanas

La firme valla del soberbio fuerte,

Tú, que le diste el ser, tú le das muerte.»

Así la Iniquidad habla a la tierra,

Cuando, de orgullo y de poder henchida

Mueve a los hombres espantosa guerra.

¡Oh! ¡no tembléis! Magnánima a su encuentro

La virtud generosa se levanta,

Y sus soberbios ímpetus quebranta.

Ella elevó a Guzmán; de ella inspirado,

«Conóceme, tirano, respondía;

Y si es que espada en tu cobarde mano

Falta a la atrocidad, ahí va la mía;

Que yo consagro mi inocente hijo

Sobre las aras de mi patria amada.»

Esto sereno dijo,

Y arroja al campo la fulmínea espada.

Y estremécese el campo, y da un gemido

Al vacilar la víctima, do esconde

Su punta aguda el inclemente acero.

Calpe con gritos de dolor responde

Al grito universal, y del guerrero

También la faz valiente

Brotando riega involuntario el llanto.

¡Ah! tú padre de España eras primero;

Mira cuál ella la segura frente

Alza y su numen tutelar te aclama;

Mira a tu gloria despertar la fama,

Que, sus doradas alas desplegando

Y sonando la trompa refulgente,

Los grandes ecos de tu nombre envía

Del norte al mediodía,

Del templo de la aurora al occidente.

Y esta soberbia aclamación oyendo,

De horror y espanto el berberisco herido,

Huye al mar confundido,

Entre sollozos trémulos diciendo:

«Huyamos ¡ay! a nuestra ardiente arena.

¿Cómo arrancar la tímida paloma

Podrá su presa al águila valiente

Del aire vago en la región serena?

Quiébrase el cetro a la africana gente,

Su trono se hunde, y la cruel venganza

Del godo vencedor, estrago y ruina

Contra el ceno del África fulmina.»

Así temblando el musulmán huía

Del español guerrero,

Que sobre él centellando revolvía.

Bien como cuando su valor primero,

Sorprendido, el león pierde, y se amansa,

Y en sí el oprobio de servir consiente.

¿Cómo a tan vergonzoso vituperio

La generosa frente

Pudo ya doblegar? ¿Do fue el espanto

Que dio a la selva atónita su imperio?

¿Nació quizá para vivir esclavo?

No, que llega su vez, y ardiendo en ira,

Rompe, y se libra, y con feroz semblante

Del vil ultraje a la venganza aspira,

Bañando en sangre las atroces manos;

Y ruge, y amedrenta a sus tiranos.

(1800.)

La danza.

A Cintia.

¿Oyes, Cintia, los plácidos acentos

Del sonoro violín? Pues él convida

Tu planta gentilísima y ligera;

Ya la vista te llama,

Ya en la dulzura del placer que espera

El corazón de cuantos ves se inflama.

¿Quién ¡ay! cuando ostentando

El rosado semblante

Que en pureza y candor vence a la aurora,

Y el cuello desviando

Blandamente hacia atrás, das gentileza

A la hermosa cabeza

Reposada sobre él; quién no suspira,

Quién al ardor se niega

Que bello entonces tu ademán respira?

¡Con qué pudor despliega

De su cuerpo fugaz los ricos dones,

La alegre pompa de sus formas bellas

Vaga la vista embelesada en ellas;

Ya del contorno admira

La blanda morbidez, ya se distrae

Al delicado talle do abrazadas

Las gracias se rieron,

Y su divino ceñidor vistieron.

Ya, en fin, se vuelve a los hermosos brazos

Que en amable abandono,

Como el arco de amor, dulces se tienden;

¡Ay! que ellos son irresistibles lazos

Donde el reposo y libertad se prenden.

¡Oh imagen sin igual! Nunca la rosa,

La rosa que primera

Se pinta en primavera,

De Favonio al ardor fue tan hermosa;

Ni así eleva su frente la azucena,

Cuando, de esencias llena,

Con gentileza y brío

Se mece a los ambientes del estío.

Suena, empero, la música, y sonando,

Ella salta, ella vuela: a cada acento

Responde un movimiento, una mudanza

Vuelve siempre a un compás; su ligereza

De belleza en belleza

Vaga voluble, el suelo no la siente.

Bella Cintia, detente;

Mi vista, que te sigue,

¿No te podrá alcanzar? ¿Nunca podría

Señalar de tus pasos

La undulación hermosa,

La sutil graduación? Cuando suspiro

Al fenecer de un bello movimiento,

Otro más bello desplegarse miro.

Así del iris, serenando el cielo

Con su gayado velo,

En su plácida unión son los colores;

Así de amable juventud las llores,

Do, si un placer espira,

Comienza otro placer. Ved los amores

Sus mudanzas siguiendo

Y las alas batiendo,

Dulcemente reír: ved cuán festivo

El céfiro, en su túnica jugando,

Con los ligeros pliegues

Graciosamente ondea,

Y él desnudo mostrando,

Suena y canta su gloria y se recrea;

Y ella en tanto cruzando

Con presto movimiento,

Se arrebatada veloz: ora risueña

En laberintos mil de eterno agrado

Enreda y juega la elegante planta;

Alta ora levanta

Su cuerpo gentilísimo del suelo,

Batiendo el aire en delicado vuelo.

Huye ora, y ora vuelve, ora reposa

En cada instante de actitud cambiando,

Y en cada instante ¡oh Dios! es más hermosa

Atónita mi mente es conmovida

Con mil dulces afectos, y es bastante

Un silencio elocuente a darles vida.

Mas ¿qué valen las voces

A par del fuego y la pasión que inspiran

En expresión callada

Los negros ojos que abrasando miran?

¿A par de la cadena

Que, o bien me da de la amorosa pena

El tímido afanar, o en ella veo

La presta fuga del desdén que teme,

O el duelo ardiente del audaz deseo?

¡Salud, danza gentil! Tú, que naciste

De la amable alegría,

Y pintaste el placer; tú, que supiste

Conmover dulcemente el alma mía,

De cuadro en cuadro la atención llevando,

Y dando el movimiento en armonía.

Así tal vez de la vivaz pintura

Vi de la antigua fábula animados

Los fastos respirar. Aquí Diana,

De sus ninfas seguida,

Al ciervo en raudo curso fatigaba,

Y el dardo volador tras él lanzaba;

Allí Citeres presidiendo el coro

De las gracias rientes,

Y a amor con ellas en festivo anhelo,

Y en su risa inmortal gozoso el cielo;

El trono más allá cercar las horas

Del sol, miraba en su veloz carrera,

Y asidas deslizándose en la esfera,

Vertiendo lumbre iluminar los días.

¡Oh Cintia! tú serías

Una de ellas también, tú, la más bella;

Tú, en la que brilla la rosada aurora;

Tú, la agradable hora

Que vuelve en su carrera

La vida y el verdor de primavera;

Tú, la primera los celestes dones

Dieras al hombre de la edad florida;

Volando tú, rendida

La belleza inocente,

Palpitara de amor; y tú serías

La que, bañada en celestial contento,

Del deleite el momento anunciarías.

¡Oh hija de la beldad, Cintia divina!

La magia que te sigue

Me lleva el corazón; cesas en vano,

Y en vano desapareces, si aún en sueños

Mi mente embelesada

Tu imagen bella retratar consigue

La magia que te sigue

Me lleva el corazón: ya por las flores

Mire veloz vagando

La mariposa, o que la fuente ría,

De piedra en piedra dando,

O que bullan las auras en las hojas;

Do quier que gracia y gentileza veo,

«Allí está Cintia,» en mi delirio digo,

Y ver a Cintia en mi delirio creo.

Así vive, así crece

Por ti mi admiración, y arrebatada,

No te puede olvidar. Ahora mi vida

Florece en juventud. ¿Cómo pudieran

No suspenderla en inefable agrado

Tanta y tanta belleza que ya un día

Soñaba yo en idea,

Y en ti vivas se ven? Ventrán las horas

De hielo y luto, y la vejez amarga

Vendrá encorvada a marchitar mis días;

Entonces ¡ay! entre las penas mías

Tal vez en ti pensando,

Diré: «Vi a Cintia;» y en aquel momento

Las gracias, la elegancia,

Las risas, la inocencia y los amores

A halagarme vendrán; vendrá tu hermosa

Imagen placentera,

Y un momento siquiera

Mi triste ancianidad será dichosa.

A una negrita
Protegida por la duquesa de Alba.

En vano, inocente niña,

Cuando viniste a la tierra

Tu tierno cutis la noche

Vistió de sus sombras negras,

Y en vez del cabello ondeado

Que sobre la nieve ostentan

De su garganta y sus hombros

Las graciosas europeas,

A ti de crespas vedijas

Ensortijó la cabeza,

Que el ébano de tu cuello

A coronar jamás llegan.

¿A qué la risa en tus labios,

Y en tus ojos la viveza,

Y la gentil travesura

Con que la vista recreas,

Para arrancarte y traerte

De las áridas arenas

De la Libia a estos países,

Entre gentes tan diversas?

Allí vivió tu familia,

Allí crecer tú debieras,

Y allí en la flor de tus años

Tus dulces amores fueran.

Todo se trocó: los hombres

Lo agitan todo en la tierra;

Ellos a la tuya un día

La esclavitud y la guerra

Llevaron, la sed del oro,

Peste fatal; su violencia

Hace que los padres viles

Sus míseros hijos vendan.

¡Bárbara Europa!... Tú, empero,

Desenfadada y contenta,

Con dulce gracejo ríes

Y festiva travesas.

¿Cómo así? ¿Piadoso el cielo

Se dolió de tu inocencia

Cuando te miró en el mundo

De todo amparo desierta,

Y te concedió a ti sola

Lo que a tantos otros niega,

El olvidar sus desdichas,

Y alguna vez no saberlas?

«¿Yo desdichada? No, huésped:

Contéplame bien, contempla

Mi fortuna, y en envidia

Trocarás esas querellas.

Esclava fui, ya soy libre;

La mano que me sustenta

Miró con horror mi ultraje

Y quebrantó mis cadenas;

La misma que tantas almas

Esclavizó a su belleza,

Y cuyos ojos, si miran,

No hay corazón que no venzan.

Patria, familia y cariños

Me robó la suerte adversa;

Cariños, familia y patria

Todo lo he encontrado en ella.

Mira el maternal esmero

Con que ampara mi flaqueza,

Y la incansable ternura

Con que mi ventura anhela.

Cuando risueña me llama,

Cuando consigo me lleva,

Cuando en su falda me halaga,

Cuando amorosa me besa,

Tal hay que trocara entonces

Por mi humildad su soberbia,

Y por mi atezada sombra

Sus bellos colores diera.

Excusa pues de decirme

Que desdichada me crea:

¿Yo desdichada? No hay nadie

Que pueda serlo a par de ella.»

¡Oh bien hayan tus palabras!

¿Con que no siempre se cierran

Del poderoso en el templo

A la humanidad las puertas?

Crece, dulce criatura,

Vive, y monumento seas

Donde de tu amable dueño

Las alabanzas se extiendan;

Monumento más hermoso

Que el que a la vista presentan

Los soberbios obeliscos,

Las pirámides eternas.

Así tal vez arrancada

Vi de la materna cepa

Con la agitación del cierzo

La vid delicada y tierna,

Y a los firmes pies llevada

De la palma que descuella

Levantando por los aires

Su bellísima cabeza;

Allí piedad, allí asilo,

Allí dulce arrimo encuentra,

Allí sus vástagos crecen

Y su verdor se despliega.

Ella al generoso apoyo

Con lazo amante se estrecha;

Y el viento dando en sus hojas,

Himnos de alabanza suena.

A Fileno,
consolándolo en una ausencia

A par con mi amistad id, versos míos,

Id a Fileno, en cuyo pecho ahora

La hiel ingrata del dolor se ceba.

Él al fijar en vos sus tristes ojos

Exclamará tal vez: «Viva en mi amigo

Mi memoria es aún, viva en su seno

Late la compasión. Sierras fragosas,

Llanos inmensos, presurosos ríos

Le separan de mí, y enternecida,

De allá tan lejos su oficiosa mano

A embalsamar mis lágrimas se tiende.»

Llora, Fileno, llora: este consuelo

Señaló ya el destino a la amargura

Cuando en un tierno corazón se anida.

Yo lloraré contigo; aún en mi oído

Suenan los tristes dolorosos ayes

Que al partirse tu bien al viento dabas;

Te miro aún que, palpitante, opreso

Del congojoso afán, vuelves los ojos

Al sitio mismo en que arrancar la viste

De la rápida rueda, que sonando,

Tu pecho aún más que el pavimento hería.

«Ella se va», con falleciente labio

Hondamente exclamaste; y repitiendo

El eco: «Ella se va,» de amargo luto

Tu desolado corazón llenaba.

¡Oh momento cruel! Huyen entonces

La risa alegre y el festivo gozo

Del amante infeliz, huye el deleite

Que le inflamaba. En tan inmenso duelo,

¿Do su vista mover? ¿Hacia qué parte

Sus pasos llevará? Sólo un vacío

Mira, que el mundo en su tropel ruidoso

Ni llenó ni encubrió. ¿Dónde el halago?

¿Dónde el grato mirar? ¿Dónde los juegos?

Aquel continuo querellarse, aquellas

Iras dulces de amor, nubes suaves

Que su serena faz tal vez cubrían,

Y a deliciosa paz luego tornaban...

Todo huyó, todo fue: pasa un momento,

Llega el siguiente, y el dolor tan solo

Con su amarga lazada es quien los une.

Volaban antes las fugaces horas,

Volaban, y a par de ellas el deseo

Avivaba su ardor; tras él venía

La esperanza feliz vertiendo flores,

Y de ilusiones mágicas ornada;

Coronábala el goce, y luego el curso

De afán tan delicioso renacía;

Ansiábase otra vez, y se esperaba

Y se gozaba. ¡Ay Dios! Ya ¿qué le resta?

Amar, penar, gemir: tal su destino,

Tal es su triste y perdurable empleo.

¿Y qué? ¿Cerradas al ausente fueron

De un consuelo feliz las sendas todas?

No, amigo, no: si en tu afflicción amarga

Te tienes por el ser más infelice

De los que inflama amor, corre a la selva,

Corre, y en ella la frondosa cima

Deu un álamo verás alto y pomposo

Que aquel recinto de verdor corona

Y entre sus frescos y gallardos ramos

Contempla el nido desolado y yermo

Que fue altar de placer, y ora es de llanto.

Dos tórtolas en él... ¿Quién compasivo

No lamentó su desastrada suerte?

Brilló el color del cielo en su plumaje,

Y el fuego del amor ardió en su seno.

Juntas las miró el sol, juntas la noche.

Juntas volar a su cristal la fuente,

Juntas el valle; el eco embebecido

Su arrullo enamorado redoblaba.

Y al fin llegó la hora fatal: salieron,

Y sus ligeras alas desplegaron.

Infelices, ¿do vais? Torced el vuelo,

En el bosque no entréis; y no me escuchan;

Y siguiendo inocentes su camino,

Dulces besos se dan, y amantes juegan.

Y de repente, al espantoso estruendo

De la tronante pólvora silvando,

Salió el plomo mortífero; un gemido

Dio el viento en derredor; volvió los ojos

Azorada la tórtola a su amado,

Que abierto el bello seno y moribundo,

La miró y espiró. «Cayó», gritaba

Bárbaro el cazador, cayó; y en tanto

Huye, y huyendo la infelice viuda,

Hiende la esfera en lastimosos gritos.

Y ronca y sorda de gemir, su vuelo

Lejos allá sentó, do triste y sola,

Ningún viviente su dolor distrae;

La muerte implora allí, la muerte airada

Se niega a su clamor, y envenenado

El curso puro de sus dulces días,

Los vive en llanto y sempiterno luto.

¡Mísera! que al destino ni aún es dado,

Con ser tan poderoso, devolverle

Su malogrado bien. ¡Oh! ¿Qué es la ausencia,

Qué son los breves límites que ahora

A ti te parten de tu bien, Fileno;

Límites que traspasan los suspiros,

Y por do hienden del amor las alas,

Con ese eterno y lóbrego silencio,

Con ese abismo impenetrable y hondo

Que hay del ser al no ser, que hay de la vida

Al sueño helado de la tumba oscura?

Y al fin, en pena tal, si amargo el duelo,

Si es inmenso el afán, llorase entonces

Un corazón donde el amor ardía;

Que el pecho entonces resonando en ayes,

Sobre él su trono la tristeza asiente,

Si, justo es el dolor, pene el amante,

Pene, y en llanto funeral inunde

Del bien perdido las cenizas frías.

Mas cuando al tierno amor asaltan fieros

El puñal del desprecio, la ponzoña

de la doblez, los hielos del olvido,

¡Triste mil veces, triste el miserable

Que a tales plagas condenado gime!

¿Quién fue el tigre cruel, quién fue el ingrato

Que un sentimiento tan hermoso y puro,

Al hombre dado en el amor del cielo,

Con ellas corrompió? Del negro abismo

Se desataron a infestar la tierra,

A marchitar de la beldad las rosas,

A desmayar la juventud. Entonces

Cuantas las flores de esperanza fueron,

Tantos cuchillos de dolor se clavan.

Ama, y ¡quién lo creyera! su tormento

Más grande es el amar; la llama ardiente,

A pesar de su afán, crece en su seno;

Y devora y abrasa, y sus entrañas

Con insano furor vuelve en pavesas.

¡Oh lastimoso y miserable estado,

Do de continuo el corazón se lleva

De la rabia al dolor! Nunca la aurora

Le hallará al despertar embebecido

Ya en la memoria del placer pasado,

Ya en la esperanza del placer que viene.

Duerme agitado, empero, y despertando,

Siente la hiel que le atosiga, y llora

De viva afrenta y de vergüenza En vano

Mueve la planta a huir; ¿podrá el mezquino

De sí mismo escapar? Honda en el seno

La enarbolada flecha trae consigo,

Y mientras huye más, más se la clava;

Que si el olvido al parecer despliega

Su suspirado velo, y un momento

Cesa el afán, ¡ay si los ojos miran

La tirana beldad que antes ansiaron

Hinchase el corazón, el pie vacila,

Y a andar se niega; por sus miembros todos,

Que la vida abandona, un sudor frío

Vaga y triste temblor; turbios los ojos

Y en ronco son zumbando los oídos,

Ni ve ni escucha; la profunda llaga

A abrirse torna con furor, y en ella

Se dilata el raudal de la amargura.

¡Piedad del infeliz! ¿Su resistencia

Ha de ser por demás? Si de su pecho

Quiere arrancar tal vez la bella imagen

Que amor grabó con su buril de llama,

¿En vano esfuerzo la impotente mano

Desgarrará su corazón y entrañas,

Y quedará inviolable entre despojos

Allí reinando el ídolo sangriento?

Más valiera no amar; sí, más valiera,

Cual se huye el silvo de engañosa sierpe,

Esquivar la beldad, y a sus halagos

Con bronce duro amurallar el pecho.

Amor, terrible amor, yo, que en tributo

Te di el abril de mis floridos días,

Y tantas veces adorné tu pompa,

Detrás del carro triunfador traído;

Yo sé que a tu violencia y tus furoros

Nada puede bastar; sé que mi pecho,

Bien como el hielo se deshace en agua

De Febo al rayo en el ardiente estío,

Tal se deshace al contemplar la risa

De una boca rosada, al ver los orbes

De un seno que palpita, al ver los ojos

Que halagüeños mirando centellean.

¿Cómo a tal prueba resistir podría

Tan flaco luchador? Días si otro tiempo

Llega en que torne a obedecer tus leyes,

Leyes de vida y de esperanza sean,

No de engaño o desdén. Contento entonces,

Rosas suaves me serán tus grillos,

Y adorno al cuello el ponderoso yugo.

Doy que, envidioso a mi ventura el cielo,

Me arranque entonces de mi bien, y airado

Doy que me esconda en el opuesto polo.

Yo lloraré, pero amaré mi llanto

Y amaré mi dolor. ¿Podrá la suerte

La memoria cegar? Siempre al oído

Me halagará sonando el blando acento

De la divina voz, cuando amorosa

Por la primera vez se dijo mía.

Mis labios luego el delicioso néctar

Renovarán que de su fresca boca

Mi amor libara en los primeros besos.

Lejos de ella estaré; pero anhelante

Preguntaré a los céfiros que vuelan,

preguntaré a los ecos que responden;

Y acordes todos me dirán: «Te adora.»

Lejos de ella estaré; más lleno de ella

Saldré a los campos, y embebido y solo

En cada flor contemplaré su imagen;

Que también ella es flor. Las ondas puras

Del plácido arroyuelo en sus remansos

Me la darán; me la dará la noche

En su faz melancólica y sombría,

En su fulgor hermoso las estrellas,

En su ilusión dulcísima los sueños.

Tú así también de tu dichoso tiempo

Podrás, Fileno, renovar la gloria:

Busca la soledad, ella en sus brazos

Dio siempre al triste favorable asilo;

Y dulce y melancólica, en su seno,

Renovando memorias deleitosas,

Templará tu amargura. Huye la vista

De esos hombres de mármol, que crueles

A los suspiros del dolor se cansan

O con mofa sacrílega le siguen;

fluye de ellos, en tanto que tu amigo

Alas le pide a la amistad, y vuela,

Y llega, y estrechándote a su pecho,

El raudal de tus lágrimas mitiga.

Al combate de Trafalgar.

No da con fácil mano

El destino a los héroes y naciones

Gloria y poder: la triunfadora Roma,

Aquella a cuyo imperio

Se rindió en silenciosa servidumbre

Obediente y postrado un hemisferio,

¡Cuántas veces gimió rota y vencida

Antes de alzarse a tan excelsa cumbre!

Vedla ante Aníbal sostenerse apenas

Sangre itálica inunda las arenas

Del Tresin, Trebia y Trasimeno ondoso;

Y las madres romanas,

Como infausto cometa y espantoso,

Ven acercarse al vencedor de Canas.

¿Quién le arrojó de allí? Quién hacia el solio

Que Dido fundó un tiempo, sacudía

La nube que amagaba al Capitolio?

Quién con funesto estrago

En los campos de Zama el cetro rompe

Con que leyes dio al mar la gran Cartago?

La constancia: ella sola es el escudo

Donde el cuchillo agudo

La adversidad embota; ella convierte

En deleite el dolor, la ruina en gloria;

Ella fija el dudoso torbellino

De la fortuna, y manda la victoria

Para el pueblo magnánimo no hay suerte.

¡Oh España! ¡Oh patria! El luto que te cubre

Muestre en tan grave afán tu amarga pena;

Pero espera también, y con sublime

Frente, de vil abatimiento ajena,

La alta Gades contempla y sus murallas

Besadas por las olas,

Que asombradas aún y enrojecidas

Tiéndense allí por las sonantes playas,

Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el bretón en el soberbio alcázar

Que corona su indómito navío,

Y ufano con su gloria y poderío,

«Allí están, exclamó; volved los ojos,

Compañeros, allí: nuevos despojos

Ya vuestra invicta mano

Ya a conseguir en los endebles pinos

Que España apresta a su defensa en vano.

Libre de esclavitud no sea ninguno

Hijos somos nosotros de Neptuno,

¿Y ellos asan surcar el Océano?

Acordaos de Abukir: sólo un momento

¡Llegar, vencer y devorarlo sea!

Dadme este triunfo, y de laurel ceñido

Que el opulento Támesis me vea.»

Dijo; y tiende la vela: ellos le siguen

Abriendo el mar con sus nadantes proras

Del viento y de las ondas vencedoras;

Mientras que firme el español los mira,

Y despreciando su arrogancia fiera,

El noble pecho palpitando en ira,

Con impávida frente los espera,

¡Ira justa! ¡Ardor santo! Esos crueles,

Bajo las alas de la paz seguros.

Son los que nuestra sangre derramaron

Por vil codicia, a la amistad perjuros;

Esos los que a perpetua tiranía

Condenaron el mar, los que hermanaron

Del poder la insolencia y la soberbia

Con la rapacidad y alevosía;

Esos... La noche con su negro manto

Envuelve el mundo: sombras espantosas

Entorno de los mástiles vagando,

Estragos, muerte anuncian, y acrecientan

La pavorosa espectación; el día

Abre el campo al furor, y horrendo Marte

Con clamores de guerra hinche la esfera

Y levanta en los aires su estandarte.

 Responde a esta señal el hueco bronce,

Con mortal estampido el eco truena,

Y por el mar llevándose bramando,

Hasta en las costas de África resuena.

Vuelan, movidas de rencor, las naves

Con naves a encontrar: menos violentas

Despide el polo austral sierras de hielo,

Que con su mole inmensa y resonante

Por las fáciles ondas se deslizan,

Y al audaz navegante atemorizan

Ni con estruendo igual turban el cielo

Las negras tempestades,

Cuando por Bóreas y Euro embravecidas,

A su furiosa guerra y duro encuentro

Hacen del orbe estremecerse el centro.

Tres veces fiero el insular se avanza,

Creando en su pujanza

Romper de nuestra escuadra el fuerte muro;

Tres veces rechazado

Por el hispano esfuerzo, ya dudosa

Ve la victoria que esperó seguro.

¿Quién su despecho pintará y su saña

Cuando aquel pabellón, antes tan fiero,

Miró invencible al pabellón de España?

No hay saber, no hay valor, solo ya fía

Su fortuna al poder: dobla sus naves

Y las redobla, en desigual pelea,

De popa a proa, en uno y otro lado

Cada español navío

De mil rayos y mil es contrastado;

Y él, con igual aliento

Que recibe la muerte, así la envía.

No: si cien voces yo, si lenguas ciento

Me diese el cielo, a numerar bastara

Las ínclitas hazañas de aquel día:

El humo al sol se las robaba entonces;

Pero la fama las dirá en su trompa,

Las artes en sus mármoles y bronces.

Llega el momento en fin, tiende la muerte

Su mano horrible y pálida, y señala

Víctimas grandes: el valiente Alcedo,

Castaños, Móryua, intrépidos parecen

Vosotros dos también, honor eterno

De Bética y Guipúzcoa... ¡Ah, si el destino

Supiese perdonar! ¿Cómo a aplacarte

La oliva no bastó que unió Minerva

A los lauros de Marte en vuestra frente?

¿Qué a vuestra ilustre indagadora mente

Pudo ocultar el mundo o las estrellas?

De vuestras sabias huellas

Llenos están de América los mares,

Las Cícladas lo están; viuda la patria

De tantos héroes que enlutada llora,

Pide a su corazón lágrimas nuevas

Que a vuestro acerbo fin derrame ahora.

¡Ah! ¡Vivierais los dos! Y en vez de llanto,

Del dolorido canto

Que mi fúnebre acento hoyos consagra,

Pudiera yo contraponer el pecho

Al golpe atroz y recibir la herida

Diera a la patria así mi inútil vida,

¡Y vivierais los dos! Y ella orgullosa

Con vuestra luz y espíritu valiente,

Al arduo porvenir hiciera frente,

De rayos coronado y victoriosa.

No, empero, sin venganza y sin estrago,

Generoso escuadrón, allí caíste

También brotando a ríos

La sangre inglesa inunda sus navíos;

También Albión pasmada

Los montes de cadáveres contempla,

Horrendo peso a su soberbia armada;

También Nelson allí... Terrible sombra,

No esperes, no, cuando mi voz te nombra,

Que vil insulte a tu postrer suspiro:

Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.

¡Oh golpe! ¡Oh suerte! El Támesis aguarda

De las naves cautivas

El confuso tropel, y ya en idea

Goza el aplauso y los sonoros vivas

Que al vencedor se dan. ¡Oh suerte! El puerto

Solo le verá entrar pálido y yerto:

Ejemplo grande a la arrogancia humana,

Digno holocausto a la aflicción hispana

Así el furor de Marte

impele el brazo de la parca, y siega

Vidas sin fin: lanzado por la rabia

Cunde el fuego voraz, las tablas arden,

Un volcán encendido

Es cada bosque, por los aires vagos

Se alza y retumba el hórrido estallido,

Y los sepulta el mar. ¿Hay más estragos?

Sí; que el cielo, ominoso a tal porfía,

Manda a los aquilones inclementes

Separar los feroces combatientes

Y en borrascosa noche hundir el día.

Lo manda; ellos crueles,

Azotando las ondas con sus alas,

Se arrojan a los míseros bajeles.

Al nuevo asalto, al sin igual combate

Fallece el árbol trémulo y se abate;

Hiéndese la armazón, el Océano

Por el roto entrepuente entra bramando;

Y moribundo el español exclama:

«¡Ah! Peciése yo, pero lidiando.»

En tan atroz conflicto

Allá en las nubes la gloriosa frente

Asomaban los fuertes campeones

Que armados del tridente y del acero

Al pabellón íbero

Hicieron humillarse las naciones.

Lauria y Tovar se vían,

Avilés y Bazán, que, saludando

A los héroes de Hesperia que morían,

«Venid entre nosotros, les decían;

Venid entre los bravos que imitasteis.

Ya el premio hermoso del valor ganasteis

Ya a vuestro ejemplo de constancia armada

España; concitando sus guerreros,

Magnánima se apresta a nuevas lides

Volved la vista a la ciudad de Alcides

Gravina, Escaño, y Álava, y Cisneros,

Y otros ciento allí están, firme coluna,

Dulce esperanza a nuestro patrio suelo:

Venid, volad al cielo,

Y sed astros de esfuerzo y de fortuna.»

(1805.)

A Célida.

Hoy fue, ¡mísero! hoy fue cuando, irritado

Amor del ocio en que yacer me vía,

Tornó a embestir mi corazón cuitado.

Era de mayo el más hermoso día,

Cuando naturaleza ostenta ufana

Toda su gentileza y bizarría,

Cuando más vivo el sol reina en la esfera,

Cuando en ramos la selva, el campo en florea,

En perfumes el aire, donde quiera

Todo respira amor y manda amores.

Entonces fue cuando a los ojos míos

Se presentó mi dulce vencedora:

¡Oh cuán hermosa! El mundo parecía

Que, cuidadoso de aumentar su gloria,

De toda aquella pompa se vestía

Por festejar su triunfo y su victoria.

La vi, templé, me estremecí: vencido

Vi ya que iba a quedar de tanto halago;

Pero no pude huir: su blando acento

Hasta el seno mas hondo y escondido

Llegó del pecho, y completó el estrago.

Sacude al punto amor la abrasadora

Antorcha que arma su terrible mano

«Arde», me dijo; y la escondió encendida

Toda en mi corazón: «arde, esta llama

Que ora en ti prende, irresistible, inmensa,

Sea de hoy más el tormento de tu vida,

Y también tu delicia y recompensa.»

Ya un giro ha dado con su carro de oro

Desde entonces el sol al alto cielo,
Y no cesa un momento el vivo anhelo
Que me arrebatara tras la luz que adoro.
Crecen corriendo hacia la mar los ríos,
Crece amando mi amor. Célica hermosa,
¿Cómo es posible que inmortal no sea
Este puro, este noble sentimiento
Que todas mis potencias señoera
Y es de mi ser el único alimento?
Tú te inspiraste, sí: mi alma abatida,
Cubierta de aflicción, sintió volverse
Por ti del bien a la ilusión perdida;
Tú le inspiraste. ¡Oh Dios! ¿Qué no alcanzaba
En mi agitado pecho Y mis sentidos
Tu poder celestial? Cuando halagüena
Tus miradas tal vez a mí volvías,

Iris eras de paz que deshacías

El tormentoso horror de mis dolores,

Y yo sin defenderme, cada día

Iba en tus ojos a beber amores,

Y en tu risa Y tu hablar me embebecía.

Encantos ¡ay! por siempre vencedores,

¿Qué importa que el destino a mis sentidos

Inhumano os esconda, si presentes

Siempre estáis a mi ardiente fantasía?

Aquí os tengo, aquí os miro, aquí os adoro

Aún me embelesa el sin igual decoro

Que siempre reina en la nevada frente;

Aún contemplo la púrpura del alba

Vertida en su mejilla trasparente;

Y respirando sin cesar, me creo

Aquella pura y encendida rosa,

Aquel precioso aroma de las flores

En la boca gentil, nido de amores,

Donde la amable discreción reposa.

Sólo ya un Dios la centellante lumbre

Del sol desprender pudo, y en despojos

Darla por siempre a los celestes ojos,

Ojos que cuanto ven ceniza harían

Sin su inefable y grata mansedumbre.

¡Dichoso aquel que sin cesar los vea!

¡Y más feliz quien de sus dulces rayos

Buscado, ansiado y regalado sea!

¿Dónde está, dilo, amor, el que presume

Gloria tan alta? ¡Ah Célida! Quien sepa

En esa faz tan nítida y tan bella

Buscar, hallar la imperceptible huella

Del triste afán que dentro te consume;

El que presente te respete, y llore

Por volver a tus pies cuando esté ausente,

Si siente al fin como mi pecho siente,

Ese te ame feliz, ese te adore.

Vientos, en vuestras alas vagorosas

Llevadle ardiendo los suspiros míos:

Id, veloces venid, y en cambio al menos

Un recuerdo traed. Si ella me oyera

Pidiéndola a los campos, a las selvas,

Y a los mares también; dando a los aires

Su dulce nombre, que repite el eco

Con el acento triste y lamentable

Con que le oye de mí; si ella me viera,

Fijos los pies en la sonante playa,

Tender la vista a descubrir de lejos

De sus divinas luces los reflejos,

Yo sé que, a tierna compasión movida.

Venir dejara hacia su triste amante

Un rayo al menos de esperanza y vida.

Paréceme a las veces que, sensible,

Compasiva a mi afán, este retiro

Viene a honrar con su vista, a hollar el prado,

A respirar el aire que respiro.

¡Dichoso entonces yo! Voy a su lado

Al bosque, al campo, a la apacible orilla

Del amansado mar; y si descansa,

También con ella a descansar me siento.

Del sol un árbol mismo nos defiende

Con su umbroso dosel, y de su acento

El sabroso raudal mi alma suspende.

No la hablo yo de amor, que amor la ofende

Pero a par de ella estoy, y absorto y mudo

Contemplo a mi placer de su hermosura

La delicada flor; flor que no pudo

Ni aun ajar del dolor la mano dura

Y enternecido, «¡Ah Célida! prorumpo,

Tú sufres: un destino inexorable

El bien que indignamente a otros prodiga

A ti te niega, y lleno de amargura,

El cáliz del dolor tu labio apura.

Yo así le apuro, idolatrada amiga,

Yo así le apuro: la inclemente mano

Del destino también a mí me oprime,

Y de un pesar recóndito y tirano

También mi pecho destrozado gime.

¿Temes acaso? ¿Por ventura ignoras

Que el cielo dio por bálsamo a las penas

Contarlas y llorar?... Célica hermosa,

No es más puro el albor de la mañana

Que lo es mi ardor, ni amó con mas ternura

El dulce hermano a su querida hermana,

El nuevo esposo a su inocente esposa.»

Digo así, y entre tanto a la frondosa

Selva baja la noche, el sol apaga

Sus rayos en el mar, tú te levantas,

Y tierna y melancólica a andar vuelves;

Yo tierno y melancólico te sigo,

Embebido, extasiado en la ventura

De andar, de hablar, de respirar contigo

Los céfiros entonces nos halagan

Con su grato frescor, y de las ondas

Sacan la frente las neréidas bellas,

Y nos saludan... ¡Ay! así otras veces

Nos vieron juntos ir, nos saludaban

Así las ninfas del undoso río

En cuya alegre y plácida ribera

Vi tu belleza por la vez primera

Y rendí a tus encantos mi albedrío.

Hierve en tanto a mi vista el mar, y el viento

Su seno agita y amenaza airado;

Hierve también con él mi pensamiento,

Y en raudos torbellinos arrebatado,

Vuelvo a ser de mis bárbaros pesares

A la antigua tormenta sacudido.

Ángel consolador. ¿dónde te has ido?

¿Qué has hecho de aquel bálsamo suave

Que sobre el triste corazón vertido,

Su acerba llaga mitigar solía?

Contrario el cielo a la ventura mía,

Me le robo, dejándome inclemente,

Con esta amarga soledad presente,

Recuerdos tristes de mi bien perdido.

Ángel consolador, ¿dónde te has ido?

Al mar.

Calma un momento tus soberbias ondas,

Océano inmortal, y no a mi acento

Con eco turbulento

Desde tu seno líquido respondas.

Cálmate, y sufre que la vista mía

Por tu inquieta llanura

Se tienda a su placer. Sonó en mi mente

Tu inmenso poderío,

Y a las playas remotas de occidente

Corrí desde el humilde Manzanares

Por contemplar tu gloria,

Y adorarte también, Dios de los mares.

Que ardió mi fantasía

En ansia de admirar, y desdeñando

El cerco oscuro y vil que la ceñía,

Tal vez allá volaba

Do la eterna pirámide se eleva

Y su alta cima hasta el Olimpo lleva.

Tal vez trepar osaba

Al Etna mugidor, y allí veía

Bullir dentro el gran horno,

Y por la nieve que le ciñe en torno

Los torrentes correr de ardiente lava,

Los peñascos volar, y en hondo espanto

Temblar Trinacria al pavoroso trueno;

Mas nada, ¡oh sacro mar! nada ansié tanto

Como espaciarme en tu anchuroso seno.

Heme en fin junto a ti: tu hirviente espuma

El alto escollo sin cesar blanquea

Do entre temor y admiración te miro.

Inquieto centellea

En tu cristal el sol, que al occidente,

De majestad vestido, huye y se esconde.

¿Dónde es tu fin? ¿En dónde

Mis ojos le hallarán? Con pie ligero

Tú te tiendes y corres, y llevado

Cual en las alas de aquilón sonante,

Mi espíritu anhelante

Te sigue al Ecuador, te halla en el polo,

Y endeble desfallece

A tanta inmensidad. ¿Te hizo el destino

Para ceñir y asegurar la tierra,

O en brazo aterrador a hacerle guerra?

¡Ay! que ese resonante movimiento

Me abate el corazón. Yo vi las mieses

Agitadas del viento

En los estivos meses,

Y dóciles y trémulas llevarse,

Y en seco son de su furor quejarse.

Vi el vértigo del polvo, y vi en las selvas,

Contrastados también los altos pinos,

Sacudirse y bramar; mas no este ciego,

Este hervir vividor, estas oleadas

Que llegan, huyen, vuelven,

Sin cansarse jamás: tiembla la arena

Al golpe azotador, y tú rugiendo

Revuélvete y sacudes

Una vez y otra vez: al ronco estruendo

Los ecos ensordecen,

Los escollos más altos se estremecen.

Cesa ¡oh mar! Cesa ¡oh mar! Ten, compasivo,

Piedad del flaco asiento

Que me sostiene exánime y pasmado.

¿No me oyes, no? ¿Y violento

Te ensoberbeces más? Ya desatado

El horrendo huracán, silva contigo.

¿Qué muralla, qué abrigo

Bastarán contra ti? Negras las olas

A manera de sierras se levantan,

Y en hondos tumbos y rabiosa espuma

Su furia ostentan y mi pecho espantan.

¿Llegó tal vez el día

En que, tras tanta guerra,

El paso vencedor des en la tierra,

Y bramando allá dentro, envuelvas ciego

Playas, imperios y hombres infelices,

Y al hondo abismo los sepultes luego,

Como cuando en tu vértigo espantoso

La Atlántica se hundió? Con fuerte mano

Las zonas todas de la tierra asidas,

Burlar pensaban tu furor, y en vano;

Que al golpe redoblado, impetuoso,

El eje poderoso

Se sintió vacilante, y estallando

Perdió su alto nivel: luchando entonces

Las ondas con las ondas se encontraron,

Y horrisonas cayeron,

Y el orbe estremecido desgarraron.

¿Do la región vastísima que un día

Desde Atlas a la América corría?

Destrozada, anegada, hoy solo dura

En la fragosa altura

Que de tanto furor salvó la frente

Dura ya solo en la memoria oscura,

Que lleva, ¡oh insano mar! de gente en gente

Los ecos voladores

De tu antigua violencia y tus horrores.

¡Y tanta fue del hombre la osadía,

Que los quiso arrostrar! Sube a los montes,

Y la tenaz porfía

De su mordaz segur humilla al suelo

Al cedro que resiste a las edades,

Al pino que se esconde allá en el cielo.

Gimieron ambos cuando, al mar lanzados,

En nadantes alcázares miraron

Trocar su antiguo ser y su destino,

Y al aire dando el vagoroso lino,

Los leves campos de cristal surcaron.

Adiós, amada playa; adiós, hogares:

El hombre audaz en la orgullosa popa

Os mira, os huye, y por los anchos mares

Al volver de las ondas se confía.

En vano el rumbo le negaban ellas;

Él le arrancó en el cielo

Al polo refulgente y las estrellas.

¿Qué pudo desde entonces

Negarse a su anhelar? Fiero y sañoso

El alto tormentorio amenazaba;

Con un mar de terror y proceloso

Las puertas del oriente defendía;

Mas vuela, rompe, y le sorprende Gama,

Y los hijos de Luso al punto hollaron

El golfo indiano y la mansión de Brama.

Colón, arrebatado.

De un numen celestial, busca atrevido

El nuevo mundo revelado a él sólo;

Y tres veces el polo

Ve al impávido Cook romper los hielos

Que a fuer de montes su rigor despide,

Descubriendo el secreto vergonzoso

Del yermo inmenso a que sin fin preside.

¡Gloria eterna a sus nombres! ¡Dadme rosas,

Dadme lauro inmortal que adorne y ciña

Sus frentes generosas!

Mirad la tierra a su divino esfuerzo

Enriquecerse toda, y mil tesoros

De su fecundo seno

Benéfica brotar; mirad la aurora

Unida al occidente,

Y al septentrión el sur. A este portento

Furioso el Océano,

Es fama que gritó: «¡Con que es en vano

Haber yo roto el orbe, y que, tendiendo

El valladar profundo

De mis terribles ondas,

Un mundo haya negado al otro mundo!»

¿Cómo después tan abundosa fuente

De amistad y de unión tornarse pudo

De estragos y violencias

Perenne manantial? Se alzó insolente

La vil codicia, y navegar con ella

Se vio el odio fatal en los navíos.

¿No era bastante, impíos,

Los vientos escuchar que en torno braman,

Los escollos temblar, mirar el cielo

Cubrirse todo de espantosas nubes

Y arderse en rayos, a los pies hirviendo

Sentir el mar sañudo,

Y una tabla sutil ser vuestro escudo;

Sin que a tan tristes plagas

Añadieseis también la plaga horrenda

De la guerra cruel? Ardiendo en ira

Ella cruza, ella agita, Y atronado

El ponto, en sangre enrojecer se mira.

Guerra: ¡bárbaro nombre! a mis oídos

Mas triste y espantoso

Que este mar borrascoso,

Tan terrible y atroz en sus rugidos.

¡Que no fuese yo un dios! ¡Oh cómo entonces

El horror que te tengo el universo

Te jurara también! Ondas feroces,

Sed justas una vez: ya que la tierra

Muda consiente que la hueste impía

De Marte asolador breme en su seno,

Vosotras algún día

Vengadla sin piedad: esas crueles,

Esas soberbias naos

Que, preñadas de escándalo y rencores,

Turban vuestro cristal con sus furores,

Del cielo y vientos contrastar se vean,

Y en ciego torbellino

Todas a un tiempo devoradas sean.

Tal vez así de la discordia el fuego

No osará profanar el Océano,

Tal vez el orbe dormirá en sosiego.

(1798.)

Fragmentos de una traducción del pastor Fido.

- I -

Discurso de Linco a Silvio.

Dime: si en esta tan alegre y bella

Estación, que renueva el mundo todo,

Vieses, en vez de florecientes valles,

De verdes prados y vestidas selvas,

Estarse el fresno y el abeto y pino

Sin su usada frondosa cabellera,

Sin verdura los prados,

Sin flores los collados,

¿No dijeras tú, Silvio: «El mundo ahora

Se marchita y desmaya»?

Pues la sorpresa y el horror que entonces

De tan extraña novedad tuvieras,

De ti mismo la ten: dionos el cielo

Vida y costumbres a la edad conformes;

Y así como el amor nunca conviene

A pensamientos canos,

Así la juventud de amor contraria

Contrasta al cielo, y a natura ofende.

Mira en torno de ti: ¿ves la hermosura

Que adorna, Silvio, el universo ahora?

Ella es obra de amor: ama la tierra,

Ama también el mar, aman los cielos:

Aquella que allí ves luciente estrella,

Del alba precursora,

Bella madre de amor, de amores muere,

Y enamorada luce y enamora:

Mírala envuelta en esplendor y en risa;

Quizás en este punto el dulce seno

Deja del caro amante y sus delicias.

En bosques y florestas

Aman las fieras, y en las ondas aman

Las orcas graves y el delfín ligero.

El pajarillo aquel que dulcemente

Canta y lascivo vuela

Ya del haya al abeto,

Ya del abeto al mirto,

Si espíritu tuviese y voz humana,

«Yo me abraso de amor,» exclamaría.

Mas bien lo siente y en su voz lo dice,

Que su amada le entiende; y le responde

«A mí el fuego de amor también me inflama.»

Brama el toro en el campo, y cuando brama,

Al blando juego del amor convida

El león en el bosque

Ruge, y aquel rugido

Es solo de su amor dulce gemido.

Todo, en fin, ama, ¡oh Silvio! ¡Y Silvio solo

En cielo, en mar y en tierra

Será alma sin amor ni sentimiento!

¡Oh! deja ya las selvas,

Simple zagal...

Te contaré la dolorosa historia
De nuestros males, que arrancar pudiera
Llanto y piedad a las encinas duras,
No solo a humanos pechos. En el tiempo
Que el sacerdocio santo era obtenido
Por jóvenes también, hubo un mancebo,
Noble pastor, y sacerdote entonces,
Llamado Aminta; el cual amó a Lucrecia,
Ninfa gentil a maravilla y bella,
Pero soberbia a maravilla y falsa.
Mostróse ella gran tiempo agradecida,
O lo fingió con vanas apariencias,
Al puro afecto del amante joven,
Y sustentóle de esperanzas falsas,
Mientras que el infeliz rival no tuvo.

Mas no bien fue de rústico mozuelo

Mirada la inconstante, cuando al punto,

Sin defenderse a su primer suspiro,

Al nuevo amor abandonóse toda

Antes que el mal se sospechase Aminta.

¡Mísero Aminta! que esquivado luego

Fue y despreciado tanto, que ni verle

Ni escucharle jamás quiso la impía...

Pues como al fin, tras el amor perdido,

Quejas también y lágrimas perdiere,

Vuelto, rogando, a la gran diosa: «¡oh Cintia

Dijo, si ya con inocentes manos

Y puro corazón el sacro fuego

En tu altar encendí, venga la llama

Que la pérfida ninfa en mí ha vendido.»

Oyó Diana el llanto y las plegarias

Del fiel amante, su ministro amado,

Pues respirando en la piedad la ira,

Acrecentó la cólera, y cogiendo

El arco omnipotente, lanzó al seno

De la mísera Arcadia inevitables

Y ocultos dardos de espantosa muerte.

Sin piedad, sin socorro perecían

Gentes de toda edad y de ambos sexos

Era tarda la fuga, el arte inútil,

Vano el remedio; y antes que el doliente,

El médico infeliz morir solía.

Una sola esperanza en tantos males

Quedó, y fue el implorar su auxilio al cielo

Consultado el oráculo, respuesta

Dio, clara sí, pero funesta y triste

Que Cintia estaba airada, y aplacarse

Sólo pudiera si la infiel Lucrina,

U otro de nuestra gente en lugar suyo,

En holocausto presentado fuese

Por las manos de Aminta a la gran diosa.

Ella en vano lloró, y esperó en vano

De su nuevo amador ser socorrida;

Que al fin, llevada con solemne pompa,

Fue miserable víctima a las aras;

Donde a los pies de su ofendido amante,

A aquellos pies de quien seguida en vano

Ya tanto fue, las trémulas rodillas

Dobló, esperando su infelice muerte

Del mancebo cruel. Aminta entonces

Intrépido desnuda el sacro acero,

Y en su rostro inflamado parecía

Que el furor y venganza respiraban.

A ella vuelto después, dijo, lanzando

Un gran suspiro anunciador de muerte:

«Aprende en tu miseria, infiel Lucrina,

Cuál amante seguiste, y cuál dejaste,

Contempla en este golpe.» Esto diciendo,

Clavó el cuchillo por su mismo seno,

Y cayó sin aliento en brazos de ella,

Víctima y sacerdote a un tiempo mismo.

A tan fiero espectáculo pasmóse

La misera doncella; pero al punto

Que recobró la voz y los sentidos

Dijo llorando: «¡Oh fiel, oh fuerte Aminta!

¡Oh amante que tan tarde he conocido,

Y me has dado muriendo vida y muerte!

Si fue culpa el dejarte, ora la enmiendo

Eternamente uniéndome contigo.»

Y esto diciendo, desclavó el cuchillo,

Teñido aún con la caliente sangre

Del tarde amado enamorado pecho;

Y atravesando el suyo, moribunda

Sobre Aminta cayó, que aun no bien muerto

De aquel golpe fatal suspiraría.

Tal fue de ambos el fin...

- III -
Corisca.

¿Quién ha visto jamás, ni quién ha oído

Más extraña pasión, más importuna,

Ni más loca también? Quién en un pecho

El odio a un tiempo y el amor unirse

Con temple tan sutil, que uno por otro

Se dilata y estrecha, y nace y muere?

Si desde el pie gallardo hasta el semblante

Miro yo la belleza de Mirtilo;

Si sus modales y su hablar contemplo,

Y su hermoso ademán y sus miradas,

Me asalta amor con tan violento fuego,

Que toda yo me abraso, y me parece

Que vence esta pasión todas las otras.

Mas si después contemplo el obstinado

Amor que tiene a mi mujer, y pienso

Que de mí no se cura, y que por ella

Desprecia mi beldad idolatrada

De mil almas y mil, tanto le esquivo,

Y le aborrezco tanto, que imposible

Se me hace haberle alguna vez amado,

Y que ardiese por él el pecho mío.

Me digo así tal vez «¡Oh si pudiese

Gozar de mi dulcísimo Mirtilo,

Tal que yo sola le tuviese, y nadie

Le poseyese nunca! Oh más que todas

Feliz Corisca» Y en aquel momento

Un ímpetu en mi seno se despierta,

Y hacia él tan dulcemente me arrebata,

Que a sus huellas seguir, y a suplicarle,

Y a descubrir el corazón camino.

¿Qué más? Así me punza este deseo,

Que si pudiera ser, le adoraría.

Por otra parte me revuelvo y digo:

«¡Un soberbio, un esquivo, un desdeñoso,

Uno que a amar otra mujer se atreve,

Un hombre que me mira y no me adora,

Y así de mi semblante se defiende,
Que no muere de amor! ¡Yo, que debía,
Como a tantos he visto, verle ahora
Abatido y lloroso a los pies míos,
Abatida y llorosa a los pies suyos
Podré verme caer! «Y en esta idea
Ira tal, y tal cólera concibo
Contra él, y contra mí, por haber vuelto
A mirarle la vista, el pecho a amarle,
Que odio más que la muerte el amor mío
Y el nombre de Mirtilo, y le quisiera
Ver el más infeliz, más afligido
Pastor que hubiese; y si le viera entonces,
Con mis manos allí le mataría.
Así el odio y amor, ira y deseo
Se combaten a un tiempo; y yo, que he sido

La llama de mil almas hasta ahora,

Y el tormento de mil, ardo y suspiro,

Y pruebo en mi dolor el mal ajeno.

Yo, que allá en la ciudad por tanto tiempo,

De amantes gentilísimos servida,

Fui siempre insuperable, y burlé siempre

Todas sus esperanzas y deseos,

Ya de un rústico amor, de un vil amante,

De un zagalejo humilde soy vencida.

¡Oh Corisca infeliz! en este punto,

Si desprovista de amador te vieras,

Di, ¿qué fuera de ti? Dime, ¿qué harías

Para calmar tu enamorada rabia?

Aprendan a mi costa hoy las mujeres

A conservar y a acumular amantes.

Si ni otro bien ni pasatiempo alguno

Que el amor de Mirtilo yo tuviese,

¡Cierto que rica de galán me viera!

Mil veces simple la mujer que a un solo

Amante llega a reducirse: ¡oh! nunca,

Nunca tan necia se verá a Corisca.

¿Qué es constancia? ¿Qué es fe? Fábulas vanas

Nombres imaginados por celosos

Para engañar las simples doncelluelas.

La fe en el pecho de mujer, si acaso

Fe en hembra alguna aposentarse puede,

No es bondad, no es virtud; es una dura

Necesidad de amor, ley miserable

De menguada beldad que ama a ti no sólo,

Porque amada de muchos ser no puede.

Mujer bella y gentil, solicitada

De muchedumbre de amadores dignos,

Si a uno se acerca y los demás despide,

O no es mujer, o si es mujer, es necia.

¿Qué vale la beldad cuando no es vista

Y si vista, no amada; y si es amada,

Amada de uno solo? Que en el mundo

Cuanto más dignos y frecuentes sean

De una mujer los amadores, tanto

La fama crece y alabanza de ella,

Y su esplendor y gloria se aseguran

En tener muchos Las discretas damas

Así vivir en las ciudades suelen;

Y las que son más bellas y más grandes

Con mayor libertad; siempre es entre ellas

Despedir un amante gran locura;

Hacen muchos así lo que uno solo

Quizá no hará: quién para dar es bueno

Quién a servir, quién a otra cosa es útil;

Y sucede tal vez que sin saberlo

Lanza el uno los celos que dio el otro,

O los despierta en el que no los tuvo.

De esta manera en las ciudades viven

Las mujeres ilustres, donde un día

Yo aprendí el arte del amor, guiada

De mi espíritu mismo, y del ejemplo

De una dama gentil que me decía

«Es preciso tratar a los amantes

Cual si fuesen vestidos: tener muchos;

Uno ponerse, y remudarlos todos;

Que el largo conversar causa fastidio,

Y el fastidio desprecio y odio al cabo.

Es grande error, Corisca, que una dama

Llegue su amante a fastidiar; tú cura

De que aquel que soltares salga siempre

Quejoso, y no cansado. Y así siempre

He procedido yo; gusto tenerlos

En grande copia; entretener los unos

Con los ojos, los otros con las manos,

Pasar al pecho el que mejor me agrada,

Y al interior del corazón ninguno.

¡Mas ay! que de esta vez yo no sé cómo

Ha venido Mirtilo, y me atormenta

Tanto, ¡infeliz! que a suspirar me obliga,

Y a suspirar de veras, y negando

A mis cansados miembros el sosiego,

También yo aprendo a desear la aurora,

Tiempo oportuno a los amantes tristes.

Cual ellos, ¡ay! por esta selva umbrosa

Ando buscando la adorada huella

De mi enemigo. ¿Qué le harás, Corisca?

¿Le rogarás? El odio no lo quiere,

Aunque lo quiera yo. ¿Le huirás? Ni aquesto

Lo consiente el amor, aunque debiera

Tal vez hacerlo así. Pues ¿qué resuelves?

Las súplicas primero y los halagos

Abrirán el camino, y descubierto

Le ha de ser el amor, mas no la amante;

Si esto no basta, acudiré al engaño;

Y si ni este tampoco, memorable

Venganza hará la cólera...

Cual hielo a plantas, sequedad a flores,
A ciervos red, a pajarillos liga,
Granizo a espigas, y gusano a trigo;
Así contrario amor fue siempre al hombre;
Y quien fuego le dijo, conocía
Su natural tan pérfido y malvado
Pues si el fuego se mira, ¡oh cómo es bello!
Y si se toca, ¡oh qué cruel! El mundo
Más espantoso monstruo no conoce
Como fiera devora, y como acero
Punza y traspasa, y como viento vuela;
Y donde afirma la imperiosa planta
Toda fuerza y poder cede a su fuerza.
No de otro modo amor, que si le miras
Ya en bellos ojos, ya en cabellos de oro,
¡Oh cual gusta y deleita! ¡Oh cual parece

Que solo paz respira y alegría!

Mas si te acercas mucho y si le pruebas,

Si comienza a bullir, y luego crece,

No tiene tigre Hircania, ni la Libia

León tan fiero, o pestilente sierpe,

Que en fiereza le venza o se le iguale;

Crudo más que la muerte y que el infierno,

Contrario a la piedad, ministro de ira,

Y finalmente, amor de amor desnudo.

¿Mas para qué hablo de él? ¿Por qué le culpo?

¿Es él la causa de que el mundo ahora,

Amando no, mas delirando peca?

¡Oh femenil perfidia! A ti se impute

De la infamia de amor toda la culpa.

De ti sola, y no de él, viene y se engendra

Cuanto de duro y de malvado tiene;

Pues él, de suyo blando y apacible,

Al punto pierda su bondad contigo.

Tú no le dejas penetrar al pecho,

Y de pasar al corazón las vías

Le cierras todas; por defuera sólo

Le adulas y le halagas, y es tan sólo

Tu cuidado, tu pompa y tu deleite,

De un afeitado rostro la corteza.

No son tus obras ya, ni ya te empleas

En pagar con tu fe la fe de amante,

En luchar, en amar, con quien te ama

Hacer de dos un corazón tan solo,

Y en una voluntad unir dos almas.

Pero te ocupas en teñir con oro

Un cabello insensato, ornar la frente

Con una parte de él envuelta en nudos,

Y lo demás, en red entretejido,

Prender el corazón de mil incautos.

¡Oh cuán indigno a un tiempo y fastidioso

Es el verte tal vez con los pinceles

Pintarte las mejillas, y las faltas

De natura y del tiempo andar borrando!

¡Hacer se torne en púrpura brillante

La triste amarillez, blanco lo negro,

Las arrugas lisura, y un defecto

Quitar con otro, y aumentarle acaso!

Y esto es nada, aunque tanto: son iguales

A las obras costumbres y caricias.

¿Qué cosa tienes tú que no sea falsa?

Si abres la boca, mientes; si suspiras,

Mentido es este suspirar; si mueves

Hacia alguno los ojos, la mirada

Es mentida también: todos tus actos,

Todo ademán, y lo que en ti se mira,

Y lo que no se mira, hables o pienses,

Andes o llores tú, cantes o rías,

Todo es mentira, y aun aquesto es poco.

Vender más bien a quien mejor se fía,

Al más digno de amor amarle menos,

Y aborrecer la fe más que la muerte,

Tales las artes son que hacen tan crudo

Y tan perverso a amor. Tuya es la culpa

¡Oh pérfida mujer! de sus delitos,

O lo es más bien de quien de ti se fía.

En mí la culpa está, que te he creído,

Corisca perfidísima y malvada,

Aquí tan solo por mi mal venida

De las regiones lujuriosas de Argos,

Donde la liviandad tiene su imperio.

Mas tú finges también, y eres tan diestra

En mentir tus costumbres y palabras,

Que con las mas honestas ora unida

La fama del pudor anda contigo.

¡Oh cuánto afán he sostenido! ¡Oh cuántas

Ignominias por ella! ¡Oh cómo ahora

Me arrepiento de todo y me avergüenzo!

Aprende, incauto amante, de mi pena

A no adorar cual ídolo un semblante;

Que la mujer idolatrada es cierto

Un numen infernal: de su belleza

Se lo presume todo, a fuer de diosa;

Sobre ti, que te humillas, elevada,

Como cosa mortal te tiene en menos

Que ser por su valor ella se cree

Lo que la finges tú por tu vileza.

¿Para qué tanta esclavitud y tantos

Ruegos, suspiros. llantos? Estas armas

Úsenlas, sí, los niños y mujeres,

Mas nuestros pechos aún amando sean

Fuertes y varoniles. Hubo un tiempo

En que pensaba yo que suspirando,

Y llorando, y pidiendo, en pecho de hembra

La llama del amor se despertase.

Ora lo advierto, erré; que si ella tiene

El corazón de pedernal, es vano

El intentar con lágrimas suaves

O con el blando aliento de un suspiro

Hacerle echar centellas, si el acero

De un rígido eslabón no le combate.
Por tanto, deja el suspirar y el llanto,
Si el logro quieres de tu amor; y si ardes
Con fuego inextinguible, allá en el seno
De ese tu corazón más escondido
Tu afecto oculta, y ejecuta a tiempo
Lo que natura y el amor enseñan
Pues la virtud de la modestia solo
En el semblante la mujer la ostenta,
Y es grande error el que al tratar con ella
La tengas tú jamás, pues aunque tanto
La usa con los demás, consigo usada
La tiene en odio, y en su rostro quiere
Que la mire el amante, y no la emplee.
Con esta ley tan natural, si amares,
Tendrás gusto en tu amor; no vi Corisca

A mí me encontrará tierno y rendido
Sino fiero enemigo, que con armas
De un hombre de valor, no femeniles,
En crudo asalto la herirá. Dos veces
Cogí ya esta malvada, y no sé cómo
Se me fue de las manos; mas si llega
Por la tercera vez al mismo paso.
Ya yo la pienso asegurar de modo
Que escapar no podrá. Por estas selvas
Suele a veces vagar, y yo venteando
Como sagaz sabueso, ando tras ella.
¡Oh qué terrible estrago y qué venganza
Si la cojo he de hacer! Yo haré que vea
Que llega alguna vez a abrir los ojos
El que fue ciego, y que por mucho tiempo

No ha de vanagloriarse en sus perfidias

Una mujer sin fe y engañadora.

A don Gaspar de Jovellanos,
cuando se le encargó el ministerio de Gracia y Justicia

¿Pudo lucir el suspirado día

Que con sus votos la virtud llamaba,

Y la esperanza florecer que apenas

El sueño en sus halagos le pintaba?

Pudo: a este tiempo en repetido aplauso

Miro el viento batir, en dulces himnos

Los ecos resonar, y por do quiera,

De labio en labio sin cesar llevado,

El nombre de Jovino henchir la esfera.

¡Bien haya veces mil aquel momento

En que a las manos del saber se entregan

Las riendas del poder! En él cifrada

Su ventura ve el orbe; en ti, Jovino,
La suya ve tu patria. Ella anhelante,
Ya en el horror del precipicio puesta,
Auxilio implora y tu robusta mano
Que sólo tú de sus profundos males
El abismo sondar, dar a sus llagas
El poderoso bálsamo, y en rayos
De luz clara y vivífica pudieras
Inundarla por fin. ¡Oh! presto sea,
Presto se cumpla la esperanza mía;
La nube ahuyenta del error, con ella
Huirán al punto las funestas plagas
Que nuestra dicha en su insolencia ahogaron.
Y a ti sólo debida esta victoria,
Mi vista, ansiosa de tu honor, te vea
Brillar al fin con tan inmensa gloria.

Victoria más espléndida y más pura

Que las que en campos de pavor cubiertos

Consagra a Marte la fiereza humana;

No, empero, menos ardua revestida

De mil formas y mil tiende su vuelo

Rastren la ignorancia, y con sus alas

Cuanto toca consume; así en los campos

Que baña con sus ondas Guadiana

Crece el insecto volador, y muerta

Lamenta Ceres su verdura ufana.

Ora insulta y desprecia: en su habla loca

Es ocioso el saber, frívolos sueños

Las obras del ingenio, al polvo iguales

Los altos pechos que Minerva inspira.

¡Bárbara presunción! Allá en el Nilo

Suele el tostado habitador dar voces,

Y al astro hermoso en que se inflama el día

Frenético insultar: la injuria vana

Huye a perderse en la anchurosa esfera.

Y Febo en tanto derramando lumbre

Sigue en silencio su inmortal carrera.

Ora feroz a la indolencia usada

Se niega, y de murallas espantosas

Cerca y ataja los senderos todos

Por do a la humana perfección se arriba.

De allí, alzando el cuchillo, armada en muerto,

Cuantos su imperio detestable esquivan,

Tantos amaga. ¡Ay del cuitado que osa.

De generoso ardor el pecho henchido,

Sus nieblas disipar, buscar la lumbre,

Y a la cumbre trepar Víctima entonces

De su ciego furor... Pero primero

Del cielo y de la tierra se vería

Suspense el curso, y de las cosas todas

El lazo universal roto y deshecho,

Que la insolente estupidez su triunfo

Logre completo, y que sus impías manos

La sacra antorcha a la razón extingan.

¿Quién dio a la tempestad el loco orgullo

De sobrar a la luz? Tú, gran Jovino,

Insta, combate, vence. el monstruo horrible

Bramando espire; que reinar se vena

Benéficas las letras; que amparadas

De su inviolable independencia sean.

Ellas fueron tu amor, ellas tu encanto

Siempre serán ¡O bienhadado y digno

De envidia el que en su albergue solitario

Las fuentes del saber tranquilo apura!

Felices en su afán vuelan las horas

Ya la lectura le embelesa, y lleno

De admiración, los altos monumentos

De la estudiosa antigüedad medita,

Y a sus genios se hermana, ecos grandiosos

Por do la serie de la ciencia humana

Se dilata a los siglos. Ya llevando

Al hermoso espectáculo que ostenta

Natura, su atención, busca sus leyes,

Sus misterios indaga, en su belleza

Atónito se arroba, y desde un punto

Se hace inmenso como ella. Ora a los hombres

La vista paternal vuelve, y llorando,

Exento del error, ve sus errores,

Y los señala y los combate, y libre

Muestra la senda en que a placer se lleven

De la mundana actividad las ruedas:

Tal vez sueña, y soñando en su delirio,

Nuevos mundos se finge, y de virtudes

Y de ventura celestial los llena.

¿Quién no envidia su error? Lloro y suspira

En la dulce ilusión que le enajena,

Y del orbe en el bien el suyo mira.

Siquiera allí de la servil codicia,

de la ambición frenética no tiembla

La eterna agitación: a fuer de vientos

Que en partes mil el horizonte rompen,

Y furiosos batiéndose, a su impulso

La fiel serenidad huye turbada;

Tal en el centro del poder se acosan

La doblez, la maldad, los vicios viles,

Que en mentido disfraz vagan tras ellas,

Y en su mísero vértigo sepultan

De la virtud las esperanzas bellas.

¡Ay! que tal vez al formidable peso

Rebelde el hombro, y de luchar cansado

Con la depravación, los tristes ojos,

Jovino, volverás a aquellos días

De tu apacible soledad testigos;

Los volverás llorando; el desaliento

Su amarga hiel derramará en tus venas,

Maldiciendo afligido aquel momento

Que te arrancó a tu albergue, do tranquilo

La virtud, la verdad fueron tu asilo.

¿Y el ejemplo del bien que debe al mundo

Todo gran corazón? Y la alta gloria

De aterrar la maldad? Y los consuelos

De la opresa virtud? -Cuando lejana,

De hierro el cetro iniquidad violenta

Tienda a las veces, y afligido llore

El inocente en su opresión, tú entonces,

Tú serás su deidad. Antes venía,

Y con trémulo pie la aula pisaba,

La altiva majestad le confundía;

Demandaba justicia, y su semblante,

De incertidumbre tímida vestido,

Suspiraba un favor. Jovino ahora,

Jovino es quien atiende a sus querellas,

Quien enjuga sus lágrimas, quien tierno

También acaso le acompaña en ellas.

Lágrimas puras que, en placer bañada,

Derrama la virtud, ¡qué de consuelos

No dais al corazón! ¡Qué de pesares

No le quitáis! -¡Y el inmortal testigo,

El premio hermoso de los grandes hombres,

Alta posteridad, que ya te mira

Y tu nombre señala entre sus nombres?

¡Oh porvenir! ¡Oh juez incorruptible

Del hombre que vivió! ¡Cuál se amedrenta

De ti el profano pecho que ya un día

El bien miró, de indiferencia lleno,

Ni osó el cerco salvar que le ceñía!

Cuando la noche del sepulcro ostente

La nada ante sus pies, cuando ya el sueño

De su vida falaz se torne en humo,

¿Qué verá tras de sí? Mísero olvido

O excreción eterna que a los tiempos

La memoria en su voz vuelve contino.

Aquel, empero, que de ardor divino

Tocado fue, que en incesante anhelo

Siempre ansió por el bien, y que en su mente,

A cuanto obró y pensó la faz terrible

Del tiempo que vendrá tuvo presente,

Ese vive inmortal; su excelso nombre

Colina el abismo de la tumba, y viva

Su gloria colosal queda en sus hechos;

Hechos que en ecos de alabanza suenan,

Que el campo inmenso del espacio ocupan,

Y el raudo giro de los siglos llenan.

Tiempo vendrá que en la dichosa Hesperia

Espaciando la vista alborozada,

Grite la admiración: «¿No es este el suelo

Que en otro tiempo a compasión movía?

Veinte siglos de error en él fundaron

El imperio del mal: en vano había

Pródigo el cielo de favor cubierto

Su seno en bienes mil, y codiciosa

La tierra por brotar, inagotables

Sus opimos tesoros ostentaba.

Su sed en vano innumerables ríos

Mitigaban regándola, y en vano

Bañara el mar su costa al occidente,

Al oriente y al sur. ¿Qué la servía

Un clima placidísimo y sereno

Que en vida, en fuerza y en placer la henchía?

Todo fue por demás: su manto triste

Tendió la asolación: yermos los campos,

Mustios los pueblos, indolente el hombre,

Sin conocer su estrago, sin aliento

Para salvarse de él, ruina y silencio

Cual de peste mortífera abrigaban.

¿Quién fue el Dios que bastó de tantos males

El torrente a atajar? Quién la carrera

Mudó a estas aguas, allanó los montes,

Los pantanos cegó? Cubren de Ceres

Y de Pomona los celestes dones

El suelo antes erial, que abrojos solos

Y zarzales inútiles llevaba.

Trocóse todo: por do quier la mano

Del hombre señalada, y por doquiera

Su vivífica acción en movimiento

Despierta mi atención. ¿Do las cadenas

Están de la verdad? ¡Cuál se ha extendido,

En alas del espíritu llevada,

De mar a mar y de Pirene a Gades!

¿Quién volvió a sancionar la ley de vida

Que en su pródigo amor naturaleza

Por la voz del deleite diera al mundo?

¿Qué numen creador pudo en un día

Verter aquí la plenitud y holganza,

Imprimir su vigor y su energía?»

¡Ah! que entonces el nombre de Jovino

Grande a la gloria y al aplauso viva,

Y aquel augusto galardón reciba

Digno de su virtud y alto destino.

¡Oh hermosa emulación! Vendrán las artes

Hijas del genio imitador, y solas

Adornar ansiarán el bello triunfo

De su alumno y su dios: suyo las ciencias

Le aclamarán, con su divina mano

Allá en la playa astur mostrando alegres

La mansión que él les diera, altar primero

Que alzó a Minerva la razón hispana.

En medio el labrador, no como un día

Angustiado, infeliz, pobre y desnudo,

Sino contento y vigoroso, alzando

La agradecida voz, dirá: «Fue mío,

Y su alabanza es mía; si de flores

Primero se adornó su mente hermosa,

Para mí maduró, y en fruto opimo

Gocé yo al fin de su favor los dones.

Si de su voz la persuasión salía

Como raudal de miel, ella a mis llagas

Dulce bálsamo fue. ¿No ahogó su mano

Una en pos de otra las odiosas sierpes

Que infestaban mi ser? Ved mi abundancia,

Ved mi contento, el delicioso halago

Con que de hijuelos el enjambre hermoso

Me alivia y me corona. ¡Ay! hubo un tiempo

Que el ser padre era un mal: ¿quién sin zozobra

A la indigencia, al desaliento, diera

Nuevos esclavos? Pero huyó; al olvido

Lanzó Jovino tan amargos días:

Mi esperanza, mi paz, las glorias mías

Obras son de su amor, son de su anhelo;

Dadme pues sólo el bendecir su nombre,

Y en dulces himnos levantarle al cielo.»

Despedida de la juventud.

Creced y floreced, plantas hermosas,

Creced y floreced, y alzando al cielo

Esas ramas sonantes y frondosas,

Dañad en dulce lobreguez el suelo;

Que yo, angustiado, a vuestra sombra amiga

Me acogeré, y en ella

Tendré un asilo al fin donde no sienta

El vivo resplandor que el sol ostenta.

Él, en eterna juventud luciendo,

Vuela, y vuela sin fin: ¿qué son los años

Qué los siglos ante él? Ruedan furiosos;

Y a contrastar su solio se amontonan,

Y en su feliz carrera

Nada marchita su beldad primera;

Todos su gloria y su esplendor coronan.

¡Oh cuánta diferencia

Entre su fuerza y la flaqueza cala!

Sigue un día a otro día,

Y en su sorda inclemencia

Cada cual me amortigua, y me arrebat

Al término en que espira la alegría.

Vuelvo la vista, y angustiado miro

Yacer segadas de mi edad las flores,

Y la vida mostrárase erizada

De espinas solamente y de dolores.

Tened ¡ay! compasión de mi amargura

Que bien me la debéis, árboles bellos.

Decid: cuando los vientos bramadores

A la voz del noviembre se desatan,

Y sacudiendo frío,

En su furor horrísono maltratan

Vuestro verdor sombrío,

Y anunciándoos vejez, de angustia os llenan

Y a desnudez tristísima os condenan,

¿No sentís? no lloráis? Y estremecidos,

¿No os acordáis de abril, cuando halagüeñas

Las manos de natura engalanaban

Vuestras frentes risueñas,

Cuando el auro os besaba con ternura,

Y los ojos distantes que os miraban,

Cual templos de frescura

Y asilos de placer os saludaban?

Tal de mi juventud y de mi gloria

Los venturosos días

Se pintan tristemente en mi memoria,

Al tiempo que volando

Huyen lejos de mí, sin que mis ayes

Sólo un momento detenerlos puedan.

Adiós, divino amor, que desplegando

Las bellas alas de oro,

Me llevabas en ellas

Por senderos de flores,

Y el pecho y labio sin cesar colmabas

Del néctar celestial de tus favores.

Adiós: la cruda mano

Del tiempo, a mis delicias enemigo,

Te arrebató consigo.

Y ¡oh cuántos otros bienes el tirano

Me arrebató también! ¿Con que la risa

Huyó por siempre de los labios míos,

Y la fiel confianza de mi frente?

Mis ojos, ¡ay! de lágrimas vacíos,

¿Será que nunca a desahogar ya tornen

Mi triste corazón, y que se vean

De él por siempre alejadas

Las esperanzas que halagüeñas ríen,

Las ilusiones que sin fin recrean?

Contigo, ¡oh juventud! contigo nace

El entusiasmo ardiente

Que arrebató hacia el bien, contigo espira,

Y tras él la virtud mustia y doliente

Privar de fuerza y marchitar se mira.

¿Qué a tu ferviente anhelo

Cuestan jamás los sacrificios? Oyes

La voz de la amistad, sientes la llama

Del patriotismo que tu pecho agita,

O bien la gloria que en honor te inflama;

Partes entonces desalada, y corres

Impávida a tu fin: como en la selva

El volador caballo,

Cuando en dichosa libertad respira,

Orgullosa se lanza a la carrera;

El viento no le alcanza, y vanamente

A intimidar su ardiente lozanía

Las ramblas y torrentes se presentan;

Las ramblas y torrentes acrecientan

Su generoso aliento y su osadía.

Y en vez de tantos dones

Como en mi tierno corazón moraban

Y en su luz generosa me ensalzaban,

¿Qué ofreces a mi vida,

Oscuro porvenir? El triste freno

De la prudencia y su compás helado;

Mientras que, derramando su veneno

La vil sospecha, asida

Del funesto puñal del desengaño,

En cada halago temerá un peligro,

Tras cada bien me mostrará un engaño;

Y roto el velo a la ilusión, el mundo,

Que pintado en tan mágicos colores

A mi inocente espíritu reía,

Será de hoy más a la tristeza mía

Yermo sin amistad y sin amores.

Morir fuera mejor; mas ¡ay, que abiertas

Ya a devorarme aspiran

De la siguiente edad las negras puertas!

La vista estremecida

Duda y se vuelve atrás: detén la mano,

Y no de bronce la eternal barrera

Corras, que esconde mi estación florida,

¡Dura necesidad! ¡Oye mi ruego!...

Mas no me escucha, y la corrió, y yo ciego,

Sin poderme valer, desconsolado,

Del carro del destino arrebatado,

A su imperiosa voluntad me entrego.

Al sueño.

Tú, mudo esposo de la noche umbría,

¡Oh padre del sosiego,

Sueño consolador! ¿por qué te niegas

A mi lloroso ruego?

¿Por qué a mis sienes con piedad no llegas?

Y no que lento y vagaroso bates

Lejos de mí tu desmayado vuelo,

Y esparces en el suelo

La niebla del balsámico rocío

Con que el dolor serenas

Y el vivo afán de las acerbadas penas.

Duélete ¡oh sueño! al contemplar las mías;

Suspende, ¡ay Dios! suspende

Por un momento el velador cuidado,

Y en él tu velo vaporoso tiende.

¿No bastan, di, para penar los días?

Mi espíritu, rendido

A tanta agitación, mi triste pecho,

De palpitar cansado,

Y en ansia y fuego el corazón deshecho,

Tu celestial venida

Imploran ¡ay! a restaurar mi vida.

Para obligarte, en vano

Mezclarme quise al alborozo insano

Del ruidoso festín, y la ancha copa

Henchí tres veces de espumoso vino.

Tres veces la apuré, sediento y ciego;

Pero en mi yerta boca

Se heló la risa y se tornó en gemido.

Y el ardiente licor que entró en mi seno,

En vez de dar a mi dolor reposo,

Raudal fue impetuoso

De hiel ingrata y ponzoñosa lleno.

Fácil un tiempo mi clamor olas,

Y blandamente en derredor volabas,

Y halagüeño doblabas

La gloria de mis días,

Que tú en la noche a redoblar ventas.

¡Oh ilusiones de bien! ¿Dónde habéis ido?

¿Tal vez a no tomar? Tal vez si ahora

¡Oh sueño! has de venir, vendrá contigo

A atormentarme airada

Del bien perdido la doliente idea;

Mas ven, sueño, a mi voz, aunque así sea.

Ven; que ya las dos osas

Al ocaso avecinan

Su refulgente carro, y presurosas

Las centellantes Pléyadas se inclinan.

La luna fatigada

Se retira hacia el mar, y ya la aurora

Precipita la hora

Que anuncia en el oriente

Su trémulo esplendor. ¡Ay! vendrá el día,

Vendrá, y mis ojos, de velar cansados,

Su luz no sostendrán ni su alegría.

¡Ríndete a compasión, sueño precioso!

Tu néctar delicioso

Mi triste frente halague,

Y blando y dulce y regalado vague

¿Me escuchas? ¡Oh favor! Ya desmayados

Mis sentidos fallecen,

Mis miembros se entorpecen,

Mis párpados se agravan,

Las penas mismas su inclemencia fiera

Con tu presencia acaban.

¡Quién de ellas libre al despertar se viera!

A don Ramón Moreno.
Sobre el estudio de la Poesía.

«¿Y nos dejas, infiel? Y así abandonas

Tantas horas de afán? Y así al olvido

La flor darás de tus primeros días,

Que tantos lauros a tu sien prometen?

Nosotras a tu oriente presidimos.

¿Quién de fuego tu pecho, y de ternura

Llenó tu corazón? Quién de armonía

Bañó el acento de tu voz suave,

Cuando Henares, oyéndola, sus ondas

Serenaba suspenso, y de tu canto

El eco por sus márgenes sonaba?»

Así te hablaban las amables musas;

Y tú, esquivando su apacible halago,

Otra gloria, otra senda prevenías

A tu noble ambición; ellas la vieron,

Y de tu ingrata deserción lloraron.

¿Fue desprecio tal vez? ¿Pudo en tu mente

Caber también la vergonzosa idea

Con que orgullosa la ignorancia humilla

Este celeste don, y en sus furores

Le dice vano y frívolo, y riendo

Marca en oprobio el nombre de poeta?

Ella sola, entre nieblas asentada,

Puede desconocer el noble origen

Del talento que insulta, y ella sola

No respetar los sacrosantos nudos

Que con natura y la virtud le hermanan.

Cuando rompe la aurora en el oriente,

Y el rayo anuncia de la luz febea,

¿Quién entonces se niega a la alegría,

Al himno universal con que saluda

La tierra al nuevo sol? Quién, si la noche

Tiende su manto lóbrego, y el seno

De Olimpo con mil lumbres centellea,

De un horror melancólico y sublime

No se siente ocupar? ¿Cuál es el pecho

Que en férvido entusiasmo no se agita

Al mirar de su cárcel desatarse

Los aquilones, que azotando el polo,

Que agitando la mar, tremendos braman,

Y estrago y noche y tempestad lanzando,

Estremecen el orbe en sus furores?

¡Oh tú, infeliz, que en tu insensible pecho

Jamás probaste el sentimiento hermoso

Que estos cuadros magníficos inspiran!

Tú solo puedes despreciar grosero

Al genio que los pinta; y si la suerte,

Avara de tu bien, negó a tus ojos

El conocer la luz, y a tus oídos

El sublime placer de la armonía,

Calla; ¿qué harán tus importunos gritos!

Mostrar patente tu ignorancia oscura,

Y hacer odiosa tu fatal dureza.

Entra, amigo, en ti mismo, y las dos fuentes

En ti hallarás del arte encantadora

Que debes admirar: fuentes eternas

De do su gloria y su poder descienden.

Mira el espejo rutilante y puro

De tu imaginación, que en su grandeza

El mundo todo, el universo entero,

Sin contenerse en límites, abarca;

Contempla luego la inexhausta hoguera

En cuyo fuego las pasiones arden

Y el sentimiento sin cesar se ceba

Y así como en su curso van los ríos

Deslizando hacia el mar sus claras ondas,

Ondas que de él en vagarosas nubes

Salieron ya; verás la poesía

Del corazón y mente descendiendo,

Al corazón y mente arrebatarse.

En vano intentas resistir: tu oído

Su acento ganará, tu fantasía

Poblarán sus imágenes hermosas

Y al volcán de su fuego y su vehemencia

Tu corazón ardiendo, vendrá el punto

En que, vencido, arrebatado, sigas

El carro triunfador de su alta gloria.

Tal será su poder, tal siempre ha sido.

Si lo niegas, pregunta al universo;

Sus fastos lo dirán: ve la violencia

Con que el torrente de los siglos corre,
Anonadando en su fugaz camino
Hombres, naciones; los imperios crecen,
Y otros imperios que a su vez se elevan,
Crecen, y llegan, y los tragan, y huyen,
Como impelidas de los euros fríos
Huyen las nieblas, sin dejar sus alas
Huellas ningunas por el aire vago.
Pues el genio inmortal de la armonía
Venció tanto furor; la faz del mundo
Trastornada se ve, y él resonando
En medio a tanta ruina, hasta la esfera
Los ecos lleva de su noble acento;
Y el hombre absorto de placer le admira.
¿Oyes el nombre del social Orfeo
Entre aplausos aún? Oyes cuál suena

La trompa heroica del cantor de Aquiles,

Y estrellarse en su nombre las edades,

Añadiendo en su honor nuevos trofeos?

¡Vivid, padres del canto! ¡Almas sublimes,

De la tierra esplendor! ¿No sois vosotros

Los que, admirando el universo, y llenos

De inmenso fuego al contemplar las leyes

En que el orden se asienta, arrebatados

De sagrado furor en vuestra lira,

El amor, la virtud, el bien cantabais,

Y de los hombres la rudez pulisteis?

Helos cuál tigres respirando ciegos

Estrago y sangre, con fatal cruera

Entre si devorándose, y feroces,

Solos, desnudos habitar las cuevas

Que dio natura a los agrestes brutos.

¡Mísera humanidad! Padres del canto,

Venid; a vuestra plácida armonía

El hombre sorprendido alza la frente,

Y ledo mira al sol; ya en sus entrañas

Arde el amor; esposo, padre, amigo,

Hombre es ya, en fin; en sociedad se anida,

Y el cielo alegre a su ventura ríe.

¡Vivid, padres del canto! No la tierra

Tan ingrata será, que al hondo olvido

Dé la memoria de los faustos días

Que nuestras bellas fábulas recuerdan.

No la dará: si vuestros nombres mueren,

Será allá cuando el mundo hecho pedazos

En el estrago universal esconda

Los nombres que sus ámbitos llenaron.

Y este precioso don, que al arte un día
Debió la especie entera, en todos tiempo
Le goza el hombre. Dime: allá en tu infancia,
¿Quién suavizaba y de risueñas flores
De la instrucción la senda te cubría,
Sino su halago? Sus grandiosos himnos
Te elevan al Olimpo, sus canciones
Te inundan de placer en tus festines;
Y abate luego, si a abatir te atreves,
La grandeza del genio que elevado
En generoso vuelo arde, y te lleva
A ansiar, llorar, a suspirar consigo,
A amar y aborrecer; que yo entre tanto,
Al ver los mundos que a su arbitrio crea
Un numen bienhechor en él bendigo,
Y hombre, de un hombre en el grandor me elevo.

¿Serán tal vez sus formas agradables

Y la eterna beldad de que se ciñe

Las que en su oprobio a declamar te incitan?

¡Hombre feroz! en tu fatal dureza

Arranca al prado su vistosa alfombra,

Su verdura a los árboles, y nunca

Las auras templen el fogoso estío.

¡Ay! harto amargo de la vida el cáliz

Es al hombre infeliz, para que esquivo

También le niegues el escaso néctar

Que a veces baña de placer sus horas.

Y no siempre su honor la poesía

Fundó en el muelle acento y blando halago,

En los objetos frívolos que ahora

Por nuestra mengua sin cesar la emplean.

Si es que los ecos bélicos te agradan,

Si los hórridos cantos de Tirteo

Aún quieres escuchar, vuela conmigo

Al campo de Mesenia, y en él mira

A los hijos de Esparta desmayados

Volver la espalda al desigual combate.

Y escucha de repente cómo truena

El canto de la guerra, y cuál discurre

De fila en fila, mortandad nunciando,

Y ahuyentando el temor; mira encenderse,

Con sus versos enérgicos airada,

La indignación violenta, y de la patria

El amor sacrosanto, a cuyo nombre

O morir o triunfar los héroes juran.

«Pues os preciáis de descender de Alcides

Amigos, alentad; ¿qué os acobarda?

Sabed que nunca la oprobiosa fuga

Escudo fue contra el rigor del hado;

Con hombres como vos es el combate.

¿De qué tembláis? Marchad; hermosa vida

Os dará la victoria, eterno nombre

Si en la lid perecéis el tiempo os guarda.»

Y al belísono acento enfurecida,

La muchedumbre intrépida se arroja.

Salta, acomete, y el horror, y el fuego,

Y la muerte espantosa, que silvando,

Del dardo y lanza en el acero vuela,

Nada son a su ardor; lucha, porfía,

A sus pies los soberbios baluartes

Húndense, y el laurel de la victoria

Ciñe la patria a su robusta frente.

¡Ay! los sagrados venerables días

No son aún en que se torne al canto

Su generoso y sacrosanto empleo.

Pero ellos brillarán yo, caro amigo,

Ya entonces no seré nunca mi acento,

Hirviendo de entusiasmo, en grandes himnos

Se podrá dilatar, que grata escuche

Mi patria, y que en la pompa de sus fiestas

El coro de los jóvenes los cante,

El coro de las vírgenes responda,

Y el eco lleve mi dichoso nombre,

Y todo un pueblo con furor le aplauda.

¡Oh tú, cualquiera que en mejores días,

Por don del cielo, de mi patria seas

El solemne cantor! ¡Tú, a quien guardada

Tan alta gloria está! Yo te saludo

¡Oh afortunado espíritu! y te adoro

Vuelve, te ruego, la dichosa vista

Al fango vil de que a salir en vano

Aspira mi ambición. No, sus esfuerzos,

Sus débiles esfuerzos no podrían

Durar, llegar a ti. ¿Qué serán ellos

Si con tu excelsa elevación se miden?

Escucha, empero, los aplausos míos,

Que vuelan a mezclarse a la alabanza

Con que tu siglo ensalzará tu nombre;

Y recibe estas lágrimas ardientes

De despecho y de envidia, que mis ojos

Al contemplar en ti vierten ahora.

En tanto pues que afortunado llega

Este tiempo, nosotros, dulce amigo,

Demos nuestro desprecio a la insolencia

Del poderoso, que, en su pompa hinchado,

Vincula en ella sus virtudes todas;

Démosle al vil que ante sus pies se abate,

Y aquella frente que le dio el destino

Para mirar al sol hunde en el polvo;

Más no suframos que los bellos dones,

Tesoros del espíritu, se vean

Escarnecidos nunca. Abandonemos

Tan delirante empeño a la ignorancia

O a la mediocridad, que insulta y muerde

El bronce de la fama, en cuyos ecos

Jamás el mundo escuchará su nombre.

(1798.)

En la muerte de un amigo.

En este melancólico retiro

Do la indulgente soledad me abriga,

Y con su sombra amiga

Templa el horror en que infeliz respiro,

¿Qué fúnebres clamores

En confuso tropel hieren el viento

Y vienen a mezclarse a mis dolores?

Callad, nuncios de muerte; ya mi pecho,

De palpar deshecho,

No es bastante al raudal de la amargura,

Y el cáliz del dolor hasta las heces

Mi moribunda juventud apura.

¡Mísero! ¡Cuántas veces

Presente a algún festín, cuando rodaban

Por la mesa las copas de Lico,

Y en risa y en placer nos inundaban,

Mi espíritu asaltado

De un súbito temor se estremecía,

«¡Si alguno de nosotros pereciera!»

En mi interior decía,

Y una indiscreta lágrima corría

Que atajaba el deleite en su carrera.

¡Presagio de dolor, ya estás cumplido!

Tendió la muerte sus horrendas alas;

Como buitre voraz cayó en mi amigo,

Y en él sus garras con furor clavando,

A la honda huesa le arrastró consigo.

En vano, ¡ay Dios! en vano

El bello sol, iluminando el día,

Derramará en el mundo

Su benéfica lumbre y su alegría;

De su seno frugífero y fecundo

En vano los tesoros

Ostentará la tierra

¿Qué importa? A otros darán la dulce vida,

No al ser helado que la tumba encierra.

¡Con que será ya en vano

Clamar yo en el dolor: «¡Álzate, amigo;

Ven como en otro tiempo a mí venías,

Cuando las ansias mías

Templar lograban su amargor contigo;

Levántate a valerme!» Que insensible

Me negará su oído,

Inmóvil a mi voz como esas rocas

Que rechazan mi lúgubre gemido.

Sí; que a nadie se atiende y se responde

En ese seno misterioso donde

Lejos del mundo el infelice vaga.

Pero el mundo me oirá, y enternecido

Dará que satisfaga

Mi luto y mi deber... ¡Oh lira mía!

Ven en mi afán a acompañarme, y demos

A mi infeliz amigo

El canto de alabanza; que se vea

Su alma bella en mis versos retratada,

Y eterna al mundo su memoria sea.

¿Qué sirve, empero, recordar ahora

De su hermosa virtud la alta esperanza?

Cuando el viento fatal de mediodía

De las arenas líbicas se lanza,

Y el seno de la Bética azotando

Con ala abrasadora,

La floreciente mies tala y devora,

¿Acaso la abundancia que esperaba

Podrá aliviar al labrador que llora?

¡Ah! ¡Son tan pocos los felices pechos

En que se anida la virtud! ¡Tan pocos

Aquéllos en que enciende

Entusiasmo y valor!... ¡Un día, un hora,

Un momento infeliz hunde en el polvo

La esperanza y delicias de los buenos!

¡Y los perversos viven y se ríen,

De todo miedo y sobresalto ajenos!

Huye pues, lira, de mi débil mano,

Ya que aliviarme en mi aflicción no alcanzas

Dolor manda la muerte, y no alabanzas,

Dolor y luto y lágrimas. ¡Oh amigos!

Venid, cercadme; y sosteniendo todos

Mi vacilante paso,

Hasta la tumba lúgubre lleguemos.

En ella plantaremos

Un fúnebre ciprés; mi amargo lloro

Le regará, mi diligente mano

Le hará crecer, y su enlutada sombra

Cubrirá la inscripción, que en letras de oro

Diga: «Al hombre sensible, al fiel amigo,

Al exaltado patriota... «Un día

Vendrá que el pasajero,

Cuando este triste monumento mire,

Sobre él contemple a la virtud llorando,

Y de respeto y lástima suspire.

¡Ay! ¿Qué resta a mi vida, amigos míos,

Sino hiel y dolor? Tal vez la parca,

Que en él se probó a herirnos, inflexible

Ya la segunda víctima señala.

¿Quién de nosotros?... ¿Y será posible

Que destinado a contemplar me vea

De unos y otros el fin, llorar a todos,

Y verme en todos acabar? ¡Oh muerte!

Ven a mí de una vez: tu horrenda saña

Descargue al punto la fatal guadaña,

Y no me guarde a tan acerba suerte.

A don Nicasio Cienfuegos,
convidándole a gozar del campo.

Tú, a quien el cielo con benignos ojos

Miró desde el nacer; tú, en cuyo pecho

Imprimió la virtud, y en larga mano

El don divino de pintarla diera,

Nicasio respetable, ¿por qué tardas,

Y a la amistad que ansiosa te desea

No te abandonas? De enlazados ramos

Espacioso dosel ora me ampara

Del crudo ardor del polvoroso estío,

Y los inquietos céfiros, vagando

En dulce fresco, en movimiento y vida,

Los senos bañan del jardín. Mi mente

Desalada entre tanto hacia ti vuela;

Vuela hacia ti, que a tu pesar sumido

En ese abismo pestilente y ciego,

Los campos y las selvas solitarias

Buscas, y aún dudas, y a gozar te niegas

Placer tan puro y celestial conmigo.

¡Oh! No tardes, no tardes: bien tus pasos

Lleves al bosque oculto, bien la vista

Tiendas alegre en la abundosa vega

O la dulce corriente te embelese
Del río encantador; todo te llama
Con delicioso afán, todo convida
Tu enérgico pincel. No aquí ambiciosa
Natura ansiara desplegar su inmenso
Poder, y ornada en majestad sublime,
Nuestra vista asombrar: guardó el espanto,
Guardó el terrible horror allá do esconde
Su frente el Apenino entre las nubes.
Cúbrenle en torno las eternas nieves
Que en vano bate el sol: si el viento suena,
Es proceloso el austro, en cuyas alas
Retumba el trueno; entonces los torrentes
Bajan furiosos a asolar los valles.
¿Qué es allí el hombre? Estremecido y solo

Atónito se para, y no cabiendo

Impresión tan soberbia en sus sentidos,

Al mudo pasmo y confusión se entrega.

Graciosa, empero, aquí, dulce, apacible,

Sus dones todos liberal reparte

Naturaleza, y con placer se ríe.

Tal la beldad en su primer oriente,

De gracias solo y suavidad bañada,

Suele más tierna embelesar los ojos,

Y el corazón herir. Nicasio, el mío

Más amó siempre que admiró. Do quiera

Ternura aquí y amor. ¡Oh cuántas veces,

Cuántas, mirando las sociales vides

Enlazarse a los olmos, y lozanas

Entre los ramos de su verde apoyo

Sus hojas ostentar y alegre fruto,

En dulce llanto se bañó mi pecho!

¡Cuántas pavesas del incendio antiguo

Plácidas se avivaron! Los suspiros,

Las ansias tiernas, la inquietud dichosa

Las delicias inmensas que algún día

Me inundaron, ¡ay Dios! y acaso huyeron

Para nunca volver; todas volaron,

Todas a un tiempo con igual ternura

Me asaltaron allí: si desaparece

Y huye el amor, a la memoria acuden

Padre, hermanos y amigos, y en un punto

Afectos mil que a penetrar mi seno

Aquel bosque solitario inspira,

Y absorto y melancólico me llevan.

Lejos allá su placentero ruido

La brillante cascada precipita

Por el senoso peñascal, adonde
Su curso rompe murmurando el río.
Corro y le miro ¡oh qué placer! furioso
Del dique opuesto a su violencia en vano
Clamoroso agitarse, alzar la espalda,
Luchar, vencer, hervir, y en alba espuma
Deshecho y raudo arrebatarse al llano.
Vaga la vista entre los dulces juegos
Que mil y mil con variedad graciosa
Mágica el agua a su mirar presenta.
Bañan en ella sus sedientas alas
Los apacibles céfiros, y llenos
De su grato frescor, ea vuelo alegre
Van a esparcirla a la tendida vega;
Mientras en dulce gratitud riendo,

La dócil caña el intratable espino

Y el álamo gentil en la ribera

Sus ramos tienden a besar las ondas:

Ondas preciosas que el colono activo

Supo en raudales dividir, y en ellos

Llevar la vida y la abundancia al campo.

Siquiera el cielo en su rigor se obstine

En negar el vivífico rocío,

Don de las nubes, los endeble diques

Rompe seguro el rústico, y al punto

Vieras la tierra que inundada embebe

El cristalino humor; y fuerzas nuevas

Con él cobrando, engalanar su frente

Un fruto y otro fruto, y cien tras ellos.

Así la vista por do quier se baña

En verdura eternal; así Pomona

Tiende su manto, y pródiga derrama

Del almo cuerno el celestial tesoro.

¿Qué mucho si su templo delicioso

Le plugo aquí sentar, y aquí adorada

Del hombre ser? Todo la acata. El río.

En dos partido, con ardor la ciñe,

Y ella en sus brazos y en su amor se goza.

Yo allí, mientras los árboles se mecen

Al son del viento, en tanto que a sus hombros

Sube contento las opimas cargas

El hortelano, y las zagalas ríen

En trises alegre y bullicioso juego,

Llego al altar de la deidad que en medio

Reina ostentando su silvestre pompa,

Y a reverencia y religión me inclina.

¡Arboles prodigiosos! ¡Cuál la mente

Que así os quiso agrupar? Cuál fue la mano

Que así os plantó? De majestad vestido

El añoso nogal, su cima alzando,

Hasta la cumbre del Olimpo alcanza;

Sube, y en su ambición tiende los brazos

Lejos de sí, cual si ocupar con ellos

De la esfera los ámbitos quisiera;

Y eternos a par de él, y a par sublimes,

Seis lúgubres cipreses los lujosos

Ramos le cercan, y en su faz sombría

La luz quebrantan del ardor febeo.

¡Oh delicias! ¡Oh magia! ¡Oh cómo hundida

Bajo esta hermosa bóveda se lleva

La mente a meditar! ¡Cuál se engrandecen

Sus pensamientos! Y a la par mirados,

¡Cuán breve el hombre, y su poder, su gloria,

Toda su pompa! ¡Oh qué de veces vieron

De su opulento dueño aquestos troncos

La afanosa inquietud! ¡Cuántas en vano

Con su grato silencio le brindaban

Al reposo, a la paz; y él orgulloso

En pos del mando y la ambición corría!

¡Qué de delitos no abortó el insano

Para saciar su ardor! Bañóse en sangre,

Domó la tierra, y ¿qué logró? Estas plantas

Le vieron perecer, y ellas quedaron:

Quedaron a esparcir sus ramos bellos

Sobre mí, que inclinado y reverente

Canto su gloria; y vivirán: testigos

Serán ¡ay! de mi fin cuando a su ocaso

Llegue el aliento de mi endeble vida.

Todo al tiempo sucumbe: ellas un día,

Ellas también... ¡Ah bárbaro! repara

La inclemente segur; muévante al menos

Su sacro horror, su venerable sombra,

Su augusta ancianidad. Pudo hasta entonces

Respetarlas el tiempo, ¿y tú atrevido

Su hojosa copa abatirás? Detente,

Detente, y no en un punto así destruyas

La gloria del verjel. Nogal frondoso,

Altos y melancólicos cipreses,

Para siempre vivid, y que el ingrato

Cuya mano sacrílega se atreva

Vuestros troncos a herir, jamás encuentre

Sombra refrigerante en el estío

Cuando le hostigue el sol; nunca reposo,

Nunca halle paz, y de su injusto pecho

Huya por siempre la inocencia amable

Que en el campo y los árboles se abriga.

Lejos, empero, de la frente mía

Tan lúgubre pensar. Adiós, cipreses,

Pomona, adiós: los álamos del bosque

Ya con su dulce amenidad me llaman.

Salve, repuesto valle; el sol ardiente

Me hirió al venir, y fatigado el pecho

Late anhelante, y con dolor respira.

Acógeme en tu seno; que tu yerba

Verde, abundosa, a mis cansados miembros

Sirva de alfombra; que el murmullo blando

Del grato arroyo en agradable sueño

Me envuelva y me regale, y que sacuda

Favonio en tanto el delicioso néctar

De su frescura, y mi sudor enjague.

¡Ah! que ni aquí del velador cuidado

El tósigo alcanzó, ni las espinas

Del miedo agitador su punta emplean.

Todo es sosiego: al despertar, las aves

Con su armónico acento en mis oídos

Los ecos llevan del placer; las auras,

Árboles, cielo y arroyuelo y prado,

Todo me halaga y a mi vista ríe.

Mientras la fuente retirada y pura

Me ofrece el cáliz de sus ondas frías

A mitigar mi sed; y yo, embebido

Con himnos mil, en mi delirio ciego

A sus graciosas náyades imploro.

¡Oh Gesner! ¿dónde estás? Tú, a quien desnuda

Y llena de gracia y de inmortal belleza

Natura se mostró; tú, que inspirado

Fuiste de la virtud; tú, que en las selvas

La paz y la inocencia y los amores

Tan dulcemente resonar hacías,

¡Divino Gesner! ven; lleva mis pasos

Y enséñame a gozar. Contempla el suelo

Cuál nuestra planta engaña, y cuán hermoso

Se hunde aquí, se alza allá, forma ora un llano,

Después un seno; a la alameda vuelve

La vista embelesada, y mira en ella

Las gracias revolar; ve la ternura

Con que al abrigo del robusto padre

Del recio invierno y rigoroso estío

Los pequeñuelos árboles se amparan.

Pregunta al blando céfiro, que vuela

En sus copas dulcísimas moviendo

Los sones del amor, cuántas zagalas
Asaltó aquí festivo, y cuántas veces,
De su recato virginal burlando,
Besó su frente y se empapó en su seno.
Pídele los tiernísimos suspiros
Que, llevados en él, por esta selva
Andan vagando, y las querellas tristes
Que el eco sordamente repetía.
Dímelo, ¡oh dulce fuente! Así tu curso
Siempre abundante y puro, coronado
Eternamente de verdor se vea,
Las veces di que el amador inquieto
Sus ansias vino a consultar contigo.
Aquí, en tus verdes márgenes sentado,
Tal vez se vio de la beldad que ansiaba

Gratamente acogido, y tal vez ella,

Tímida, tierna, de rubor teñida,

Le declaró su amor, y de sus ojos

Se escapó alguna lágrima que en vano

Luchó por contener; allá más lejos,

Dentro de aquella gruta solitaria

Que guarda el olmo en cavidad sombría,

¡Quién sabe si el placer!... ¡Oh ameno valle!

No tenías, no, que a revelar se atreva

Mi lengua tus misterios silenciosos;

Basta la envidia en que encender me siento,

Basta el encanto en que tu amor me inunda.

¿Y tú tardas, Nicasio? ¿Y con tan puros,

Tan mágicos placeres te convida

El campo, y tú le esquivas? Corre, vuela

Antes que el año en su incansable curso

Lleve al verano y al verdor consigo.

Cuidadoso el jardín te guarda flores;

Ven a gozarlas: si se agosta alguna,

Yo con los ojos del dolor la sigo,

Y pienso en ti, que su esperanza engañas

Huye con pie veloz esos lugares,

Digna morada de los tigres fieros

Que los habitan, do respiran sólo

El negro horror que en sus entrañas ceban

De donde huyó el sosiego, huyó por siempre

La dulce confianza; el pensamiento,

De la opresión sacrílega amagado,

No se atreve a romper el claustro oscuro

En que le hundi6 el temor; y las palabras,

Cuando son de virtud, sordas, temblando,

Do quier hallar con la maldad recelan.

¡Oh pechos sin virtud! Jamás precieron

Los campos y las selvas que enmudecen

Cuando sus plantas con desdén las huellan.

Sí, que el sublime y celestial lenguaje

De natura entender sólo fue dado

A la inocente sencillez, y en ellos

Los vicios viles y execrables moran

De esclavos a tiranos. Dulce amigo,

Húyelos, y rendido a mis plegarias

Ven a acogerte a mi apacible asilo:

Los árboles no venden, los arroyos

No aprenden a mentir; sereno el aire,

Sereno el cielo, a respirar te brindan

En grata libertad: aquí segura

Podrá tu mente en sus grandiosas alas

El vuelo descoger; ora en los valles

Perderáste embebido, ora sonando

Tu lira de oro, invocarás las musas,

Y las musas vendrán; ellas amigas

Del campo siempre y soledad han sido.

Y en tanto que suspensa, embelesada,

La esfera atiende a tu sublime canto,

Yo, templando la cítara a tu ejemplo,

Mi humilde acento ensayaré contigo.

(1797)

Para un convite de amigos.

CORO.

¡Compañeros, silencio! El aura inquieta

Agita ya las cuerdas de la lira

Que anhela por sonar: cante el poeta,

Y que obedezca al numen que le inspira.

POETA.

Cantar, yo cantaré; mas ¿por ventura

Queréis también que a interrumpir me atreva

Su curso hermoso a tan sereno día?

¿Queréis que la voz mía

En sus robustos tonos,

como ya lo acostumbra, airada y fiera,

Rayos despida a los soberbios tronos?

¡Vano tesón! Los hombres olvidados,

Como se llevan a la mar los ríos,

A la vil servidumbre así se llevan,

Y con sus hombros la injusticia elevan.

Allá se avengan; a los pies se humillen

De la siempre insolente tiranía,

En tanto que nosotros consagramos

Las horas al placer y a la alegría.

Bebamos pues; nuestro apacible acento,

Fuerzas cobrando en el licor divino,

Salga más grande a penetrar el viento,

Suba mas dulce a celebrar el vino.

CORO.

Bebamos pues; nuestro apacible acento,

Fuerzas cobrando en el licor divino,

Salga mas grande o penetrar el viento,

Suba mas dulce a celebrar el vino.

POETA.

Cuando inspirado el lírico latino,

Glorias de Baco en su laúd cantaba,

El oriente a su carro encadenaba,

Que de tigres fierísimos uncía.

¿Quién al dios de la risa y la alegría

En tan terrible pompa conociera?

¿Quién sin dolor contemplara a Lieo,

Ya llenando de horror los horizontes

Cuando apedaza bárbaro a Penteo,

Ya hinchendo en frenesí madres y esposas,

Y al grito de las Ménades furiosas

Las cavernas bramar, y arder los montes?

¡Triste alabanza! ¡Cántico inhumano!

Odiar, matar, despedazar furioso

Son dones propios de cualquier tirano.

Más le quiero yo ver la sien ceñida

De pámpanos pacíficos, riendo,

En brazos de su Ariadna reclinado,

Besando a veces su turgente seno,

y a su presencia amiga

Desterrando el mortífero veneno

Del esquivo cuidado y la fatiga.

¿Quién basta ¡Oh Baco! a celebrar tus dones?

Tú, cuando braman las pasiones ciegas

A modo de huracán dentro del pecho,

Eres iris de paz que las sosiegas.

Tu aliento al afligido

Las dolorosas lágrimas enjuga,

Y a la desconfianza sospechosa

La encapotada frente desarruga.

¿Qué más? Hasta el esclavo

Vilmente atado a la servil cadena,

Cuando el ardor de tu licor le llena,

Sacudiendo su pena, alegre canta,

Y a su señor insulta,

Y al Olimpo la frente audaz levanta.

¡Prodigio sin igual! ¡Digna victoria

Del rubio dios que del oriente vino!

Bebamos en su honor, suya es la gloria.

-¡Gloria sin fin al inventor del vino!

CORO.

¡Prodigio sin igual! ¡Digna victoria

Del rubio dios que del oriente vino!

Bebamos en su honor, suya es la gloria.

-¡Gloria sin fin al inventor del vino!

POETA.

Mas ya no basta a contener mi acento

Este breve horizonte, ya ambicioso

Otros más anchos ámbitos desea.

¡Oh, si el eco de paz yo dar al viento

Pudiese, y que a mi voz quedase ocioso

El hierro que aterrando centellea!

Dame tu aliento, ¡oh Baco! dame el vuelo

De los bóreas alígeros, y al punto

Arrebátame allá donde irritado,

Con sangre hinchado y la corriente aun roja,

Al mar helado el Vístula se arroja.

Tres déspotas allí mandan la muerte

¡Sacrílegos! Al tiempo

Que hace el genio del mal paz con el mundo,

Que todo vive y por vivir anhela,

Ellos matan: ¡qué horror! -Ved al oriente

La primavera hermosa

Mostrar festiva su purpúrea frente.

La copa de los árboles pomposa

Grata sombra nos da, nido a las aves,

Y dulce juego al céfiro lascivo.

Brillante el sol, desde su excelsa cumbre

Inunda al universo

En torrentes de lumbre;

Mientras la flor brotando el prado esmalta,

Y en la torcida madre que le encierra

Por guijas de oro el arroyuelo salta.

¿Dónde el Vístula fue? ¿Dónde la guerra?

Cual cometa a mi vista aparecieron,

Como prestos relámpagos huyeron.

¡Oh! no vuelvan jamás: perdí el camino;

Le cobraré bebiendo; y que mi canto,

En vez de daros belicoso espanto,

Os dé el encanto que respira el vino.

CORO.

¡Oh! no vuelvan jamás: perdió el camino,

Que le cobre bebiendo; y que su canto,

En vez de darnos belicoso espanto,

Nos dé el encanto que respira el vino.

POETA.

Brindemos; ¿y por quién? Por la hermosura.

¿No veis al rebullir del fresco viento

Y a la vivaz fragancia de las flores

Despertar en enjambres los amores?

Que cada cual al punto por su amiga

Beba, que cada cual la encuentre siempre

Más fresca y más hermosa

Que por abril la rosa;

Siempre brillante y pura

Como es brillante el sol, puros los cielos.

Nunca sospecha o ponzoñosos celos

Osen romper tan amorosos lazos;

Que a sus abrazos cedan los abrazos

Del álamo y la vid, y que a sus besos

Cedan también en fuego y en dulzura

Las deliciosas chispas centellantes

Que ora en este licor mi labio apura.

Bebamos: acordémonos que un día

Dijo riendo Venus a Lileo:

«Tu ardor va a par con la belleza mía;

Tú igualas el poder con el deseo.»

CORO.

Bebamos: acordémonos que un día

Dijo riendo Venus a Lico:

«Tu ardor va a par con la belleza mía;

Tú igualas el poder con el deseo.»

POETA.

Mas dejemos a amor: amor se agrada

En el silencio, y delicado y niño,

Hasta el aire le ofende, y goza solo.

La amistad es social: pródigo el cielo,

Dio a la dulce amistad ser el consuelo,

Ser el encanto de la humana vida...

¡Ay! ¿por qué, amigos míos,

Por qué esta amarga lágrima vertida

Mi inflamada mejilla baña ahora?

¿En dónde están los pérfidos que un día

Con horrenda traición mi amor pagaron,

Y a modo de asesinos?... ¡Ah infelices!

Jamás su alma alevosa

Tendrá ya este placer, esta alegría

Que ora tan pura en mi interior rebosa.

Volvedme el vaso a henchir, brindad conmigo

Y otra vez le apurad. Por este cielo,

Por este sol que nos alumbra y mira,

Por este puro céfiro que espira

Y en mi frente el sudor volando orea,

Por el vivo placer que nos recrea,

Tocad las copas, y juremos todos

Que tan dulce amistad eterna sea.

No importa al juramento estar beodos;

No importa, no; jurad, bebed sin tino;

Vuelva el aplauso, la algarazara vuelva,

Hierva en los vasos rebosando el vino,

Y a voces torne a retumbar la selva.

CORO.

Vuelva el aplauso, la algazara vuelva,

Hierva en los vasos rebosando el vino,

a voces torne a retumbar la selva.

(Abril de 1807.)

A la invención de la imprenta.

¿Será que siempre la ambición sangrienta

O del solio el poder pronuncie solo,

Cuando la trompa de la fama alienta

Vuestro divino labio, hijos de Apolo?

¿No os da rubor? El don de la alabanza,

La hermosa luz de la brillante gloria,

¿Serán tal vez del nombre a quien daría

Eterno oprobio o maldición la historia?

¡Oh! despertad: el humillado acento

Con majestad no usada

Suba a las nubes penetrando el viento

Y si queréis que el universo os crea

Dignos del lauro en que ceñís la frente,

Que vuestro canto enérgico y valiente

Digno también del universo sea.

No los aromas del loor se vieron

Vilmente degradados

Así en la antigüedad; siempre las aras

De la invención sublime.

Del genio bienhechor los recibieron.

Nace Saturno, y de la madre tierra

El seno abriendo con el fuerte arado,

El precioso tesoro

De vivífica mies descubre al suelo,

Y grato el canto le remonta al cielo,

Y Dios le nombra de los siglos de oro.

¿Dios no fuiste también tú, que allá un día

Cuerpo a la voz y al pensamiento diste,

Y trazándola en letras, detuviste

La palabra veloz que antes huía?

Sin ti se devoraban

Los siglos a los siglos, y a la tumba

De un olvido eternal yertos bajaban.

Tú fuiste: el pensamiento

Miró ensanchar la limitada esfera

Que en su infancia fatal le contenía.

Tendió las alas, y arribó a la altura

De do escuchar la edad que antes viviera,

Y hablar ya pudo con la edad futura.

¡Oh gloriosa ventura!

Goza, genio inmortal, goza tú solo

Del himno de alabanza y los honores

Que a tu invención magnífica se deben:

Contéplala brillar; y cual si sola

A ostentar su poder ella bastara,

Por tanto tiempo reposar natura

De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba

La plugo, hacer de sí, y el Rin helado

Nacer vio a Guttemberg. «¿Con que es en vano

Que el hombre al pensamiento

Alcanzase escribiéndole a dar vida,

Si desnudo de curso y movimiento,

En letargosa oscuridad se olvida?

No basta un vaso a contener las olas

Del férvido Océano,

Ni en sólo un libro dilatarse pueden

Los grandes dones del ingenio humano:

¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si a natura

Un tipo basta a producir sin cuento

Seres iguales, mi invención la siga:

Que en ecos mil y mil sienta doblarse

Una misma verdad, y que consiga

Las alas de la luz al desplegarse.»

Dijo, y la imprenta fue; y en un momento

Vieras la Europa atónita, agitada

Con el estruendo sordo y formidable

Que hace sañudo el viento

Soplando el fuego asolador que encierra

En sus cavernas lóbregas la tierra.

¡Ay del alcázar que al error fundaron

La estúpida ignorancia y tiranía!

El volcán reventó, y a su porfía

Los soberbios cimientos vacilaron.

¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo

Que abortó el dios del mal, y que insolente

Sobre el despedazado Capitolio

A devorar el mundo impunemente

Osó fundar su abominable solio?

Dura, sí; más su inmenso poderío

Desplomándose va; pero su ruina

Mostrará largamente sus estragos.

Así torre fortísima domina

La altiva cima de fragosa sierra

Su albergue en ella y su defensa hicieron

Los hijos de la guerra,

Y en ella su pujanza arrebatada

Rugiendo los ejércitos rompieron.

Después abandonada,

Y del silencio y soledad sitiada,

Conserva, aunque ruínosa, todavía

La aterradora faz que antes tenía.

Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;

Cae, los campos gimen

Con los rotos escombros, y entre tanto

Es escarnio y baldón de la comarca

La que antes fue su escándalo y espanto.

Tal fue el lauro primero que las sienas

Ornó de la razón, mientras osada,

Sedienta de saber la inteligencia,

Abarca el universo en su gran vuelo.

Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable antes cubría,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da a torrentes su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar, la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuoso,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; más lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,

Y a regular se atreve

El grande impulso que sus orbes mueve.

«¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,

Hallar la ley en que sin fin se agitan

La atmósfera y el mar, partir los rayos

De la impalpable luz, y hasta en la tierra

Cavar y hundirte, y sorprender la cuna

Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,

Vuélvete al hombre.» Ella volvió, y furiosa

Lanzó su indignación en sus clamores.

«¡Con que el mundo moral todo es horrores!

¡Con que la atroz cadena

Que forjó en su furor la tiranía,

De polo a polo inexorable suena,

Y los hombres condena

De la vil servidumbre a la agonía!

¡Oh! no sea tal. «Los déspotas lo oyeron,

Y el cuchillo y el fuego a la defensa

En su diestra nefaria apercibieron.

¡Oh insensatos! ¿qué hacéis? Esas hogueras,

Que a devorarme horribles se presentan

Y en arrancarme a la verdad porfían,

Fanales son que a su esplendor me guían

Antorchas son que su victoria ostentan.

En su amor anhelante

Mi corazón extático la adora,

Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.

No: ni el hierro ni el fuego amenazante

Posible es ya que a vacilar me obliguen.

¿Soy dueño por ventura

De volver el pie atrás? Nunca las ondas

Tornan del Tajo a su primera fuente

Si una vez hacia el mar se arrebataron

Las sierras, los peñascos su camino

Se cruzan a atajar; pero es en vano;

Que el vencedor destino

Las impele bramando al Océano.

Llegó pues el gran día

En que un mortal divino, sacudiendo

De entre la mengua universal la frente,

Con voz omnipotente

Dijo a la faz del mundo: «El hombre es libre.»

Y esta sagrada aclamación saliendo,

No en los estrechos límites hundida

Se vio de una región; el eco grande

Que inventó Guttemberg la alza en sus alas;

Y en ellas conducida,

Se mira en un momento

Salvar los montes, recorrer los mares,

Ocupar la extensión del vago viento,

Y sin que el trono o su furor la asombre,

Por todas partes el valiente grito

Sonar de la razón. « Libre es el hombre.»

Libre, sí, libre: ¡oh dulce voz! Mi pecho

Se dilata escuchándote, y palpita,

Y el numen que me agita,

De tu sagrada inspiración henchido,

A la región olímpica se eleva,

Y en sus alas flamíferas me lleva.

¿Dónde quedáis, mortales

Que mi canto escucháis? Desde esta cima

Miro al destino las ferradas puertas

De su alcázar abrir, el denso velo

De los siglos romperse, y descubrirse

Cuanto será. ¡Oh placer! No es ya la tierra

Ese planeta mísero en que ardieron

La implacable ambición, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron

Como la peste y las borrascas huyen

De la afligida zona, que destruyen,

Si los vientos del polo aparecieron.

Los hombres todos su igualdad sintieron,

Y a recobrarla las valientes manos

Al fin con fuerza indómita movieron.

No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos;

Que amor y paz el universo llenan,

Amor y paz por donde quier respiran,

Amor y paz sus ámbitos resuenan.

Y el Dios del bien sobre su trono de oro

El cetro eterno por los aires tiende;

Y la serenidad y la alegría

Al orbe que defiende

En raudales benéficos envía.

¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran columna

El magnífico y bello monumento

Que a mi atónita vista centellea?

No son, no, las pirámides que al viento

Levanta la miseria en la fortuna

Del que renombre entre opresión granjea.

Ante él por siempre humea

El perdurable incienso

Que grato el orbe a Guttemberg tributa:

Breve homenaje a su favor inmenso.

¡Gloria a aquel que la estúpida violencia

De la fuerza aterró, sobre ella alzando

A la alma inteligencia!

Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,

Su influjo eternizó libre y fecundo:

¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

(Julio de 1800)

A la duquesa de Alba.

Presentándole una obra de escultura consagrada a su beneficencia.

Fiel la amistad, a tu presencia ofrece

Este precioso monumento, en donde

La reverente gratitud te adora;

Él tu dulce atención humilde implora,

Y una mirada de favor merece,

Pues llega a ti como al Olimpo sube,

Por manos inocentes enviada,

De grato incienso vagarosa nube.

Pudo el cincel representar la gloria

De tu belleza, el poderoso halago

De tus ojos por siempre abrasadores,

Y tu triunfo ostentar y tus victorias

De las gracias en medio y los amores;

Mas era la amistad quien le guiaba:

Ella dijo al artista: « De tu mano

Un monumento singular espero,

Donde el genio del bien sólo respire;

Que de Alba la deidad en él se mire,

Y que por él eternizada sea

La bondad celestial, inagotable,

Que su apacible corazón recrea.

Y agradóse el cincel en su tarea

Que al fin en ella a consagrar no aspira

Aquellos hijos del poder que triste

La tierra siempre y con terror admira.

Ellos del arte a profanar se atreven

El genio creador cuando en su gloria

Mandan tallar los mármoles y bronces

Para eterno blasón de su memoria.

Óyelo el arte esclavizado, y gime,

Y obedece. ¿Qué importa? El humo negro,

Que sus atroces crímenes exhalan,

Allí fétido vaga; allí se escuchan

Los ayes tristes que lanzar hicieron

Aquel honor que sin pudor violaron,

Aquella fe que sin cesar mintieron;

La maldición del mundo, que oprimía

Su insolente ambición... ¡Ah! vanamente

Los esconde la tumba: ellos quisieron

Su fama eternizar; su fama vive,

Mas es de eterna execración cargada

Y si la tierra a su pesar los nombra,

O bien de oprobio y de baldón los cubre,

O bien gimiendo y con dolor se asombra.

¡Oh, cuán diversa suerte, amable amiga,

El cielo a ti te preparó! Tu cuna

La humanidad y la amistad mecieron,

Y en ti encontraron sempiterno abrigo.

Creciste: tu poder y alta fortuna,

Cual raudales de bien, siempre se vieron

Llevar el gozo y la piedad consigo.

¿Cómo o de dónde tan sublimes dones

De tu nombre a la pompa se hermanaron?

La pompa, siempre de soberbia henchida,

Sólo a temor y humillación convida;

Tú a agradecer y a amar. Dígalo el eco

De ansiedad y dolor con que tu nombre

De labio en labio sin cesar volaba

En estos tristes dolorosos días

Que la dolencia por tu ser vagaba,

Cuando, como serpiente ponzoñosa

Por tus entrañas débiles corriendo,

El mal las devoraba, y tú gemías.

Las noches sucedían a los días,

Los días a las noches; y el esquivo

Dolor triunfaba de tu endeble vida,

En su violencia atroz siempre más vivo.

Huye ¡oh muerte cruel! De aquí destierra

Tu faz odiosa y tu inclemente saña;

Hiera al perverso la fatal guadaña,

Vengando de él a la ultraja tierra,

Y perdona a su encanto... Oyólo el cielo.

Y el arte, que solícito empleaba

A par de ti su infatigable anhelo,

Calmar pudo al dolor; la parca airada,

Que feroz amagándote ya estuvo,

Cedió, y la mano en tu exterminio alzada

A su voz imperiosa se detuvo.

Vives en fin, y conservada fuiste

Al amoroso llanto y los suspiros

De la amistad, a los fervientes votos

Del agradecimiento. ¡Ah! si a la suerte

Plugo en tal riesgo separar la hora

Que a tu hermoso vivir última sea.

Arrójela bien lejos; y que entonces,

Sereno, sin dolor, sin agonía.

Se parezca el momento de tu sueño

Al dulce oscurecer de un bello día.

Morir es ley universal; no hay nadie

Que su sentencia redimir consiga;

Pero ¿morimos, adorable amiga?

No; nuestro cuerpo, que la tierra esconde,

Vive y da vida; nuestra mente vive,

La del sabio en sus libros, la del bueno

De sus acciones en el grande ejemplo;

La virtud recordándolas se eleva;

Gloria es su nombre, su memoria un templo.

Así vivirás tú; cuando trocada

La suerte de los pueblos, que ahora deben

A tu amoroso esmero su ventura,

Sientan soberbia a la opresión su azote

Sobre ellos extender, ¡oh cuántas veces

De ti se acordarán! ¡Cuántas, postrados

Ante este grupo, adorarán tu imagen,

Y dirán: «¿Dónde estás? ¿Cuál fue la mano

Que de tu amparo nos privó?» Y gimiendo,

Y en llanto triste el pedestal regando,

Exclamarán: «¡Oh Dios! si ella viviera,

Cesara nuestra mísera amargura;

Lloráramos tal vez, y el llanto fuera

De dulce gratitud y de ternura.»

El panteón del Escorial.

En los amargos días

Que serán luto eterno en la memoria,

Y a los siglos remotos indignada

Con hiel y llanto pintará la historia;

Cuando después de reluchar en vano

Con la dura opresión en que gemía

La tierra, sin aliento al yugo indigno

El cuello pusilánime tendía;

Al tiempo que el destino,

Las espantosas puertas desquiciando

Del imperio del mal, sus plagas todas

Sobre España lanzaba,

Y ella míseramente agonizaba:

Yo entonces afligido,

«Pide, dije a mi espíritu, sus alas

A la paloma tímida, inocente;

Tómalas, vuela, y huye a los desiertos,

Y vive allí de la injusticia ausente.»

Al punto presurosas

Mis plantas se alejaron

A las sierras nevadas y fragosas,

Lindes eternos de las dos Castillas.

Ya sus cimas hermosas

Mi pensamiento alzaban

Del fango en que tú ¡oh corte! nos humillas

Cuando mis ojos la mansión descubren

Que en destinos contrarios

Es palacio magnífico a los reyes

Y albergue penitente a solitarios.

En vano el genio imitador su gloria

Quiso allí desplegar, negando el pecho

A la orgullosa admiración que inspira;

«¡Artes brillantes, exclamé con ira,

Será que siempre esclavas

Os vendáis al poder y a la mentira!

¿Qué vale ¡oh Escorial! que al mundo asombres

Con la pompa y beldad que en ti se encierra,

Si al fin eres padrón sobre la tierra

De la infamia del arte y de los hombres?

¡Mas no es tumba también!...» Y en esta idea

Embebecido el pensamiento mío,

Quise al recinto penetrar, en donde

Bajo eterno silencio y mármol frío

La muerte a nuestros príncipes esconde.

¡Salud, célebres urnas! En el oro,

En las pomposas letras que os coronan,

Decidme, ¿qué anunciáis? ¿Tal vez memorias,

Memorias, ¡ay! en que la mente opresa

Con el dolor presente

Pueda aliviarse al contemplar las glorias

Que un tiempo ornaban la española gente?

¡Sepulcros, responded!... Y de repente

Vuélvense de la bóveda las puertas

Sobre el sonante quicio estremecido,

La antorcha muere que mis plantas guía,

Y embargado el sentido,

Mil terribles imágenes se ofrecen

A mi atemorizada fantasía.

Tú que ciñendo de laurel la frente,

Con austero semblante

Y en perdurable verso

Presentas la verdad al universo,

Sin que el halago pérfido te vicie

Ni el ceño de los déspotas te espante:

¡Oh Musa del saber! mi voz te implora;

Ven, desata mi labio, en digno acento

Dame que pueda revelar ahora

Lo que vi, lo que oí, cuánto escondido,

Sin que los hombres a entenderlo aspiren,

Yace allí entre las sombras y el olvido.

Un alarido agudo, lastimero,

El silencio rompió que hondo reinaba,

Mientras las urnas lánguidas alumbraban

Pálida luz de fósforo ligero.

Levanto al grito la aterrada frente,

Y en medio de la estancia pavorosa

Un joven se presenta augusto y bello.

En su lívido cuello

Del nudo atroz que le arrancó la vida

Aún mostraba la huella sanguinosa;

Y una dama a par de él también se vía,

Que, a fuer de astro benigno, entre esplendores

Con su hermosura celestial sería

Del mundo todo adoración y amores.

¿Quién sois? iba a decir, cuando a otra parte

Alzarse vi una sombra, cuyo aspecto

De odio a un tiempo y horror me estremecía.

El insaciable y velador cuidado,

La sospecha alevosa, el negro encono,

De aquella frente pálida y odiosa

Hicieron siempre abominable trono.

La aleve hipocresía,

En sed de sangre y de dominio ardiendo,

En sus ojos de víbora lucía;

El rostro enjuto y míseras facciones

De su carácter vil eran señales,

Y blanca y pobre barba las cubría

Cual yerba ponzoñosa entre arenales.

Los dos al verle con dolor gimieron:

Paráronse, y el joven indignado,

«¿Qué te hicimos? ¡oh bárbaro! exclamaba;

¿Conoces a tus víctimas?» «Respeto,

Dijo el espectro, a quien el ser debiste

por el bien del Estado al fin moriste.

Resígnate.»

EL PRÍNCIPE CARLOS.

¡Oh hipócrita! La sombra

De la muerte te oculta, ¿y aún pretendes

Fascinar, engañar? Cuando asolados

Por tu superstición reinos enteros,

Yo los osé compadecer, tú entonces

Criminal me juzgaste, y al sepulcro

Me hiciste descender. Mas si en el pecho

De un hijo del fanático Felipe

No pudo sin delito haber clemencia,

¿Cuál fue, responde, la secreta culpa

De esta infeliz para morir conmigo?

Ni su sangre real, ni el ser tu esposa,

Ni su noble candor, ni su hermosura,

De ti pudieron guarecerla.»-

Un hondo

Gemido entonces penetró los aires,

Que al desplegar sus labios dio la triste.

ISABEL DE VALOIS O DE LA PAZ.

«¡Ay, prorumpió, de la que nace hermosa!

¿Qué la valdrá que en su virtud confíe

Si la envidia en su daño no reposa,

Y la calumnia hiriéndola se ríe?

Yo di al mundo la paz, Paz me nombraron.

Quise al cruel que se llamó mi esposo

Un horror impedir, y éste es mi crimen.

Pedí por ti con lágrimas; mis ruegos,

Cual si de un torpe amor fuesen nacidos

Irritaron su mente ponzoñosa.

La vil sospecha aceleró el castigo,

Y sin salvarte, perecí contigo:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»

Dijo; y vertiendo lastimoso llanto,

En los hombros del joven reclinada,

Sus ojos melancólicos y bellos

Fijaba en él, y la amistad más viva,

La más noble piedad reinaba en ellos.

Entre sus manos frías

Se miraba la copa envenenada

Que terminó sus días,

Y el Príncipe en las suyas agitando

Un sangriento dogal, con faz terrible

A su bárbaro padre atormentaba.

El tirano temblaba; en sordos ecos

Desesperados ayes

Su boca despedía,

Y de sus miembros trémulos

En convulsiones hórridas

Brotaba a su despecho la agonía.

Sí, nacer para el mal, romperse el velo

De la ilusión que arrebató hacia el crimen,

Presentes ver las víctimas que gimen,

Ser odio, execración del universo,

Mirar que niega la implacable suerte

Todo retorno al bien; ¡ay! al perverso

Este infierno tal vez en vida alcanza,

Si aún le sigue a los reinos de la muerte,

¡Qué terrible, oh virtud, es tu venganza!

Sobrepujando en fin por un momento

La agitación, y vuelto hacia su hijo:

FELIPE II.

«Cesa, cruel, de atormentarme, dijo:

Tu muerte injusta fue; pero el Estado

Con ella respiró. Si tú vivieras,

Rota la paz, turbada la armonía

De un imperio hasta allí quieto y sereno,

Tú profanarás su inocente seno

Con la atroz sedición, con la herejía.»

EL PRÍNCIPE CARLOS.

«Mandar, sólo mandar, que se estremezca

La tierra a vuestro arbitrio, éste es el orden,

Ésta la ley con que regís al mundo

Tú y tus iguales, y al ahogar la vida

De las naciones míseras que os sirven

Dais el nombre de paz al desaliento

De la devastación. ¡Oh de Felipe

Hijos, nietos imbéciles, decidle

Qué resta ya de la nación que un tiempo

Al mundo dominó como señora.

Alzaos del polvo, y respondedle ahora.»

A los tremendos ecos

De la imperiosa voz, que resonando

Fue como trueno bronco por los huecos

De aquellas tumbas, de repente abiertos

Sus mármoles, tres sombras abortaron,

Que en vez de amor u horror, desprecio sólo

Y piedad injuriosa me inspiraron.

Alzaba al cielo sin cesar los ojos

Con apariencia mística el primero,

Dejando el cetro en tanto por despojos

A un mercenario vil, cuya avaricia,

Mientras más atesora, más codicia.

En juegos, danzas, farsas distraído,

Y al crótalo procaz dando el oído,

El segundo se entrega a los placeres,

Y el reino y el deber pone en olvido.

Trémulo el otro respiraba apenas.

¡Oh Dios! ¿Y esto era rey a tanto imperio?

Nulo igualmente a la virtud que al vicio,

indigno de alabanza o vituperio,

La estrella ingrata que su ser gobierna

Le destinó en el mundo

A impotencia oprobiosa, a infancia eterna.

Violos Felipe, y en aquel momento

Lució en su faz la majestad pasada

Violos, y dijo:

FELIPE II.

«¿Quiénes sois? ¿Qué hicisteis

Del inmenso poder que se extendía

Con pasmo universal de polo a polo?

Tal os le di muriendo. Al nombre hispano,

A su esplendor y bélica fortuna

Tembló el francés, se estremeció el britano,

Y te oyó con terror la media luna.»

FELIPE III.

«Yo nací para orar: un solo día

Quise mostrarme rey, y de sus lares

A las arenas líbicas lanzados

Un millón de mis súbditos se vieron.

Los campos todos huérfanos gimieron,

Llora la industria su viudez; ¿qué importa?

Su voz no llegó a mí.»

FELIPE IV.

«Ya el trono de oro,

Que a tanto afán alzaron mis abuelos,

Debajo de mis pies se derrocaba;

Mientras que, embebecido entre festines

Yo, olvidando mi oprobio, respiraba

El aura del deleite en los jardines.»

CARLOS II.

«Yo inútil...»

FELIPE II.

«Basta ya; ¿quién hay que al verte

Pueda ignorar la deplorable suerte

De este imperio, en tus manos moribundo?»

EL PRÍNCIPE CARLOS.

«Aún no basta; responde: ¿a quién el mundo

Te vio dejar el vacilante trono?

A quién diste el poder de Austria?»

CARLOS II.

«A la Francia.»

FELIPE II.

«¡A la Francia! A esa gente abominable,

Eterno horror de la familia mía!

¿Lo oyes, oh padre? Las legiones fieras,

Que en San Quintín triunfaron y en Pavía,

Bajo el yugo se ven de los vencidos.

¿Cómo España es tan vil, que lo consienta?

No hay duda, un astro pérfido, inclemente,

Se ha complacido en eclipsar mi nombre,

Y el mundo en vano me llamó el Prudente.»

Así en estos inútiles clamores

Su confusión frenético exhalaba,

Cuando las losas del sepulcro bendiendo

Se vio un espectro augusto y venerable,

Que a los demás en majestad vencía.

El águila imperial sobre él tendía

Para dosel sus alas esplendentes,

Y en arrogante ostentación de gloria

Entre sus garras fieras y valientes

El rayo de la guerra arder se vía,

Y el lauro tremolar de la victoria.

Un monte de armas rotas y banderas

De bélicos blasones

Ante sus pies indómitos yacía

Despojo que a su esfuerzo las naciones

Vencidas, derrotadas, le rindieron.

Las sombras a su aspecto enmudecieron,

Y él, con fiero ademán vuelto al tirano,

Dijo:

CARLOS V.

¿Por qué culpar a las estrellas

De esa mengua cruel? Por qué te olvidas

De tu ambición fanática y sedienta,

Que de prudencia el nombre sacrosanto

A usurpar se atrevió? Yo los desastres

De España comencé y el triste llanto

Cuando, espirando en Villalar Padilla,

Morir vio en él su libertad Castilla.

Tú los seguiste, y con su fiel Lanuza

Calló Aragón gimiendo. Así arrollados

Los Dobles fueros, las sagradas leyes

Que eran del pueblo fuerza y energía,

¿Quién, insensato, imaginar podría

Que, en si abrigando corazón de esclavo,

Señor gran tiempo el español sería?

¿Qué importaba después con la victoria

Dorar la esclavitud? Esos trofeos

Comprados fueron ya con sangre y luto

De la despedazada monarquía.

Mírala entre ellos maldecirme a gritos.»

Y era así; que agoviada con el peso

De tanto triunfo allí se querellaba

Doliente y bella una mujer, y en sangre

Toda la pompa militar manchaba.

El prosiguió:

CARLOS V.

«¿Las oyes? Esas voces

De maldición y escándalo sonando

De siglo en siglo irán, de gente en gente.

Yo el trono abandoné, te cedí el mando,

Te vi reinar... ¡Oh errores! ¡Oh imprudente

Temeridad! ¡Oh míseros humanos!

Si vosotros no hacéis vuestra ventura,

¿La lograréis jamás de los tiranos?»

Llegaba aquí, cuando de la alta sierra

Bramador huracán fue sacudido,

De tempestad horrísona asistido,

Para espantar y combatir la tierra.

Derramóse furioso por los senos

Del edificio; el panteón temblaba;

La esfera toda se asordaba a truenos;

A su atroz estampido

De liar en par abiertas

Fueron de la honda bóveda las puertas:

Entraron los relámpagos, su lumbre

Las sombras disipó, y enmudecido,

Y envuelto yo en pavor, cobró el sentido,

Cual si con tanta majestad quisiera

Solemnizar el cielo

La terrible lección que antes me diera.

(Abril de 1805.)

A España, después de la Revolución de marzo.

¿Qué era, decidme, la nación que un día

Reina del mundo proclamó el destino,

La que a todas las zonas extendía

Su cetro de oro y su blasón divino?

Volábase a occidente,

y el vasto mar Atlántico sembrado

Se hallaba de su gloria y su fortuna.

Do quiera España: en el preciado seno

De América, en el Asia, en los confines

Del África, allí España. El soberano

Vuelo de la atrevida fantasía

Para abarcarla se cansaba en vano

La tierra sus mineros le rendía,

Sus perlas y coral el Océano,

Y donde quier que revolver sus olas

El intentase, a quebrantar su furia

Siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,

Abandonada a la insolencia ajena,

Como esclava en mercado, ya aguardaba

La ruda argolla y la servil cadena.

¡Qué de plagas, ¡oh Dios! Su aliento impuro,

La pestilente fiebre respirando,

Infestó el aire, emponzoñó la vida;

La hambre enflaquecida

Tendió sus brazos lívidos, ahogando

Cuanto el contagio perdonó; tres veces

De Jano el templo abrimos,

Y a la trompa de Marte aliento dimos

Tres veces ¡ay! Los dioses tutelares

Su escudo nos negaron, y nos vimos

Rotos en tierra y rotos en los mares.

¿Qué en tanto tiempo viste

Por tus inmensos términos, oh Iberia?

¿Qué viste ya sino funesto luto,

Honda tristeza, sin igual miseria,

De tu vil servidumbre acerbo fruto?

Así, rota la vela, abierto el lado,

Pobre bajel a naufragar camina,

De tormenta en tormenta despeñado,

Por los yermos del mar ya ni en su popa

Las guirnaldas se ven que antes le ornaban,

Ni en señal de esperanza y de contento

La flámula riendo al aire ondea.

Cesó en su dulce canto el pasajero,

Ahogó su vocería

El ronco marinero,

Terror de muerte en torno le rodea,

Terror de muerte silencioso y frío;

Y él va a estrellarse al áspero bajío.

Llega el momento, en fin; tiende su mano

El tirano del mundo al occidente,

Y fiero exclama: «El occidente es mío.»

Bárbaro gozo en su ceñuda frente

Resplandeció, como en el seno oscuro

De nube tormentosa en el estío

Relámpago fugaz brilla un momento

Que añade horror con su fulgor sombrío.

Sus guerreros feroces

Con gritos de soberbia el viento llenan

Gimen los yunques, los martillos suenan,

Arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¿Acaso

Pensáis que espadas son para el combate

Las que mueven sus manos codiciosas?

No en tanto os estiméis: grillos, esposas,

Cadenas son que en vergonzosos lazos

Por siempre amarren tan inertes brazos.

Estremecióse España

Del indigno rumor que cerca ola,

Y al grande impulso de su justa sana

Rompió el volcán que en su interior hervía.

Sus déspotas antiguos

Consternados y pálidos se esconden

Resuena el eco de venganza en torno,

Y del Tajo las márgenes responden:

«¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río,

Los colosos de oprobio y de vergüenza

Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?

Su gloria fue, nuestro esplendor comienza;

Y tú, orgulloso y fiero,

Viendo que aún hay Castilla y castellanos,

Precipitas al mar tus rubias ondas,

Diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»

¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento!

¿Con que puede ya dar el labio mío

El nombre augusto de la patria al viento?

Yo le daré; mas no en el arpa de oro

Que mi cantar sonoro

Acompañó hasta aquí; no aprisionado

En estrecho recinto, en que se apoca

El numen en el pecho

Y el aliento fatídico en la boca.

Desenterrad la lira de Tirteo,

Y el aire abierto a la radiante lumbre

Del sol, en la alta cumbre

Del ríscoso y pinífero Fuenfría,

Allí volaré yo, y allí cantando

Con voz que atruene en rededor la sierra

Lanzaré por los campos castellanos

Los ecos de la gloria y de la guerra.

¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,

Único asilo y sacrosanto escudo

Al ímpetu sañudo

Del fiero Atila que a occidente oprime!

¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis

Ved del Tercer Fernando alzarse airada

La augusta sombra; su divina frente

Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;

Blandir el Cid su centellante espada,

Y allá sobre los altos Pirineos,

Del hijo de Jimena

Animarse los miembros gigantes.

En torbo ceño y desdeñosa pena

Ved cómo cruzan por los aires vanos;

Y el valor exhalando que se encierra

Dentro del hueco de sus tumbas frías,

En fiera y ronca voz pronuncian «¡Guerra!

¡Pues qué! ¿Con faz serena

Vierais los campos devastar opimos,

Eterno objeto de ambición ajena,

Herencia inmensa que afanando os dimos?

Despertad, raza de héroes: el momento

Llegó ya de arrojarse a la victoria;

Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,

Que vuestra gloria humille nuestra gloria.

No ha sido en el gran día

El altar de la patria alzado en vano

Por vuestra mano fuerte.

Juradlo, ella os lo manda: ¡Antes la muerte

Que consentir jamás ningún tirano!»

Sí, yo lo juro, venerables sombras;

Yo lo juro también, y en este instante

Ya me siento mayor. Dadme una lanza,

Ceñidme el casco fiero y refulgente;

Volemos al combate, a la venganza;

Y el que niegue su pecho a la esperanza,

Hunda en el polvo la cobarde frente.

Tal vez el gran torrente

De la devastación en su carrera

Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura

No se muere una vez? ¿No iré, espirando,

A encontrar nuestros ínclitos mayores?

«¡Salud, oh padres de la patria mía,

Yo les diré, salud! La heroica España
De entre el estrago universal y horrores
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve a dar a la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blasón divino.»

(Abril de 1808)

Poesías
Manuel José Quintana

A Cienfuegos.

Ven dulce amigo mío, a honrar con tu respetable nombre la edición de unos versos que si algún precio tienen, es debido en gran parte a tu inspiración y a tu ejemplo. Nada importa que el mármol del sepulcro te tenga separado de la región de los vivientes. ¿Desata acaso la muerte los lazos de amor y de estimación que unen entre sí a los hombres? No, caro Cienfuegos: la muerte los estrecha de un modo indisoluble; ella los defiende de la inconstancia y de la inconsecuencia; ella los asegura contra los vaivenes de la fortuna; ella, en fin, los pone a cubierto del frenesí de las pasiones. A lo menos de los muertos no hay que temer, Nicasio, esta ingratitud escandalosa, esta alevosía cruel que tan amarga y frecuentemente experimentamos de los vivos.

El dedo de Madrid me señalaba en otro tiempo como amigo, como discípulo, como compañero tuyo. La afición a unos mismos estudios y la profesión de unos mismos principios hacían este honor a mi nombre, bien que ni por la variedad y excelencia de mis talentos, ni por la belleza y perfección de mis escritos deba jamás ir, a la par con el tuyo. De

ti aprendí a no hacer de la literatura un instrumento de opresión y de servidumbre, a no envilecer jamás ni con la adulación ni con la sátira la noble profesión de escribir, a manejar y respetar la poesía como un don que el cielo dispensa a los hombres para que se perfeccionen y se amen, y no para que se destrocen y corrompan.

¿Y quién en la miserable época que acaba de pasar ha observado mejor que tú estas máximas sagradas? A la vista y casi en las garras del despotismo insolente y bárbaro que nos oprimía, cantabas tú las alabanzas de la libertad; y en medio de la corrupción más estragada y del desaliento más pusilánime que hubo nunca, tu voz vehemente y severa nos llamaba poderosamente a la energía de los sentimientos patrióticos y a la sencillez y dulzura de las costumbres inocentes. Tengan en buen hora otros escritores la gloria de pintar con más halago las gratas ilusiones de la edad primera; haga en buen hora su mano resonar con más gracia el laúd de Tibulo o la lira de Anacreonte; pero aquellos que sientan en su corazón el santo amor de la virtud y la inflexible aversión a la injusticia; los que se hallen inflamados del entusiasmo puro y sublime hacia el bien y dignidad de la especie humana, esos todos harán continuamente sus delicias de tus odas, de tus epístolas y de tus tragedias, y en ellas hallarán un alimento propio de sus almas sensibles y virtuosas.

Nuestra revolución se anuncia en el Escorial, y la agresión escandalosa de los franceses la precipita en Aranjuez. ¿Qué hará Cienfuegos? ¿Doblará la rodilla al azote del país? Y sacerdote de las musas ¿profanará su ministerio dorando con el brillo de la armonía y de la elocuencia el acto de iniquidad más execrable que han presenciado los siglos? El atleta robusto de la libertad ¿dejará pasar esta ocasión de hacer frente a la tiranía y de luchar cuerpo a cuerpo con la injusticia? ¡Ah! No. Si al llegar esta crisis espantosa, tus fuerzas, acabadas con la mortal dolencia que te consumía, no te dejaron escribir; si tu voz, ya casi moribunda, no era bastante a entonar aquellos cantos de fuego que hubieran excitado tan noblemente el ardor de los españoles; si no pudiste, en fin, servir a esta causa santísima con aquel carácter irresistible que imprimía tu pluma en la verdad, tú supiste, y esto es más aún, tú supiste sellar con la entereza de tu conducta las bellas máximas que habías esparcido en tus escritos; y mártir glorioso de tu patria, arrostraste y sufriste la muerte por no transigir con los tiranos.

¡Oh Cienfuegos! este tiempo de borrasca ha sido también un tiempo de prueba; y ¡cuán triste, cuán amarga es la que algunos han hecho de la consistencia de sus principios y de la realidad de sus virtudes! Hipócritas de honor y patriotismo, no han podido sostenerse contra el torbellino revolucionario, que les ha arrancado la máscara con que se cubrían y puesto en descubierto toda su abominable desnudez. Tú conocías a muchos de ellos, tú los amabas, tú los estimabas. ¿Pudiste imaginarlo jamás? Los unos se ríen ahora de la misma doctrina que antes predicaban, se han hecho siervos y apóstoles del más execrable tirano, y han insultado sacrílegamente a la patria moribunda en su agonía. Los otros, destrozando cruelmente los vínculos de una amistad antigua y jamás violada, han profanado sin pudor ninguno los respetos todos de la hospitalidad y la confianza, y correspondido al afecto más tierno y paternal con la más negra traición. ¡Ah! ¡puedan estas líneas, si alguna vez llegan a sus ojos, presentarles la horrible diferencia entre lo que ahora son y lo que antes parecían!... ¿Pero dónde voy? Perdona, amigo mío, si he inquietado el reposo de tu sepulcro con unas quejas tan tristes. Al recorrer estos versos, fruto de nuestros ocios antiguos y ocupación agradable de aquel noble retiro en que vivíamos, mi alma, hondamente afligida, no ha

podido menos de volver su vista hacia atrás, y contemplar cuán escandalosos desertores han tenido la filosofía y la virtud.

Acabó para mí, y no volverá jamás, aquel tiempo de dulces ilusiones, de gratos y apacibles estudios. Fuerza ha sido abandonarlos para acudir el peligro común y servir a la causa pública en tareas y afanes harto diferentes. Otros cantarán después el triunfo, cuando serenada la agitación y restablecido el orden, la voz dulce de las musas vuelva a resonar en España. Entonces tus vigorosos versos, dignos precursores de libertad y de virtudes, serán aplaudidos con igual admiración que gratitud. Entonces, si por dicha llegan hasta allá los míos, el autor unirá su aplauso al de la posteridad; y el alto aprecio y amistad afectuosa que en vida sintió por ti, prolongándose más allá del sepulcro, durarán siquiera todo lo que dura este libro.

Cádiz, 20 de junio de 1813.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

A Juan de Padilla.

Todo a humillar la humanidad conspira

Faltó su fuerza a la sagrada lira,

Su privilegio al canto,

Y al genio su poder. ¿Los grandes ecos

Do están, que resonaban

Allá en los templos de la Grecia un día,

Cuando en los desmayados corazones

Llama de gloria de repente ardía,

Y el son hasta en las selvas convertía

A los tímidos ciervos en leones?

¡Oh, cuál cantara yo si el dios del Pindo

Poder tan grande a mis acentos diera!

¡Con qué vehemencia entonces la voz mía,

Honor, constancia y libertad sonando,

De un mar al otro mar se extendería!.

¡Patria! nombre feliz, numen divino,

Eterna fuente de virtud, en donde

Su inestinguible ardor beben los buenos;

¡Patria!... La vista atónita no encuentra

Patria en torno de sí, ni el labio implora

Con voz tan bella al simulacro yerto

Que se muestra en su vez. Pálido, triste,

De negro luto y de pavor cubierto,

Ni aun a esquivar se atreve

La mano asoladora

De la furia execrable que, inclemente,

Su seno oprime, su beldad desdora.

Sangre destila si afligido llora;

Su lúgubre alarido

Rompe los aires, y en dolor bañado,

Viene horroroso a lastimar mi oído.

¡Perdona, madre España! La flaqueza

De tus cobardes hijos pudo sola

Así enlutar tu sin igual belleza!

¿Quién fue de ellos jamás? ¡Ah! vanamente

Discurre mi deseo

Por tus fastos sangrientos y el continuo

Revolver de los tiempos; vanamente

Busco honor y virtud: fue tu destino

Dar nacimiento un día

A un odioso tropel de hombres feroces,

Colosos para el mal; todos te hollaron,

Todos ajaron tu feliz decoro;

¡Y sus nombres aún viven! Y su frente

Pudo orlar impudente

La vil posteridad con lauros de oro!

¡Y uno solo! ¡Uno solo!... ¡Oh, de Padilla

Indignamente ajado,

Nombre inmortal! Oh gloria de Castilla!

Mi espíritu agitado,

Buscando alta virtud, renueva ahora

Tu memoria infeliz. Sombra sublime,

Rompe el silencio de tu eterna tumba,

Rómpele, y torna a defender tu España,

Que atada, opresa, envilecida, gime.

Sí, tus virtudes solas,

Sólo tu ardor intrépido podría

Volvernos al valor, y sacudido

Por ti sólo sería

Nuestro torpe letargo y ciego olvido.

Tú el único ya fuiste

Que osó arrostrar con generoso pecho

Al huracán deshecho

Del despotismo en nuestra playa triste.

Abortóle la mar más espantoso

Que los monstruos que encierra en su hondo seno.

Y él, respirando su infernal veneno,

Entre ignorancia universal marchaba,

Destruyendo sus pies cuanto corrieron.

¿De qué pues nos valieron

Siete siglos de afán y nuestra sangre

A torrentes verter? Lanzado en vano

Fue de Castilla el árabe inclemente,

Si otro opresor mas pérfido y tirano

Prepara el yugo a su infelice frente.

Ofendida, indignada

Se alzó, se estremeció, y arrojó el grito

De venganza y de horror. «Vuela, hijo mío,

Vuela, y ahuyenta la espantosa plaga

Que me insulta y me amaga:

Sé tú mi escudo, y en tu ardiente brío

Su curso infausto asolador quebranta.»

Dijo; y cual rayo que volando asuela,

O como trueno que bramando espanta,

El héroe de Toledo recorría

Un campo y otro campo: el pueblo todo,

Conmovido a su voz, ardiendo en ira

Y anhelando vencer, corre furioso

A la lucha fatal que se aprestaba.

Padilla le guiaba,

Y de la patria en su valiente mano

El estandarte espléndido ondeaba.

¡Oh estrago! ¡Oh frenesí! Dos veces fueron

Las que el genio feroz de la impía guerra

Entre muerte y dolor mezcló las haces;

¡Haces que nunca combatir debieron!

Un hábito, una tierra

Eran, y una su ley, unas sus aras,

Uno su hablar. ¡Ah bárbaros! ¿Y en vano

Naturaleza os diera

Vínculos tantos? Suspended los hierros

Que sedientos de sangre en vuestras manos

Contemplo con horror: ¿no sois hermanos?

Todos a un tiempo, todos

Revolved: al furor de vuestros brazos

Caiga rota en pedazos

La soberbia del déspota insolente

Que a todos amenaza... ¿En los oídos

No os dan los alaridos,

Las tristes quejas de la edad siguiente,

Que a ominosa cadena

Vuestra discordia pérfida condena?

De polvo en tanto la confusa nube,

Nuncia ya del furor, turbando el día,

Hasta el Olimpo sube;

Y del bronce tronante al estallido

El viento sacudido

Raudo dilata por Castilla toda

En ecos el horror: corre la sangre,

Vuela la muerte... ¡Oh Dios! ¿por qué dispersas

Las huestes vencedoras

Se derraman así? Solo en el llano,

De arena y sangre y de sudor cubierto,

Miro al héroe que lucha, y lucha en vano,

Y al fin cayó: su mísera caída

La libertad rendida

Llevó tras sí. Cayó: cuando salieron

Sus últimos suspiros,

Al seno augusto de la patria huyeron.

Tajo profundo, que en arenas de oro

La rubia espalda deslizando, llegas

El pie a besar a la imperial Toledo;

Toledo, que en desdoro

De su antigua altivez y su energía

Se encorva al yugo que esquivó algún día;

Toledo, oriente de Padilla... ¡Oh río!

Tú le viste nacer, tú lamentaste

Su destino infeliz, y en triste duelo

Su fin infausto denunciaste al cielo.

Tú aquel solar bañabas,

Do siempre incorruptibles se albergaron

La patria y el valor. Mis ojos vean

El suelo que él hollaba,

El espacio feliz do respiraba,

Y en mi llanto y dolor bañados sean.

¡Y nada encuentro! Y la venganza airada

Nada indultó! Su bárbara violencia

La inocente morada

De la opresa virtud sufrir no pudo.

Derrocóla; en su vez, solo, afrentoso,

El padrón del oprobio allí se mira,

Que a dolor congojoso

Incita el pecho y a furor sañudo,

Cuando contempla a la ignominia dado

Tan santo sitio y al silencio mudo.

¡Mudo silencio! No; que en él aún vive

Su grande habitador: vedle cuán lleno

De generosa ira

Clamando en torno de nosotros gira.

«Castellanos, alzáos; la inmensa huella

Corrió de tres edades

Por mi sangre infeliz; corrió, y aun ella

Hierve reciente y a venganza os llama.

¿Queréis por dicha conllevar la pena

Del siglo vil a quien mi muerte infama?

¿Seguir besando la fatal cadena?

¿Vuestro mal merecer? Volved los ojos,

Volved atrás, y contempladme cuando

Yo di a la tierra el admirable ejemplo

De la virtud con la opresión luchando.

Entonces los clamores

De la tremente patria en vano oísteis,

Negándoos a su voz, y fascinados

Tras la execrable esclavitud corristeis,

Forjando ¡oh indignación! los torpes lazos

Que oprobio han sido a tan robustos brazos.

«Y aquella fuerza indómita, impaciente,

En tan estrechos términos no pudo

Contenerse, y rompió; como torrente

Llevó tras si la agitación, la guerra,

Y fatigó con crímenes la tierra.

Indignamente hollada

Gimió la dulce Italia, arder el Sena

En discordias se vio, la África esclava,

El Bático industrial

Al hierro dado y devorante ruego.

¿De vuestro orgullo, en su insolencia ciego,

Quién salvarse logró? Ni al indio pudo

Guardar un punto inmenso, borrascoso,

De sus sencillos lares

Inútil valladar: de horror cubierto

Vuestro genio feroz, hiende los mares,

Y es la inocente América un desierto.

«Tantos estragos, sin respeto holladas

Justicia y fe, la detestable ofensa

Hecha a la patria de amarrarla al yugo

Y ahogar su libertad, a un tiempo alzaron

Su poderoso grito,

Y a la atónita Europa despertaron.

Ella sobre vosotros indignada

Cayó y os oprimió. ¿Qué se hizo entonces

Vuestra vana altivez? La tiranía

Que lenta os consumía

Tendió su cetro bárbaro, y llamando

A la exical superstición, con ella

Fue abierto el hondo precipicio en donde

Se hundió al fin vuestro nombre,

Viles esclavos, que en tan torpe olvido

Sois la risa y baldón del universo,

Cuyo espanto y escándalo habéis sido.

«Estremecéos, a la Ignominia hoy dados,

Mañana al polvo, ¿no miráis cuál brama,

Con cuál furor se inflama

La tierra en torno a sacudir del cuello

La servidumbre? ¿Y se verá que, hundidos

En ocio infame y miserable sueño,

Al generoso empeño

Los últimos voléis? No; que en violenta

Rabia inflamado y devorante saña

Ruja el león de España,

Y corra en sangre a sepultar su afrenta.

La espada centellante arda en su mano,

Y al verle, sobre el trono

Pálido tiemble el opresor tirano.

Virtud, patria, valor: tal fue el sendero

Que yo os abrí primero;

Vedle, holladle, volad; mi nombre os guíe,

Mi nombre vengador, a la pelea:

Padilla el grito de las huestas sea,

Padilla aclame la feliz victoria,

Padilla os dé la libertad, la gloria.»

(Mayo de 1797.)

A la expedición española
Para propagar la vacuna en América bajo la dirección de don Francisco Balmis.

¡Virgen del mundo, América inocente!

Tú, que el preciado seno

Al cielo ostentas de abundancia lleno,

Y de apacible juventud la frente;

Tú, que a fuer de más tierna y más hermosa

Entre las zonas de la madre tierra,

Debiste ser del hado,

Ya contra ti tan inclemente y fiero,

Delicia dulce y el amor primero;

Óyeme: si hubo vez en que mis ojos,

Los fastos de tu historia recorriendo,

No se hinchen de lágrimas; si pudo

Mi corazón sin compasión, sin ira

Tus lástimas oír, ¡ah! que negado

Eternamente a la virtud me vea,

Y bárbaro y malvado

Cual los que así te destrozaron sea.

Con sangre están escritos

En el eterno libro de la vida

Esos dolientes gritos

Que tu labio afligido al cielo envía.

Claman allí contra la patria mía,

Y vedan estampar gloria y ventura

En el campo fatal donde hay delitos.

¿No cesarán jamás? ¿No son bastantes

Tres siglos infelices

De amarga expiación? Ya en estos días

No somos, no, los que a la faz del mundo

Las alas de la audacia se vistieron

Y por el ponto Atlántico volaron;

Aquellos que al silencio en que yacías,

Sangrienta, encadenada, te arrancaron.

«Los mismos ya no sois; pero ¿mi llanto

Por eso ha de cesar? Yo olvidaría

El rigor de mis duros vencedores;

Su atroz codicia, su inclemente saña

Crimen fueron del tiempo, y no de España.

Mas ¿cuándo ¡ay Dios! los dolorosos males

Podré olvidar que aun mísera me ahogan?

Y entre ellos... ¡Ah! venid a contemplarme,

Si el horror no os lo veda, emponzoñada

Con la peste fatal que a desolarme

De sus funestas naves fue lanzada.

Como en árida mies hierro enemigo,

Como sierpe que infesta y que devora,

Tal su ala abrasadora

Desde aquel tiempo se ensañó conmigo.

Miradla abracecerse, y cual sepulta

Allá en la estancia oculta

De la muerte mis hijos, mis amores.

Tened ¡ay! compasión de mi agonía

Los que os llamáis de América señores:

Ved que no basta a su furor insano

Una generación; ciento se traga;

Y yo, expirante, yerma, a tanta plaga

Demando auxilio, y le demando en vano.»

Con tales quejas el Olimpo hería

Cuando en los campos de Albión natura

De la viruela hidrópica al estrago

El venturoso antídoto oponía.

La esposa dócil del celoso toro

De este precioso don fue enriquecida,

Y en las copiosas fuentes le guardaba,

Donde su leche cándida a raudales

Dispensa a tantos alimento y vida.

Jenner lo revelaba a los mortales.

Las madres desde entonces

Sus hijos a su seno

Sin susto de perderlos estrecharon,

Y desde entonces la doncella hermosa

No tembló que estragase este veneno

Su tez de nieve y su color de rosa.

A tan inmenso don agradecida

La Europa toda en ecos de alabanza

Con el nombre de Jenner se recrea;

y ya en su exaltación eleva altares

Donde, a par de sus genios tutelares,

Siglos y siglos adorar le vea.

De tanta gloria a la radiante lumbre,

En noble emulación llenando el pecho,

Alzó la frente un español: «No sea,

Clamó, que su magnánima costumbre

En tan grande ocasión mi patria olvide.

El don de la invención es de fortuna,

Cócele allá un inglés; España ostente

Su corazón espléndido y sublime,

Y dé a su majestad mayor decoro

Llevando este tesoro

Donde con mas violencia el mal oprime.

Yo volaré; que un numen me lo manda;

Yo volaré: del férvido Océano

Arrostraré la furia embravecida,

Y en medio de la América infestada

Sabré plantar el árbol de la vida.»

Dijo; y apenas de su labio ardiente

Estos ecos benéficos salieron,

Cuando tendiendo al aire el blando lino,

Ya en el puerto la nave se agitaba

Por dar principio a tan feliz camino.

Lánzase el argonauta a su destino.

Ondas del mar, en plácida bonanza

Lleved ese depósito sagrado

Por vuestro campo líquido y sereno;

De mil generaciones la esperanza

Va allí, no la aneguéis, guardad el trueno,

Guardad el rayo y la fatal tormenta

Al tiempo en que, dejando

Aquellas playas fértiles, remotas,

De vicios y oro y maldición preñadas

Vengan triunfando las soberbias flotas.

A Balmis respetad. ¡Oh heroico pecho,

Que en tan bello afanar tu aliento empleas!

Ve impávido a tu fin. La horrenda saña

De un ponto siempre ronco y borrascoso,

Del vértigo espantoso

La devorante boca,

La negra faz de cavernosa roca

Donde el viento quebranta los bajeles,

De los rudos peligros que te aguardan

Los más grandes no son ni más crueles.

Espéralos del hombre: el hombre impío,

Encallado en error, ciego, envidioso,

Será quien sople el huracán violento

Que combata bramando el noble intento.

Mas sigue, insiste en él firme y seguro;

Y cuando llegue de la lucha el día,

Ten fijo en la memoria

Que nadie sin tesón y ardua porfía

Pudo arrancar las palmas de la gloria.

Llegas en fin. La América saluda

A su gran bienhechor, y al punto siente

Purificar sus venas

El destinado bálsamo: tú entonces

De ardor más generoso el pecho llenas;

Y obedeciendo al numen que te guía,

Mandas volver la resonante prora

A los reinos del Ganges y a la aurora.

El mar del Mediodía

Te vio asombrado sus inmensos senos

Incansable surcar; Luzón te admira,

Siempre sembrando el bien en tu camino,

Y al acercarte al industrioso chino,

Es fama que en su tumba respetada

Por verte alzó la venerable frente

Confucio, y que exclamaba en su sorpresa

«¡Digna de mi virtud era esta empresa.»

¡Digna, hombre grande, era de ti! Bien digo

De aquella luz altísima y divina,

Que en días más felices

La razón, la virtud aquí encendieron!

Luz que se extingue ya: Balmis, no tornes

No crece ya en Europa

El sagrado laurel con que te adornes.

Quédate allá, donde sagrado asilo

Tendrán la paz, la independencia hermosa;

Quédate allá, donde por fin recibas

El premio augusto de tu acción gloriosa.

Un pueblo, por ti inmenso, en dulces himnos

Con fervoroso celo

Levantará tu nombre al alto cielo

Y aunque en los sordos senos

Tú ya durmiendo de la tumba fría,

No los oirás, escúchalos al menos

En los acentos de la musa mía.

(Diciembre de 1806.)

A Luisa Todi,
cuando cantó en el teatro de Madrid las dos óperas de Armida y Dido.

¿Qué se negó de la falaz Armida

Al mágico poder? Su voz sonaba,

Y el bátrac profundo

De sus lóbregos senos alanzaba

El tremendo escuadrón que la servía.

Viérase al punto de infernal veneno

Toda inundarse en derredor la esfera,

Arder el rayo y retumbar el trueno.

La rápida carrera

Suspenderse del sol, bramar los vientos,

En sus hondos cimientos

Estremecerse el mar, y mal segura

La tierra contrastada,

De sus ejes eternos desquiciada.

Mas cuando al fin enamorada y ciega

El corazón indómito rendía,

Y de perder su amante recelosa,

En los fines del orbe le escondía,

Ya no era entonces la espantosa maga;

Era ya una deidad. El polo yerto

Ostentóse cubierto

Con el manto de Flora;

Por los fecundos prados

Las fuentes murmuraban,

Y de esencias bañados,

Los céfiros jugaban con las flores;

Volaban los amores,

Las gracias y el deleite en pos de Armida,

Y ella entre tanto, de Rinaldo asida,

El coro de las aves escuchaba,

Que al placer y al amor la convidaba.

Tal fue entonces Armida; y tal ahora

Tú ¡oh poderosa Todi! la presentas,

Ya en ternura y delicias anegada,

Temerosa después, y al fin furiosa

Viendo su gloria y su beldad hollada.

¡Invención celestial! No, no es Armida

La que así nos enciende

Y el agitado espíritu suspende

El mentido poder que por su encanto

Tuvo en los elementos confundidos,

Hoy en nuestros sentidos

Lo alcanza el arte y lo renueva el canto.

¡Soberana armonía!

¿En qué sus dulces y halagüeñas flores

Más bien que en tus loores

Esparcir deberá la poesía?

Pero ¿cómo en su vuelo

La poderosa voz seguir podría

Que pasma al mundo y maravilla al cielo?

Ella parte suave;

Y ora orgullosa y grave

Del espacio los ámbitos domina,

Ora en quiebros dulcísimos se pierde,

Y delicada trina;

Ora sube al Olimpo, ora desciende,

Y ora como un raudal rico y sonoro

Vierte súbitamente en los oídos

De su riqueza armónica el tesoro.

Sola la admiración enmudecida

Seguirla puede en su veloz carrera;

¿Y do ha vivido el corazón de fiera

Que se negase esquivo

De su expresión celeste al atractivo?

¡Oh! no es posible el evitar su imperio;

La fogosa energía

De su gesto y acción se le prometen,

Y su mágico acento y melodía.

Aquí vence, aquí triunfa, aquí arrebatada

Vedla de gloria y majestad vestida

Cuando del solio el esplendor retrata

Vedla después, desesperada y llena

De cólera y soberbia, amenazando

Nube parece que espantosa truena,

O terrible Aquilón cuando, soplando

Con hórrido silvido,

Sacude el universo combatido.

¿Mas cuál benigna suavidad se siente?

Él es, el blando amor, el hijo ardiente

De la hermosa y divina Citerea:

Más dulce y grato que la miel hiblea,

Más puro que los céfiros, su acento

Sale inflamando el viento,

Y por do quiera su ternura inspira.

Ya tras el bien perdido

Vaga anhelante y con dolor suspira;

En el dulce trinar pinta el gemido,

En los blandos gorjeos

Aparecen los tímidos deseos,

La amorosa inquietud, las ansias tiernas,

La risa alegre y apacible juego

Que ceban tanto el delicioso fuego.

Ya con tono más grave

La sublime constancia se ve ornada,

O en celeste deliquio modulada

Del caro bien la posesión suave.

Entonces gime el insensible, entonces

Hasta los duros mármoles se agitan;

Amor aprende a amar, a amar incitan

El eco, el viento, y de tu voz herido,

Por su divino impulso es arrastrado

Mi corazón vencido.

Salta en el pecho, y sin cesar palpita,

Todo anegado en el amante anhelo

Que inspira el canto; su vehemente llama

Veloz discurre por mi sangre y venas,

Y en todas ellas su calor derrama;

Derrama su calor, que vuelto en llanto,

Sin ser posible a contenerle el seno,

Salta a la vista en delicioso encanto.

¿Quién de tu genio mesurar podría

La extensión y el ardor? Dinos, ¿en dónde

Tuvo su oriente? En dónde

Se adestró a desplegar tal osadía,

Y de tanta riqueza salió lleno?

¿Fue acaso allá donde el feliz Ismeno

Corrió bañando la sonora Tebas?

¿O más bien sobre el Ísmaro sombrío,

Do por la vez primera

Los ecos de la música sonaron,

Y tras sí arrebataron

Los hombres y las fieras,

Las rocas y los árboles? ¿Do Orfeo

Su lira de oro celestial pulsaba,

Los vientos a su voz se condolían,

Y a Eurídice llamaba,

Y Eurídice los montes respondían?

Igual, empero, o superior, tú impeles

Al seno del olvido

Los pesares amargos y crueles.

Yo lo vi, lo sentí. Del hondo averno

Por mi mal abortado,

Un esquivo cuidado devoraba

Mi triste corazón, cuando presente

Vi la sidonia reina, que el amaba

Contra el troyano pérfido inclemente.

¡Bárbara atrocidad! Huye el ingrato

Sin que bastantes sean

De la mísera amante las querellas

Su fuga a suspender: huye, no cura

Los preciosos tesoros

Que fiel le prodigaba la hermosura;

Tesoros ¡ay! de amor y de ternura.

Y se entrega a la mar, ¡qué de lamentos!

Qué horrorosos acentos!

¡Qué desesperación! En vano llora

La triste, y corre enfurecida, y gime;

En vano al cielo en su dolor implora,

Y a los hombres también; hombres y dioses

Al dolor y al horror la abandonaron

¿Morirá la infelice

Sin hallar compasión? Grande, sublime

Terrible situación, que sorprendido

Mi espíritu admiraba,

Y olvidó su aflicción llorando a Dido.

¡Y que tan dulces horas

Hayan de fenecer! Mantua te pierde,

Mantua, que tanto te admiró; desierto

Se verá el gran teatro donde un día

Al eco de tu canto y los aplausos

El soberbio artesón se estremecía.

Mustio el espectador, irá a buscarte

Y no te encontrará; y en tal vacío,

¿Do está, dirá, la enamorada Elfrida,

La encantadora Elfrida? ¿Adónde fueron

La dulce Hipermenestra,

La arrogante Cleopatra y Cleofida?

Sombras sublimes, cuya hermosa idea

Inventar y animar el genio pudo,

¿Será que nunca ya mi mente os vea?

Anda, vive feliz, corre el sendero

Que a tu brillante gloria abrió el destino;

Mas ¿qué le falta a su esplendor divino?

El universo entero

Su honor, su encanto, su deidad te aclama.

Llevada en raudo vuelo

Por la sonante trompa de la fama,

Pasmarás las edades, y asombrado

Te nombrará el artista y confundido.

Por más osado que su genio sea,

Tú el término serás de su esperanza,

Dique a su presunción: él desde lejos

Adorará tus soberanas huellas,

Y lucirá tal vez con tus reflejos.

Así en el alto Olimpo las estrellas

Brillan, mas solamente en noche umbría,

Cediendo el resplandor y la victoria

Al gran planeta que preside al día

(1705)

A la hermosura.

Cuando en la flor de mis risueños días

Mi vista hirió tu luz, dulce hermosura,

¡Oh cómo palpité! ¡Cómo mi pecho

Te amó, te idolatró! Tú numen fuiste

Que desplegar hiciste

El vuelo de mi voz, tú presidías

De mi cítara al son, que entonces era

Más bien el eco de las ansias mías

Que el eco de tu gloria: exento ahora

De temor, de deseo y de esperanza,

Que aceptes pido con afable agrado

El tributo que rindo a tu alabanza.

¡Oh si al formar tu vencedor traslado,

Benigno el cielo, la apacible tinta

Me diera con que el día en el oriente

Nace a inundarle en cándidos albores!

¡Los hermosos colores

Flora me diera con que adorna y pinta

Al soberbio clavel su altiva frente!

Diérame de su seno la fragancia,

Y la bella elegancia

Que gentiles los álamos despliegan

Cuando las auras del abril los mecen,

Cuando las lluvias del abril los riegan.

A tu nacer testigo

El orbe se recrea,

Que tanto llega a florecer contigo

Y te contempla en tu halagüeña cuna,

Como al morir el día

Mira el recinto de la selva umbría

La incierta luz de la naciente luna.

Mírate amor alborozado, y lleno

Ya del ardor que en esperanza siente,

«Yo bañaré con mi esplendor su frente,

Soberbio exclama, y con mi ardor su seno.»

Crece; que el lirio y la purpúrea rosa

Tiñan tus gratos miembros a porfía;

El sol de mediodía

La lumbre encienda de tus ojos bellos;

Que el tímido pudor la temple en ellos;

La esencia de las flores

Tu dulce aliento sea,

Y a velar tus encantos vencedores

Bajen en crespas ondas tus cabellos;

En tu nevado seno

Empiecen los amores

La primera a gustar de sus delicias;

Tu pie en la danza embellecer se vea,

Y tu cándida mano en las caricias.

Diosa de la beldad, alza la frente,

Mira tu gloria; al contemplarla el sabio

Despide de su mente

La grave austeridad; la indiferente

Desmayada vejez siente que inflama

Tu viva lumbre sus cenizas frías,

Y suspirando exclama:

«¡Ah, quien volviera a los floridos días!»

Mientras que ansiosa, arrebatada y ciega,

La juventud a oleadas

Corre, y se agolpa tras de ti, y a oleadas

Su tierno afán a tributarte llega.

¡Qué nube de esperanzas y deseos

Te halaga en derredor! Qué de suspiros!

¡Cuántos amores! Y soberbia y fiera,

Sin ver ni agradecer, sigues hollando

La apacible carrera

Sembrada de placer, ornada en flores,

Tras tu carro de triunfo arrebatando

Los míseros despojos

De tantos amadores

Que al son de su cadena,

Bendiciendo tu luz, cantan su pena.

¡Dichoso aquel que junto a ti suspira,

Que el dulce néctar de tu risa bebe,

Que a demandarte compasión se atreve,

Y blandamente palpitar te mira!

¡En fin triunfaste, amor! ¿Cuál es la gloria

Que iguale en su contento

A tan bella y magnífica victoria?

Mira al mortal que devoró los dones,

Los dulces dones suspirados tanto,

Cual se agita impaciente, estremecido,

De vanidad henchido,

De gozo inmenso, de inefable encanto.

¡Y no es eterno! ¡Ay Dios! ¡Y llega un día

En que del albo seno,

Cansada la hermosura,

Lanza al amor! Amor la embellecía;

Él su semblante de expresión bañaba,

Él gracia la inspiraba y bizarría;

El mundo la veía,

Y cual templo de un Dios la respetaba.

Y ora apagando la sagrada antorcha,

Su alas tiende amor, y huye gimiendo

A la vana inconstancia, a la falsía,

Que su altar profanaron

Y la alma, fuente del sentir, cegaron.

No así en ti se cegó, cuando a la tierra

Ejemplo dabas del amor más puro,

Heloisa infeliz. ¿Cuál fue la mano

Que, despiadada y dura,

Hundió en ese recinto pavoroso,

Morada del horror, tanta hermosura?

Y respondes: «Mi amor.» ¿Quién por tu seno

Dilató de tan bárbaros dolores

El amargo raudal? «Mi amor.» ¿Un tiempo

No llegará en que espire

El nombre de Abelardo en tus clamores,

De que el eco se llena,

Y en esas anchas bóvedas resuena?

«No lo sufre mi amor. Mira los días

Cual pasaron por mí; su triste huella

Marchitó mi beldad, sin que un instante

Viese templar la inapagable llama

Que me consume. Feneció mi amante

Sin fenecer mi amor; sus restos fríos

Son sin cesar bañados

De ardiente llanto y de lamentos míos.

Déjame en ellos inundarme; el cielo

Este solo placer es el que ha dado

A mi infelice suerte.

Déjame mi dolor; cuando la muerte

Venga a librarme del horror del mundo,

Entonces ¡ay! en mi postrer momento

Abelardo, dirá con hondo acento,

Abelardo, mi labio moribundo.»

Así sus ayes lastimeros hienden

De siglo a siglo, y sus agudos ecos

En lástima y amor el pecho encienden.

Rosas y mirtos a su tumba, y llanto,

Llanto más bien; las lágrimas que vierto,

Al mismo tiempo que mi voz la nombra,

Son dulce ofrenda a su adorable sombra.

¿Tanto vale el sentir? ¿A tanto alcanza

Su divino poder? Ojos hermosos,

Sabed que nunca parecéis más bellos,

Sabed que nunca sois más poderosos

Que cuando en vos se mira

El vivo afán que el sentimiento inspira.

Sin él ¿qué es la beldad? Flor inodora,

Estatua muda que la vista admira,

Y que insensible el corazón no adora.

A la paz entre España y Francia en 1795

Dos lustros ya de plácido sosiego

Sobre el regazo de la paz hermosa

Gozado el mundo había;

Y adormecido el fuego

De la discordia atroz, la espada ociosa

Entre el polvo y orín se consumía.

Nada turbó las cándidas auroras

De tan dulce quietud; logró en su asilo

El labrador tranquilo

Ver coronadas de su afán las horas.

Más sangre y fuego respirando viene

Con violento ademán Mavorte fiero,

Y a la cumbre escarpada

De la antigua Pirene

Sube ardiendo en furor; cruje el acero,

De su carro espantoso, y empuñada

La mortífera lanza que blande,

Mueve sañudo la execrable frente,

Y en su rabia impaciente

Cebarse en llanto y mortandad desea.

Tronó su voz; al escucharla entonces

El suelo en luto y en pavor gemía

Destrozado, oprimido

Con los enormes bronce,

Vio la flor de la Hesperia que corría

De la bélica trompa al gran sonido.

¡Miseros! id donde el honor os lleva,

Ardiendo en ansia de funesta gloria;

Volad a la victoria,

Y haced de vuestro aliento heroica prueba

¿Qué lograréis? El monstruo abominable

De vuestra insana ceguedad riendo,

Da la señal; ya sube

Del cañón formidable,

Al cielo vuestros crímenes diciendo,

De fuego y humo la ondeante nube.

Retumba el aire, y pavoroso esconde

Los gritos, el terror, el triste estrago;

El amago al amago,

La cólera a la cólera responde,

Muerte horrible a la muerte. Así espantoso

Bate las altas cimas de Apenino

El Aquilón sañudo;

A su ímpetu fragoso

El cedro añoso y el soberbio pino,

Sin encontrar a su defensa escudo,

Caen; y el hondo valle estremeciendo,

Por los ecos alígeros llevado,

Asorda dilatado

De caverna en caverna el ronco estruendo.

Y en medio de la lucha fulminante

Es el furor tan bárbaro y tan ciego,

Que ni la tierna esposa

Ni la afligida amante

Templar podrán de la contienda el fuego

Con su memoria tierna y dolorosa.

Todo cae, agoniza; ¡hombres crueles!

Y acaso aspiran a dorar su estrago

Con el falaz halago

Del carro triunfador y sus laureles.

Mas no; junto a la rueda sanguinaria

Van la viudez y la orfandad que lloran.

Monarcas de la tierra,

¿La mísera plegaria

No escucháis de los pueblos que os imploran?

Poned, poned un término a la guerra;

Y si el rayo, el relámpago y el trueno

Vuestro poder mostraron a porfía,

Ya es bien que luzca un día,

Debido a vuestra unión, dulce y sereno.

Le dais por fin; a vuestra voz levanta

En el aire la paz de su alma oliva

La bienhechora rama.

¿No veis cuál se adelanta

A aplaudiros la tierra, y cuán festiva

Bendice vuestro nombre y os aclama?

¡Salud, divina paz! Eterna amiga

De la vida y del bien, ven, y en contento

Convierte el desaliento,

Y en sosiego apacible la fatiga.

Ven, y que la amistad, que la preciada

Virtud prodiguen sus inmensos bienes:

En esto ¡oh Diosa! emplea

Tu protección sagrada.

Tú fecundas el mundo y le sostienes,

Tú le das ornamento y se hermosea;

Bajo la sombra de tu augusto velo

Las artes viven en concierto amigo,

Y seguro contigo,

El Genio extiende su brillante vuelo.

A ti en los templos el incienso humea,

A ti las musas su divino acento

Sonoramente envían;

Y en cuanto el mar rodea,

En cuanto ilustra el sol y gira el viento,

De ti sola su bien los pueblos fían.

¡Ah! Maldición eterna al inhumano

Que, profanando la quietud del suelo,

Muestre en bárbaro anhelo

Ardiendo el hierro en su homicida mano!

¡Maldición, maldición! Corren veloces

Los ríos a la mar; nosotros ciegos

Al crimen y a la muerte

Nos llevamos feroces,

Sin atender a los humildes ruegos

De la virtud, sin escuchar la fuerte

Lección del tiempo, que incesante clama.

¡Triste destino! El hombre fascinado

Va siempre al carro atado

De la ambición frenética que brama.

Pues si negado a tantos escarmientos,

Siempre ha de ser que el universo gima

En guerra y en crueldades,

Dejad vuestros asientos,

¡Oh montes! y cayéndonos encima,

Feneced de una vez tantas maldades.

Irrita ¡oh ponto! tus voraces ondas.

Hasta que, sepultado el ancho mundo

En tu abismo profundo,

Por siempre en él nuestra impiedad escondas.

A Meléndez,
cuando la publicación de sus poesías.

¡Gloria al grande escritor a quien fue dado

Romper el sueño y vergonzoso olvido

En que yace sumido

El ingenio español; donde confusas,

Sin voz y sin aliento,

Se hunden y pierden las sagradas musas.

Alto silencio en la olvidada España

Por todas partes extendió su manto,

Cuando tu hermoso canto

Resonando, ¡oh Meléndez! de repente,

De orgullo y gozo llena,

Se vio a tu patria levantar la frente.

Tal en la noche de los siglos densas

Crece las nieblas de ignorancia viendo

Natura, y sacudiendo

El ocio letargoso en que yacía,

Dijo: «Que Homero sea;»

Y Homero nace, y resplandece el día.

Bellos como la luz, tersos y puros,

Bien como el fondo del etéreo cielo,

Gratos aún más que el vuelo

Del céfiro sonante en el estío,

Cuando las hojas mueve,

Y temple el rayo en delicioso frío;

Tus armoniosos versos a raudales

Del manantial fecundo se arrebatan,

Do fieles se retratan

Las flores y los árboles del suelo,

Las sierras enriscadas,

Las bóvedas espléndidas del cielo.

¡Cisnes del Pindo! Amable Anacreonte.

Tú, que de estro y amor mientras vivías,

Mísera Safo, ardías;

Y tú, divino Píndaro, que elevas

En tu atrevido acento

Con tu nombre clarísimo el de Tebas;

Volad hacia las playas de occidente

Desde la cumbre de Helicón divino,

Y ved el gran destino

Con que se ensoberbece el suelo iberio

Mirando en su poeta

Vuestra alta gloria y vuestro dulce imperio.

Ornan las gracias su celeste lira

Cuando el canto de amor en ella suena

Y apacible y serena

La belleza en sus versos vencedores

Se goza retratada,

De rayos coronada y resplandores.

Seguidle luego a los amenos campos,

A la abundosa y apacible vega

Que el claro Tormes riega;

Y al escuchar su pastoral acento,

Ved florecer las rosas,

Reír el prado, embebecerse el viento.

Mas ¿do su musa rápida se esconde?

¿Dónde se eleva? A su ambicioso pecho

El orbe vino estrecho,

Y al éter se encumbró; gozosa mira

Bajo de sí las nubes,

Y al campo inmenso del espacio gira.

¡Vosotros solos, númenes del canto,

Le seguiréis! Desde el fanal de Apolo

Al rutilante polo

Todo lo abarca en su inmortal porfía,

Y de fulgor se llena,

Y torrentes de lumbre al mundo envía.

A esta pompa magnífica, a los ecos

De aplauso universal que resonaron,

Sus cuellos agitaron

Las sierpes de la envidia, y de su seno

Ya a lanzar se aprestaban

Con torpe lengua el infernal veneno;

Cuando un genio gritó: «¡Monstruos odiosos!

¿Qué sois, decid, para alcanzar victoria

De tan hermosa gloria?

Sabed que nunca de la niebla umbría

El insensato orgullo

Vencer presume en claridad al día.

Admirad y callad», dijo. La envidia

Viose aterrada, y su furor fue vano;

Y el genio abrió su mano,

Y el lauro descendiendo omnipotente,

Al inmortal poeta

Cercó de rayos la gozosa frente.

(1797.)

Al armamento de las provincias españolas contra los franceses.

«Eterna ley del mundo aquesta sea:

En pueblos o cobardes o estragados

Que ruede a su placer la tiranía

Mas si su atroz porfía

Osa insultar a pechos generosos

Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,

Estréllese al instante,

Y de su ruina brote el escarmiento.»

Dijo así Dios: con letras de diamante

Su dedo augusto lo escribió en el cielo,

Y en torrentes de sangre a la venganza

Mandó después que lo anunciase al suelo.

Hoy lo vuelve a anunciar. En justa pena

De tu vicioso y mísero abandono

En ti su horrible trono

Sentó el numen del mal, Francia culpable;

Y sacudiendo el cetro abominable,
Cuanto sus ojos ven, tanto aniquila.
El genio atroz del insensato Atila,
La furia que el mortífero estandarte
Llevaban de Timur, mandan al lado
De tu feroz sultán; ellos le inspiran,
Y ya en su orgullo a esclavizar se atreve
Cuanto hay del mar de Italia a los desiertos
Faltos siempre de vida y siempre yertos,
Do reina el polo engendrador de nieve.
Llega, España, tu vez; al cautiverio
Con nefario artificio
Tus príncipes arrastra, y en su mano
Las riendas de tu imperio
Logró tener, y se ostentó tirano.

Ya manda, ya devasta; sus soldados

Obedeciendo en torpe vasallaje

Al planeta de muerte que los guía,

Trocaron en horror el hospedaje,

Y la amistad en servidumbre impía.

¿Adónde pues huyeron,

Pregunta el orbe estremecido, adónde

La santa paz, la noble confianza

La no violada fe? Vanas deidades,

Que solo ya los débiles imploran.

Europa sabe, de escarmiento llena,

Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran

Esos atroces vándalos del Sena.

Pues bien, la fuerza mande, ella decida;

Nadie incline o esta gente fementida

Por temor pusilánime la frente;

Que nunca el alevoso fue valiente.

Alto y feroz rugido

La sed de guerra y la sangrienta saña

Anuncia del león; con bronco acento

Ensordecido el eco en la montaña,

A devorar su presa

Las águilas se arrojan por el viento.

Sola la sierpe vil, la sierpe ingrata

Al descuidado seno que la abriga

Callada llega y ponzoñosa mata.

Las víboras de Alcides

Son las que asaltan la adorada cuna

De tu felicidad. Despierta, España,

Despierta, ¡ay Dios! Y tus robustos brazos,

Haciéndolas pedazos

Y esparciendo sus miembros por la tierra,

Ostenten el esfuerzo incontrastable

Que en tu naciente libertad se encierra.

Ya se acerca zumbando

El eco grande del clamor guerrero,

Hijo de indignación y de osadía.

Asturias fue quien le arrojó primero;

¡Honor al pueblo astur! Allí debía

Primero resonar. Con igual furia

Se alza, y se extiende adonde en fértil riego

Del Ebro caudaloso y dulce Turia

Las claras ondas abundancia brotan;

Y como en selvas estallante fuego

Cuando las alas de Aquilón le azotan,

Que de pronto a calmar ni vuelto en lluvia

Júpiter basta, ni los anchos ríos

Que oponen su creciente a sus furores;

Los ecos libradores

Vuelan, cruzan, encienden

Los campos olivíferos del Betis,

Y de la playa Cántabra hasta Cádiz

El seno azul de la agitada Tetis.

Álzase España, en fin; con faz airada

Hace a Marte señal, y el Dios horrendo

Despeña en ella su crujiente carro;

Al espantoso estruendo,

Al revolver de su terrible espada,

Lejos de estremecerse, arde y se agita,

Y vuela en pos el español bizarro.

«¡Fuera tiranos!» grita

La muchedumbre inmensa. ¡Oh voz sublime,

Eco de vida, manantial de gloria!

Esos ministros de ambición ajena

No te escucharon, no, cuando triunfaban

Tan fácilmente en Austerlitz y en Jena;

Aquí te oirán y alcanzarás victoria;

Aquí te oirán saliendo

De pechos esforzados, varoniles;

Y la distancia medirán, gimiendo,

Que hombres hay a mercenarios viles.

Fuego noble y sublime, ¿a quién no alcanzas?

Lágrimas de dolor vierte el anciano

Porque su débil mano

El acero a blandir ya no es bastante

Lágrimas vierte el ternezuelo infante;

Y vosotras también, madres, esposas,

Tiernas amantes, ¿qué furor os lleva

En medio de esas huestes sanguinosas?

Otra lucha, otro afán, otros enojos

Guardó el destino a vuestros miembros bellos.

Deben arder en vuestros negros ojos.

«¿Queréis, responden, darnos por despojos

A esos verdugos? No: con pecho fuerte

Lidiando a vuestro lado,

También sabremos arrostrar la muerte.

Nosotras vuestra sangre atajaremos;

Nosotras dulce galardón seremos

Cuando, de lauro y de floridos lazos

La vencedora frente coronada,

Reposo halléis en nuestros tiernos brazos.»

¿Y tú callas, Madrid? Tú, la señora

De cien provincias, que cual ley suprema

Adoraban tu voz, ¿callas ahora?

¿Adónde están el cetro, la diadema,

La augusta majestad que te adornaba?-

«No hay majestad para quien vive esclava

Ya la espada homicida

En mí sus filos ensayó primero.

Allí cayó mi juventud sin vida:

Yo, atada al yugo bárbaro de acero,

Exánime suspiro,

Y aire de muerte y de opresión respiro.»

¡Ah! respira más bien aura de gloria.

¡Oh corona de Iberia! Alza la frente,

Tiende la vista; en iris de bonanza

Se torna al fin la tempestad sombría.

¿No oyes por el oriente y mediodía

De guerra y de matanza

Resonar el clamor? Arde la lucha,

Retumba el bronce, los valientes caen,

Y el campo, de humor rojo hecho ya un lago,

Descubre al mundo el espantoso estrago.

Así sus llanos fértiles Valencia

Ostenta, así Bailén, así Moncayo;

Y es fama que las víctimas de Mayo

Lívidas por el aire aparecían;

Que a su alarido horrendo

Las francesas falanjes se aterraban;

Y ellas, su sangre con placer bebiendo,

El ansia de venganza al fin saciaban.

Genios que acompañáis a la victoria,

Volad, y apercibid en vuestras manos

Lauros de Salamina y de Platea,

Que crecen cuando lloran los tiranos.

De ellos ceñido el vencedor se vea

Al acercarse al capitolio íbero:

Ya llega, ¿no le veis? Astro parece

En su carro triunfal, mucho más claro

Que tras tormenta el sol. Barred las calles

De ese terror que las yermaba un día;

Que el júbilo las pueble y la alegría;

Los altos coronad, henchid los valles,

Y en vuestra boca el apacible acento,

Y en vuestras manos tremolando el lino,

«Salve, exclamad, libertador divino,

Salve,» y que en ecos mil lo diga el viento,

Y suba resonando al firmamento.

Suba, y España mande a sus leones

Volar rugiendo al alto Pirineo,

Y allí alzar el espléndido trofeo,

Que diga: «Libertad a las naciones.»

Tal es, ¡oh pueblo grande! ¡Oh pueblo fuerte!

El premio que la suerte

A tu valor magnánimo destina.

Así resiste la robusta encina

Al temporal; arrójanse silvando

Los fieros huracanes,

En su espantoso vértigo llevando

Desolación y ruina; ella resiste.

Crece el furor, redoblan su pujanza,

Braman, y tiembla en rededor la esfera

¿Qué importa que a la verde cabellera

Este ramo y aquel falte, arrancado

Del ímpetu del viento, y luego muera?

Ella resiste; la soberbia cima

Más hermosa al Olimpo al fin levanta,

Y entre tanto meciéndose en sus hojas,

Céfiro alegre la victoria canta.

(Julio de 1808.)

Ariadna.

Se supone a Ariadna sentada en una actitud profundamente triste sobre una peña a la orilla del mar: a un lado una tienda, a otro un gran peñasco que se encorva sobre las aguas.

¡Nadie me escucha!... ¡Nadie!... El eco sólo,

Eterno compañero

De este silencio lóbrego, responde

A mi agudo clamor, y mudamente

Mi mal aumenta y mi dolor presente.

¿Y es aquesto verdad? ¿Pudo Teseo

Sin mí partir, y pudo

Desampararme así?... ¡Pecho de bronce,

De todo amor y de piedad desnudo!

¿Qué te hice yo para tan vil huida?

Le vi, le amé; mi corazón, mi vida,

Toda yo suya fui, toda... El ingrato,

¿Qué no me debe?... Encadenado llega

A la cretense playa,

Destinado a morir: su sangre odiosa

Al monstruo horrible apacentar debía,

Que en la prisión del laberinto erraba.

¿Qué hubiera él sido sin la industria mía?

Entra, combate, vence, y coronado

De nueva gloria se presenta al mundo.

Esto era poco: enfurecida y ciega,

Frenética después, mi hogar, mi padre,

Todo lo olvido a un tiempo, y me confío

Al amable impostor, enajenado

Con su halago y su amor mi tierno pecho;

¡Falso amor, falso halago! ¿Qué se han hecho

Pasión tan viva y perdición tan loca?

Yo lloro aquí desesperada en tanto

Que el pérfido se ríe

De mi amor lamentable y de mi llanto.

Pero no; ¿cómo es posible

Que tan deliciosos lazos

Así los haga pedazos

Una horrenda ingratitude?

(Levántase exaltada hacia la tienda.)

¡Ah! no es posible. ¡Oh lecho! tú que has sido

Testigo de mi gloria y mi contento,

Vuélveme al punto el bien que en ti he perdido.

¡Así mientras sus labios me halagaban,

Y en tanto que sus brazos me ceñían,

Ya allá en su pecho las traiciones viles

Este lazo fatal me preparaban!

¡Oh unión inconcebible

De perfidia y placer! ¡con qué, engañoso

Puede ser el halago, y la ternura

Lleva tras sí maldad y alevosía!

Yo triste, envuelta en la inocencia mía,

Al delirio de amor me abandonaba.

Tú sabes cuál mi seno palpitaba,

Tú viste cuál mi sangre se encendía,

Y cómo de su boca engañadora

Deleite, amor y perdición bebía.

Dos ayer éramos,

Y hoy sola y mísera

Me ves llorando

A par de ti.

Mira estas lágrimas,

Mírame trémula,

Donde gozando

Me estremecí.

¿Qué se hizo el pérfido?

Mi angustia muévate,

Y haz que volando

Torne hacia mí.

Vuelve, adorado fugitivo, vuelve,

Yo te perdono. El ardoroso llanto

Que ora inunda mi rostro y me le abraza,

Enjugarás; reclinaré en tu pecho

Mi atormentada frente, y aplicando

Tu mano al corazón, verás cuál bate

De anhelo palpitante y de alegría.

Mas ¡oh mísero y ciego devaneo!

Mientras imploro al execrable amigo,

Lleva el viento consigo

Mi gritar, mi esperanza y mi deseo.

¡Y esto, oh dioses, sufrís! ¡Y va seguro

Y contento el perjuro

Por medio de la mar, que le consiente

Sin abrirse y tragarle!... ¡Oh tú, divino

Astro del el aro día, sol luciente,

Sagrado autor de la familia mía!

Mira el trance terrible a que he venido

Mírame junto al mar volver llorando

La vista a todas partes, y en ninguna

Asilo hallar a mi fatal fortuna

Mírame perecer sin un amigo

Que dé a mi suerte lamentable lloro.

¿Donde, dónde volverme? ¿A quién imploro?

«Muerte, no hay medio, muerte; «este es el grito

Que por do quiera escucho; ésta la senda

Que encuentro abierta a mi infelice suerte.

Brama el mar, silva el viento, y dicen: «Muerte.»

Y muerte hallaré yo... Las ondas fieras

Que senda amiga al seductor abrieron,

Me la darán... ¡Qué horror! Un sudor frío

Baña mi triste frente, y el cabello

Se eriza... Sí... Las veo;

Las furias del averno me arrebatan

Tras de sí a fenecer... Voy desgraciada

Víctima del amor...

...¡Ah! ¡Si el ingrato

Presente ahora a mi dolor se hallara,

Quizá al verme llorar también llorara!

¡Más no, mísera! Muere; el mar te espera,

El universo te olvidó, los dioses

Airados te miraron,

Y sobre ti, cuitada, en un momento

El peso de su cólera lanzaron.

¡Oh qué triunfo tan bárbaro y fiero!

Avergüénzate, cielo tirano,

avergüénzate, o dobla inhumano

Mi tormento y tu odioso rencor.

¿Dudo? ¿Temo? ¿A qué atiendo? ¿Qué espero?.

Dame ¡oh mar! en tu seno un abrigo,

Y las ondas escondan conmigo

Mi infortunio, mi oprobio y mi amor.

(Arrójase al mar.)

A Guzmán el Bueno.

Ya con lira sonora

Himnos di a la beldad hija del cielo,

Y a amor cante que sin cesar la adora;

Mas ¿cómo al fin mi generoso anhelo

Podrá exaltarse de la hermosa fama

Hasta el templo inmortal? Ella me llama,

Y ya en mi pecho hierve

El canto de loor, sin que mis ojos

En esta sirte miserable vean

El grande objeto que ensalzar desean.

¿Cantara yo las haces españolas

En Pirene temblando al eco horrendo

Con que Mayorte en rededor rugía?

¿O a las naves británicas huyendo

Nuestra mísera escuadra entre las olas,

Amedrentadas ya con su osadía?

No, España, patria mía;

No son eternas, no, las torpes huellas

Que de tu noble frente

Empañan el honor; tú en otros días,

Con victorioso patriotismo bellos,

De gloria ornada y esplendor te vías.

¡Ah! ¿por qué yo infeliz no nací en ellos?

Entonces los Alfonsos esforzados,

El hijo de Jimena y gran Rodrigo,

Rayos horribles de la gente mora,

Con sus nervudos brazos no cansados

Desolación del bárbaro enemigo

Eran siempre en la lid espantadora.

¿Quién diera a mi deseo

Tantos lauros contar? Cada llanura

Fue campo de batalla,

Cada colina vencedor trofeo

Los sitios mismos que el baldón miraron,

Miraron la venganza, y las afrentas

En torrentes de sangre se lavaron.

«Venid, venid, el árabe decía,

Volad, hijos de Agar; ya los esclavos

El yugo intentan sacudir que un día

En su arrollado cuello

Vuestro valor indómito cargara.

¿Lo sufriréis? Las naves aprestemos

Y el ancho valladar con que el destino

La Europa y Libia dividió salvemos.

Venid, venid; que nuestra fiera saña

Estremecida España

Sienta otra vez; acometed, y abiertas

De Calpe y de Tarifa os son las puertas.»

Mas no las puertas de Tarifa entonces

Al pérfido Julián obedecían;

El valor y el honor las defendían;

El honor y el valor que siempre fueron

Escudo impenetrable el más seguro.

¿Qué sin ellos valer el alto muro

Ni el grueso torreón jamás pudieron?

El hombre es sólo quien guarnece al hombre.

¡Oh pueblo numantino!

¡Oh sagrada ciudad de alto renombre!

¿Quién sino tu constancia te ceñía

Cuando las olas del poder romano

Sobre ti vanamente se estrellaban,

Y sus feroces águilas temblaban?

Tal Guzmán impertérrito defiende

La fortaleza en donde

Quebrada el moro su pujanza vía;

Que ataca en vano, y de furor se enciende,

Y truena, al fin, con la espantable saña

De nube que se rompe

Con estruendo fragoso en la montaña.

«¿Así será que la esperanza mía

Un hombre solo a contrastar se atreva?

Oye, Guzmán: las leyes del destino

Esta prenda infeliz de tus amores

A mi venganza dieron:

Hijo es tuyo, ¿le ves? Si en el momento

Ante mis pies no allanas

La firme valla del soberbio fuerte,

Tú, que le diste el ser, tú le das muerte.»

Así la Iniquidad habla a la tierra,

Cuando, de orgullo y de poder henchida

Mueve a los hombres espantosa guerra.

¡Oh! ¡no tembléis! Magnánima a su encuentro

La virtud generosa se levanta,

Y sus soberbios ímpetus quebranta.

Ella elevó a Guzmán; de ella inspirado,

«Conóceme, tirano, respondía;

Y si es que espada en tu cobarde mano

Falta a la atrocidad, ahí va la mía;

Que yo consagro mi inocente hijo

Sobre las aras de mi patria amada.»

Esto sereno dijo,

Y arroja al campo la fulmínea espada.

Y estremécese el campo, y da un gemido

Al vacilar la víctima, do esconde

Su punta aguda el inclemente acero.

Calpe con gritos de dolor responde

Al grito universal, y del guerrero

También la faz valiente

Brotando riega involuntario el llanto.

¡Ah! tú padre de España eras primero;

Mira cuál ella la segura frente

Alza y su numen tutelar te aclama;

Mira a tu gloria despertar la fama,

Que, sus doradas alas desplegando

Y sonando la trompa refulgente,

Los grandes ecos de tu nombre envía

Del norte al mediodía,

Del templo de la aurora al occidente.

Y esta soberbia aclamación oyendo,

De horror y espanto el berberisco herido,

Huye al mar confundido,

Entre sollozos trémulos diciendo:

«Huyamos ¡ay! a nuestra ardiente arena.

¿Cómo arrancar la tímida paloma

Podrá su presa al águila valiente

Del aire vago en la región serena?

Quiébrase el cetro a la africana gente,

Su trono se hunde, y la cruel venganza

Del godo vencedor, estrago y ruina

Contra el ceno del África fulmina.»

Así temblando el musulmán huía

Del español guerrero,

Que sobre él centellando revolvía.

Bien como cuando su valor primero,

Sorprendido, el león pierde, y se amansa,

Y en sí el oprobio de servir consiente.

¿Cómo a tan vergonzoso vituperio

La generosa frente

Pudo ya doblegar? ¿Do fue el espanto

Que dio a la selva atónita su imperio?

¿Nació quizá para vivir esclavo?

No, que llega su vez, y ardiendo en ira,

Rompe, y se libra, y con feroz semblante

Del vil ultraje a la venganza aspira,

Bañando en sangre las atroces manos;

Y ruge, y amedrenta a sus tiranos.

(1800.)

La danza.

A Cintia.

¿Oyes, Cintia, los plácidos acentos

Del sonoro violín? Pues él convida

Tu planta gentilísima y ligera;

Ya la vista te llama,

Ya en la dulzura del placer que espera

El corazón de cuantos ves se inflama.

¿Quién ¡ay! cuando ostentando

El rosado semblante

Que en pureza y candor vence a la aurora,

Y el cuello desviando

Blandamente hacia atrás, das gentileza

A la hermosa cabeza

Reposada sobre él; quién no suspira,

Quién al ardor se niega

Que bello entonces tu ademán respira?

¡Con qué pudor despliega

De su cuerpo fugaz los ricos dones,

La alegre pompa de sus formas bellas

Vaga la vista embelesada en ellas;

Ya del contorno admira

La blanda morbidez, ya se distrae

Al delicado talle do abrazadas

Las gracias se rieron,

Y su divino ceñidor vistieron.

Ya, en fin, se vuelve a los hermosos brazos

Que en amable abandono,

Como el arco de amor, dulces se tienden;

¡Ay! que ellos son irresistibles lazos

Donde el reposo y libertad se prenden.

¡Oh imagen sin igual! Nunca la rosa,

La rosa que primera

Se pinta en primavera,

De Favonio al ardor fue tan hermosa;

Ni así eleva su frente la azucena,

Cuando, de esencias llena,

Con gentileza y brío

Se mece a los ambientes del estío.

Suena, empero, la música, y sonando,

Ella salta, ella vuela: a cada acento

Responde un movimiento, una mudanza

Vuelve siempre a un compás; su ligereza

De belleza en belleza

Vaga voluble, el suelo no la siente.

Bella Cintia, detente;

Mi vista, que te sigue,

¿No te podrá alcanzar? ¿Nunca podría

Señalar de tus pasos

La undulación hermosa,

La sutil graduación? Cuando suspiro

Al fenecer de un bello movimiento,

Otro más bello desplegarse miro.

Así del iris, serenando el cielo

Con su gayado velo,

En su plácida unión son los colores;

Así de amable juventud las llores,

Do, si un placer espira,

Comienza otro placer. Ved los amores

Sus mudanzas siguiendo

Y las alas batiendo,

Dulcemente reír: ved cuán festivo

El céfiro, en su túnica jugando,

Con los ligeros pliegues

Graciosamente ondea,

Y él desnudo mostrando,

Suena y canta su gloria y se recrea;

Y ella en tanto cruzando

Con presto movimiento,

Se arrebatada veloz: ora risueña

En laberintos mil de eterno agrado

Enreda y juega la elegante planta;

Alta ora levanta

Su cuerpo gentilísimo del suelo,

Batiendo el aire en delicado vuelo.

Huye ora, y ora vuelve, ora reposa

En cada instante de actitud cambiando,

Y en cada instante ¡oh Dios! es más hermosa

Atónita mi mente es conmovida

Con mil dulces afectos, y es bastante

Un silencio elocuente a darles vida.

Mas ¿qué valen las voces

A par del fuego y la pasión que inspiran

En expresión callada

Los negros ojos que abrasando miran?

¿A par de la cadena

Que, o bien me da de la amorosa pena

El tímido afanar, o en ella veo

La presta fuga del desdén que teme,

O el duelo ardiente del audaz deseo?

¡Salud, danza gentil! Tú, que naciste

De la amable alegría,

Y pintaste el placer; tú, que supiste

Conmover dulcemente el alma mía,

De cuadro en cuadro la atención llevando,

Y dando el movimiento en armonía.

Así tal vez de la vivaz pintura

Vi de la antigua fábula animados

Los fastos respirar. Aquí Diana,

De sus ninfas seguida,

Al ciervo en raudos curso fatigaba,

Y el dardo volador tras él lanzaba;

Allí Citeres presidiendo el coro

De las gracias rientes,

Y a amor con ellas en festivo anhelo,

Y en su risa inmortal gozoso el cielo;

El trono más allá cercar las horas

Del sol, miraba en su veloz carrera,

Y asidas deslizándose en la esfera,

Vertiendo lumbre iluminar los días.

¡Oh Cintia! tú serías

Una de ellas también, tú, la más bella;

Tú, en la que brilla la rosada aurora;

Tú, la agradable hora

Que vuelve en su carrera

La vida y el verdor de primavera;

Tú, la primera los celestes dones

Dieras al hombre de la edad florida;

Volando tú, rendida

La belleza inocente,

Palpitara de amor; y tú serías

La que, bañada en celestial contento,

Del deleite el momento anunciarías.

¡Oh hija de la beldad, Cintia divina!

La magia que te sigue

Me lleva el corazón; cesas en vano,

Y en vano desapareces, si aún en sueños

Mi mente embelesada

Tu imagen bella retratar consigue

La magia que te sigue

Me lleva el corazón: ya por las flores

Mire veloz vagando

La mariposa, o que la fuente ría,

De piedra en piedra dando,

O que bullan las auras en las hojas;

Do quier que gracia y gentileza veo,

«Allí está Cintia,» en mi delirio digo,

Y ver a Cintia en mi delirio creo.

Así vive, así crece

Por ti mi admiración, y arrebatada,

No te puede olvidar. Ahora mi vida

Florece en juventud. ¿Cómo pudieran

No suspenderla en inefable agrado

Tanta y tanta belleza que ya un día

Soñaba yo en idea,

Y en ti vivas se ven? Vendrán las horas

De hielo y luto, y la vejez amarga

Vendrá encorvada a marchitar mis días;

Entonces ¡ay! entre las penas mías

Tal vez en ti pensando,

Diré: «Vi a Cintia;» y en aquel momento

Las gracias, la elegancia,

Las risas, la inocencia y los amores

A halagarme vendrán; vendrá tu hermosa

Imagen placentera,

Y un momento siquiera

Mi triste ancianidad será dichosa.

A una negrita
Protegida por la duquesa de Alba.

En vano, inocente niña,
Cuando viniste a la tierra
Tu tierno cutis la noche
Vistió de sus sombras negras,
Y en vez del cabello ondeado
Que sobre la nieve ostentan
De su garganta y sus hombros
Las graciosas europeas,
A ti de crespas vedijas
Ensortijó la cabeza,
Que el ébano de tu cuello
A coronar jamás llegan.
¿A qué la risa en tus labios,
Y en tus ojos la viveza,
Y la gentil travesura
Con que la vista recreas,

Para arrancarte y traerte

De las áridas arenas

De la Libia a estos países,

Entre gentes tan diversas?

Allí vivió tu familia,

Allí crecer tú debieras,

Y allí en la flor de tus años

Tus dulces amores fueran.

Todo se trocó: los hombres

Lo agitan todo en la tierra;

Ellos a la tuya un día

La esclavitud y la guerra

Llevaron, la sed del oro,

Peste fatal; su violencia

Hace que los padres viles

Sus míseros hijos vendan.

¡Bárbara Europa!... Tú, empero,

Desenfadada y contenta,

Con dulce gracejo ríes

Y festiva travesas.

¿Cómo así? ¿Piadoso el cielo

Se dolió de tu inocencia

Cuando te miró en el mundo

De todo amparo desierta,

Y te concedió a ti sola

Lo que a tantos otros niega,

El olvidar sus desdichas,

Y alguna vez no saberlas?

«¿Yo desdichada? No, huésped:

Contéplame bien, contempla

Mi fortuna, y en envidia

Trocarás esas querellas.

Esclava fui, ya soy libre;

La mano que me sustenta

Miró con horror mi ultraje

Y quebrantó mis cadenas;

La misma que tantas almas

Esclavizó a su belleza,

Y cuyos ojos, si miran,

No hay corazón que no venzan.

Patria, familia y cariños

Me robó la suerte adversa;

Cariños, familia y patria

Todo lo he encontrado en ella.

Mira el maternal esmero

Con que ampara mi flaqueza,

Y la incansable ternura

Con que mi ventura anhela.

Cuando risueña me llama,

Cuando consigo me lleva,

Cuando en su falda me halaga,

Cuando amorosa me besa,

Tal hay que trocara entonces

Por mi humildad su soberbia,

Y por mi atezada sombra

Sus bellos colores diera.

Excusa pues de decirme

Que desdichada me crea:

¿Yo desdichada? No hay nadie

Que pueda serlo a par de ella.»

¡Oh bien hayan tus palabras!

¿Con que no siempre se cierran

Del poderoso en el templo

A la humanidad las puertas?

Crece, dulce criatura,

Vive, y monumento seas

Donde de tu amable dueño

Las alabanzas se extiendan;

Monumento más hermoso

Que el que a la vista presentan

Los soberbios obeliscos,

Las pirámides eternas.

Así tal vez arrancada

Vi de la materna cepa

Con la agitación del cierzo

La vid delicada y tierna,

Y a los firmes pies llevada

De la palma que descuella

Levantando por los aires

Su bellísima cabeza;

Allí piedad, allí asilo,

Allí dulce arrimo encuentra,

Allí sus vástagos crecen

Y su verdor se despliega.

Ella al generoso apoyo

Con lazo amante se estrecha;

Y el viento dando en sus hojas,

Himnos de alabanza suena.

A Fileno,
consolándolo en una ausencia

A par con mi amistad id, versos míos,

Id a Fileno, en cuyo pecho ahora

La hiel ingrata del dolor se ceba.

Él al fijar en vos sus tristes ojos
Exclamará tal vez: «Viva en mi amigo
Mi memoria es aún, viva en su seno
Late la compasión. Sierras fragosas,
Llanos inmensos, presurosos ríos
Le separan de mí, y enternecida,
De allá tan lejos su oficiosa mano
A embalsamar mis lágrimas se tiende.»

Llora, Fileno, llora: este consuelo
Señaló ya el destino a la amargura
Cuando en un tierno corazón se anida.
Yo lloraré contigo; aún en mi oído
Suenan los tristes dolorosos ayes
Que al partirse tu bien al viento dabas;
Te miro aún que, palpitante, opreso
Del congojoso afán, vuelves los ojos

Al sitio mismo en que arrancar la viste

De la rápida rueda, que sonando,

Tu pecho aún más que el pavimento hería.

«Ella se va», con falleciente labio

Hondamente exclamaste; y repitiendo

El eco: «Ella se va,» de amargo luto

Tu desolado corazón llenaba.

¡Oh momento cruel! Huyen entonces

La risa alegre y el festivo gozo

Del amante infeliz, huye el deleite

Que le inflamaba. En tan inmenso duelo,

¿Do su vista mover? ¿Hacia qué parte

Sus pasos llevará? Sólo un vacío

Mira, que el mundo en su tropel ruidoso

Ni llenó ni encubrió. ¿Dónde el halago?

¿Dónde el grato mirar? ¿Dónde los juegos?

Aquel continuo querellarse, aquellas

Iras dulces de amor, nubes suaves

Que su serena faz tal vez cubrían,

Y a deliciosa paz luego tornaban...

Todo huyó, todo fue: pasa un momento,

Llega el siguiente, y el dolor tan solo

Con su amarga lazada es quien los une.

Volaban antes las fugaces horas,

Volaban, y a par de ellas el deseo

Avivaba su ardor; tras él venía

La esperanza feliz vertiendo flores,

Y de ilusiones mágicas ornada;

Coronábala el goce, y luego el curso

De afán tan delicioso renacía;

Ansiábase otra vez, y se esperaba

Y se gozaba. ¡Ay Dios! Ya ¿qué le resta?

Amar, penar, gemir: tal su destino,

Tal es su triste y perdurable empleo.

¿Y qué? ¿Cerradas al ausente fueron

De un consuelo feliz las sendas todas?

No, amigo, no: si en tu afflicción amarga

Te tienes por el ser más infelice

De los que inflama amor, corre a la selva,

Corre, y en ella la frondosa cima

Deu un álamo verás alto y pomposo

Que aquel recinto de verdor corona

Y entre sus frescos y gallardos ramos

Contempla el nido desolado y yermo

Que fue altar de placer, y ora es de llanto.

Dos tórtolas en él... ¿Quién compasivo

No lamentó su desastrada suerte?

Brilló el color del cielo en su plumaje,

Y el fuego del amor ardió en su seno.

Juntas las miró el sol, juntas la noche.

Juntas volar a su cristal la fuente,

Juntas el valle; el eco embebecido

Su arrullo enamorado redoblaba.

Y al fin llegó la hora fatal: salieron,

Y sus ligeras alas desplegaron.

Infelices, ¿do vais? Torced el vuelo,

En el bosque no entréis; y no me escuchan;

Y siguiendo inocentes su camino,

Dulces besos se dan, y amantes juegan.

Y de repente, al espantoso estruendo

De la tronante pólvora silvando,

Salió el plomo mortífero; un gemido

Dio el viento en derredor; volvió los ojos

Azorada la tórtola a su amado,

Que abierto el bello seno y moribundo,

La miró y espiró. «Cayó», gritaba

Bárbaro el cazador, cayó; y en tanto

Huye, y huyendo la infelice viuda,

Hiende la esfera en lastimosos gritos.

Y ronca y sorda de gemir, su vuelo

Lejos allá sentó, do triste y sola,

Ningún viviente su dolor distrae;

La muerte implora allí, la muerte airada

Se niega a su clamor, y envenenado

El curso puro de sus dulces días,

Los vive en llanto y sempiterno luto.

¡Mísera! que al destino ni aún es dado,

Con ser tan poderoso, devolverle

Su malogrado bien. ¡Oh! ¿Qué es la ausencia,

Qué son los breves límites que ahora

A ti te parten de tu bien, Fileno;

Límites que traspasan los suspiros,

Y por do hienden del amor las alas,

Con ese eterno y lóbrego silencio,

Con ese abismo impenetrable y hondo

Que hay del ser al no ser, que hay de la vida

Al sueño helado de la tumba oscura?

Y al fin, en pena tal, si amargo el duelo,

Si es inmenso el afán, llorase entonces

Un corazón donde el amor ardía;

Que el pecho entonces resonando en ayes,

Sobre él su trono la tristeza asiente,

Si, justo es el dolor, pene el amante,

Pene, y en llanto funeral inunde

Del bien perdido las cenizas frías.

Mas cuando al tierno amor asaltan fieros

El puñal del desprecio, la ponzoña

de la doblez, los hielos del olvido,

¡Triste mil veces, triste el miserable

Que a tales plagas condenado gime!

¿Quién fue el tigre cruel, quién fue el ingrato

Que un sentimiento tan hermoso y puro,

Al hombre dado en el amor del cielo,

Con ellas corrompió? Del negro abismo

Se desataron a infestar la tierra,

A marchitar de la beldad las rosas,

A desmayar la juventud. Entonces

Cuantas las flores de esperanza fueron,

Tantos cuchillos de dolor se clavan.

Ama, y ¡quién lo creyera! su tormento

Más grande es el amar; la llama ardiente,

A pesar de su afán, crece en su seno;

Y devora y abrasa, y sus entrañas

Con insano furor vuelve en pavesas.

¡Oh lastimoso y miserable estado,

Do de continuo el corazón se lleva

De la rabia al dolor! Nunca la aurora

Le hallará al despertar embebecido

Ya en la memoria del placer pasado,

Ya en la esperanza del placer que viene.

Duerme agitado, empero, y despertando,

Siente la hiel que le atosiga, y llora

De viva afrenta y de vergüenza En vano

Mueve la planta a huir; ¿podrá el mezquino

De sí mismo escapar? Honda en el seno

La enarbolada flecha trae consigo,
Y mientras huye más, más se la clava;
Que si el olvido al parecer despliega
Su suspirado velo, y un momento
Cesa el afán, ¡ay si los ojos miran
La tirana beldad que antes ansiaron
Hinchase el corazón, el pie vacila,
Y a andar se niega; por sus miembros todos,
Que la vida abandona, un sudor frío
Vaga y triste temblor; turbios los ojos
Y en ronco son zumbando los oídos,
Ni ve ni escucha; la profunda llaga
A abrirse torna con furor, y en ella
Se dilata el raudal de la amargura.
¡Piedad del infeliz! ¿Su resistencia
Ha de ser por demás? Si de su pecho

Quiere arrancar tal vez la bella imagen

Que amor grabó con su buril de llama,

¿En vano esfuerzo la impotente mano

Desgarrará su corazón y entrañas,

Y quedará inviolable entre despojos

Allí reinando el ídolo sangriento?

Más valiera no amar; sí, más valiera,

Cual se huye el silvo de engañosa sierpe,

Esquivar la beldad, y a sus halagos

Con bronce duro amurallar el pecho.

Amor, terrible amor, yo, que en tributo

Te di el abril de mis floridos días,

Y tantas veces adorné tu pompa,

Detrás del carro triunfador traído;

Yo sé que a tu violencia y tus furores

Nada puede bastar; sé que mi pecho,
Bien como el hielo se deshace en agua
De Febo al rayo en el ardiente estío,
Tal se deshace al contemplar la risa
De una boca rosada, al ver los orbes
De un seno que palpita, al ver los ojos
Que halagüeños mirando centellean.
¿Cómo a tal prueba resistir podría
Tan flaco luchador? Días si otro tiempo
Llega en que torne a obedecer tus leyes,
Leyes de vida y de esperanza sean,
No de engaño o desdén. Contento entonces,
Rosas suaves me serán tus grillos,
Y adorno al cuello el ponderoso yugo.
Doy que, envidioso a mi ventura el cielo,
Me arranque entonces de mi bien, y airado

Doy que me esconda en el opuesto polo.

Yo lloraré, pero amaré mi llanto

Y amaré mi dolor. ¿Podrá la suerte

La memoria cegar? Siempre al oído

Me halagará sonando el blando acento

De la divina voz, cuando amorosa

Por la primera vez se dijo mía.

Mis labios luego el delicioso néctar

Renovarán que de su fresca boca

Mi amor libara en los primeros besos.

Lejos de ella estaré; pero anhelante

Preguntaré a los céfiros que vuelan,

preguntaré a los ecos que responden;

Y acordes todos me dirán: «Te adora.»

Lejos de ella estaré; más lleno de ella

Saldré a los campos, y embebido y solo

En cada flor contemplaré su imagen;

Que también ella es flor. Las ondas puras

Del plácido arroyuelo en sus remansos

Me la darán; me la dará la noche

En su faz melancólica y sombría,

En su fulgor hermoso las estrellas,

En su ilusión dulcísima los sueños.

Tú así también de tu dichoso tiempo

Podrás, Fileno, renovar la gloria:

Busca la soledad, ella en sus brazos

Dio siempre al triste favorable asilo;

Y dulce y melancólica, en su seno,

Renovando memorias deleitosas,

Templará tu amargura. Huye la vista

De esos hombres de mármol, que crueles

A los suspiros del dolor se cansan

O con mofa sacrílega le siguen;

fluye de ellos, en tanto que tu amigo

Alas le pide a la amistad, y vuela,

Y llega, y estrechándote a su pecho,

El raudal de tus lágrimas mitiga.

Al combate de Trafalgar.

No da con fácil mano

El destino a los héroes y naciones

Gloria y poder: la triunfadora Roma,

Aquélla a cuyo imperio

Se rindió en silenciosa servidumbre

Obediente y postrado un hemisferio,

¡Cuántas veces gimió rota y vencida

Antes de alzarse a tan excelsa cumbre!

Vedla ante Aníbal sostenerse apenas

Sangre itálica inunda las arenas

Del Tresin, Trebia y Trasimeno ondoso;

Y las madres romanas,

Como infausto cometa y espantoso,

Ven acercarse al vencedor de Canas.

¿Quién le arrojó de allí? Quién hacia el solio

Que Dido fundó un tiempo, sacudía

La nube que amagaba al Capitolio?

Quién con funesto estrago

En los campos de Zama el cetro rompe

Con que leyes dio al mar la gran Cartago?

La constancia: ella sola es el escudo

Donde el cuchillo agudo

La adversidad embota; ella convierte

En deleite el dolor, la ruina en gloria;

Ella fija el dudoso torbellino

De la fortuna, y manda la victoria

Para el pueblo magnánimo no hay suerte.

¡Oh España! ¡Oh patria! El luto que te cubre

Muestre en tan grave afán tu amarga pena;

Pero espera también, y con sublime

Frente, de vil abatimiento ajena,

La alta Gades contempla y sus murallas

Besadas por las olas,

Que asombradas aún y enrojecidas

Tiéndense allí por las sonantes playas,

Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el bretón en el soberbio alcázar

Que corona su indómito navío,

Y ufano con su gloria y poderío,

«Allí están, exclamó; volved los ojos,

Compañeros, allí: nuevos despojos

Ya vuestra invicta mano

Ya a conseguir en los endebles pinos

Que España apresta a su defensa en vano.

Libre de esclavitud no sea ninguno

Hijos somos nosotros de Neptuno,

¿Y ellos asan surcar el Océano?

Acordaos de Abukir: sólo un momento

¡Llegar, vencer y devorarlo sea!

Dadme este triunfo, y de laurel ceñido

Que el opulento Támesis me vea.»

Dijo; y tiende la vela: ellos le siguen

Abriendo el mar con sus nadantes proras

Del viento y de las ondas vencedoras;

Mientras que firme el español los mira,
Y despreciando su arrogancia fiera,
El noble pecho palpitando en ira,
Con impávida frente los espera,
¡Ira justa! ¡Ardor santo! Esos crueles,
Bajo las alas de la paz seguros.
Son los que nuestra sangre derramaron
Por vil codicia, a la amistad perjuros;
Esos los que a perpetua tiranía
Condenaron el mar, los que hermanaron
Del poder la insolencia y la soberbia
Con la rapacidad y alevosía;
Esos... La noche con su negro manto
Envuelve el mundo: sombras espantosas
Entorno de los mástiles vagando,
Estragos, muerte anuncian, y acrecientan

La pavorosa espectación; el día

Abre el campo al furor, y horrendo Marte

Con clamores de guerra hinche la esfera

Y levanta en los aires su estandarte.

Responde a esta señal el hueco bronce,

Con mortal estampido el eco truena,

Y por el mar llevándose bramando,

Hasta en las costas de África resuena.

Vuelan, movidas de rencor, las naves

Con naves a encontrar: menos violentas

Despide el polo austral sierras de hielo,

Que con su mole inmensa y resonante

Por las fáciles ondas se deslizan,

Y al audaz navegante atemorizan

Ni con estruendo igual turban el cielo

Las negras tempestades,

Cuando por Bóreas y Euro embravecidas,

A su furiosa guerra y duro encuentro

Hacen del orbe estremecerse el centro.

Tres veces fiero el insular se avanza,

Creyendo en su pujanza

Romper de nuestra escuadra el fuerte muro;

Tres veces rechazado

Por el hispano esfuerzo, ya dudosa

Ve la victoria que esperó seguro.

¿Quién su despecho pintará y su saña

Cuando aquel pabellón, antes tan fiero,

Miró invencible al pabellón de España?

No hay saber, no hay valor, solo ya fía

Su fortuna al poder: dobla sus naves

Y las redobla, en desigual pelea,

De popa a proa, en uno y otro lado

Cada español navío

De mil rayos y mil es contrastado;

Y él, con igual aliento

Que recibe la muerte, así la envía.

No: si cien voces yo, si lenguas ciento

Me diese el cielo, a numerar bastara

Las ínclitas hazañas de aquel día:

El humo al sol se las robaba entonces;

Pero la fama las dirá en su trompa,

Las artes en sus mármoles y bronces.

Llega el momento en fin, tiende la muerte

Su mano horrible y pálida, y señala

Víctimas grandes: el valiente Alcedo,

Castaños, Móryua, intrépidos perecen

Vosotros dos también, honor eterno

De Bética y Guipúzcoa... ¡Ah, si el destino

Supiese perdonar! ¿Cómo a aplacarte

La oliva no bastó que unió Minerva

A los lauros de Marte en vuestra frente?

¿Qué a vuestra ilustre indagadora mente

Pudo ocultar el mundo o las estrellas?

De vuestras sabias huellas

Llenos están de América los mares,

Las Cícladas lo están; viuda la patria

De tantos héroes que enlutada llora,

Pide a su corazón lágrimas nuevas

Que a vuestro acerbo fin derrame ahora.

¡Ah! ¡Vivierais los dos! Y en vez de llanto,

Del dolorido canto

Que mi fúnebre acento hoyos consagra,

Pudiera yo contraponer el pecho

Al golpe atroz y recibir la herida

Diera a la patria así mi inútil vida,

¡Y vivierais los dos! Y ella orgullosa

Con vuestra luz y espíritu valiente,

Al arduo porvenir hiciera frente,

De rayos coronado y victoriosa.

No, empero, sin venganza y sin estrago,

Generoso escuadrón, allí caíste

También brotando a ríos

La sangre inglesa inunda sus navíos;

También Albión pasmada

Los montes de cadáveres contempla,

Horrendo peso a su soberbia armada;

También Nelson allí... Terrible sombra,

No esperes, no, cuando mi voz te nombra,

Que vil insulte a tu postrer suspiro:

Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.

¡Oh golpe! ¡Oh suerte! El Támesis aguarda

De las naves cautivas

El confuso tropel, y ya en idea

Goza el aplauso y los sonoros vivas

Que al vencedor se dan. ¡Oh suerte! El puerto

Solo le verá entrar pálido y yerto:

Ejemplo grande a la arrogancia humana,

Digno holocausto a la aflicción hispana

Así el furor de Marte

impele el brazo de la parca, y siega

Vidas sin fin: lanzado por la rabia

Cunde el fuego voraz, las tablas arden,

Un volcán encendido

Es cada bosque, por los aires vagos

Se alza y retumba el hórrido estallido,

Y los sepulta el mar. ¿Hay más estragos?

Sí; que el cielo, ominoso a tal porfía,

Manda a los aquilones inclementes

Separar los feroces combatientes

Y en borrascosa noche hundir el día.

Lo manda; ellos crueles,

Azotando las ondas con sus alas,

Se arrojan a los míseros bajeles.

Al nuevo asalto, al sin igual combate

Fallece el árbol trémulo y se abate;

Hiéndese la armazón, el Océano

Por el roto entrepuente entra bramando;

Y moribundo el español exclama:

«¡Ah! Peciase yo, pero lidiando.»

En tan atroz conflicto

Allá en las nubes la gloriosa frente

Asomaban los fuertes campeones

Que armados del tridente y del acero

Al pabellón íbero

Hicieron humillarse las naciones.

Lauria y Tovar se vían,

Avilés y Bazán, que, saludando

A los héroes de Hesperia que morían,

«Venid entre nosotros, les decían;

Venid entre los bravos que imitasteis.

Ya el premio hermoso del valor ganasteis

Ya a vuestro ejemplo de constancia armada

España; concitando sus guerreros,

Magnánima se apresta a nuevas lides

Volved la vista a la ciudad de Alcides

Gravina, Escaño, y Álava, y Cisneros,

Y otros ciento allí están, firme coluna,

Dulce esperanza a nuestro patrio suelo:

Venid, volad al cielo,

Y sed astros de esfuerzo y de fortuna.»

(1805.)

A Célida.

Hoy fue, ¡mísero! hoy fue cuando, irritado

Amor del ocio en que yacer me vía,

Tornó a embestir mi corazón cuitado.

Era de mayo el más hermoso día,

Cuando naturaleza ostenta ufana

Toda su gentileza y bizarría,

Cuando más vivo el sol reina en la esfera,

Cuando en ramos la selva, el campo en florea,

En perfumes el aire, donde quiera

Todo respira amor y manda amores.

Entonces fue cuando a los ojos míos

Se presentó mi dulce vencedora:

¡Oh cuán hermosa! El mundo parecía

Que, cuidadoso de aumentar su gloria,

De toda aquella pompa se vestía

Por festejar su triunfo y su victoria.

La vi, templé, me estremecí: vencido

Vi ya que iba a quedar de tanto halago;

Pero no pude huir: su blando acento

Hasta el seno mas hondo y escondido

Llegó del pecho, y completó el estrago.

Sacude al punto amor la abrasadora

Antorcha que arma su terrible mano

«Arde», me dijo; y la escondió encendida

Toda en mi corazón: «arde, esta llama

Que ora en ti prende, irresistible, inmensa,

Sea de hoy más el tormento de tu vida,

Y también tu delicia y recompensa.»

Ya un giro ha dado con su carro de oro

Desde entonces el sol al alto cielo,

Y no cesa un momento el vivo anhelo

Que me arrebatara tras la luz que adoro.

Crecen corriendo hacia la mar los ríos,

Crece amando mi amor. Célica hermosa,

¿Cómo es posible que inmortal no sea

Este puro, este noble sentimiento

Que todas mis potencias señorea

Y es de mi ser el único alimento?

Tú te inspiraste, sí: mi alma abatida,

Cubierta de aflicción, sintió volverse

Por ti del bien a la ilusión perdida;

Tú le inspiraste. ¡Oh Dios! ¿Qué no alcanzaba

En mi agitado pecho Y mis sentidos

Tu poder celestial? Cuando halagüeña

Tus miradas tal vez a mí volvías,

Iris eras de paz que deshacías

El tormentoso horror de mis dolores,

Y yo sin defenderme, cada día

Iba en tus ojos a beber amores,

Y en tu risa Y tu hablar me embebecía.

Encantos ¡ay! por siempre vencedores,

¿Qué importa que el destino a mis sentidos

Inhumano os esconda, si presentes

Siempre estáis a mi ardiente fantasía?

Aquí os tengo, aquí os miro, aquí os adoro

Aún me embelesa el sin igual decoro

Que siempre reina en la nevada frente;

Aún contemplo la púrpura del alba

Vertida en su mejilla trasparente;

Y respirando sin cesar, me creo

Aquella pura y encendida rosa,

Aquel precioso aroma de las flores

En la boca gentil, nido de amores,

Donde la amable discreción reposa.

Sólo ya un Dios la centellante lumbre

Del sol desprender pudo, y en despojos

Darla por siempre a los celestes ojos,

Ojos que cuanto ven ceniza harían

Sin su inefable y grata mansedumbre.

¡Dichoso aquel que sin cesar los vea!

¡Y más feliz quien de sus dulces rayos

Buscado, ansiado y regalado sea!

¿Dónde está, dilo, amor, el que presume

Gloria tan alta? ¡Ah Célida! Quien sepa

En esa faz tan nítida y tan bella

Buscar, hallar la imperceptible huella

Del triste afán que dentro te consume;

El que presente te respete, y llore

Por volver a tus pies cuando esté ausente,

Si siente al fin como mi pecho siente,

Ese te ame feliz, ese te adore.

Vientos, en vuestras alas vagorosas

Llevalde ardiendo los suspiros míos:

Id, veloces venid, y en cambio al menos

Un recuerdo traed. Si ella me oyera

Pidiéndola a los campos, a las selvas,

Y a los mares también; dando a los aires

Su dulce nombre, que repite el eco

Con el acento triste y lamentable

Con que le oye de mí; si ella me viera,

Fijos los pies en la sonante playa,

Tender la vista a descubrir de lejos

De sus divinas luces los reflejos,

Yo sé que, a tierna compasión movida.

Venir dejara hacia su triste amante

Un rayo al menos de esperanza y vida.

Paréceme a las veces que, sensible,

Compasiva a mi afán, este retiro

Viene a honrar con su vista, a hollar el prado,

A respirar el aire que respiro.

¡Dichoso entonces yo! Voy a su lado

Al bosque, al campo, a la apacible orilla

Del amansado mar; y si descansa,

También con ella a descansar me siento.

Del sol un árbol mismo nos defiende

Con su umbroso dosel, y de su acento

El sabroso raudal mi alma suspende.

No la hablo yo de amor, que amor la ofende

Pero a par de ella estoy, y absorto y mudo

Contemplo a mi placer de su hermosura

La delicada flor; flor que no pudo

Ni aun ajar del dolor la mano dura

Y enternecido, «¡Ah Célida! prorumpo,

Tú sufres: un destino inexorable

El bien que indignamente a otros prodiga

A ti te niega, y lleno de amargura,

El cáliz del dolor tu labio apura.

Yo así le apuro, idolatrada amiga,

Yo así le apuro: la inclemente mano

Del destino también a mí me oprime,

Y de un pesar recóndito y tirano

También mi pecho destrozado gime.

¿Temes acaso? ¿Por ventura ignoras

Que el cielo dio por bálsamo a las penas

Contarlas y llorar?... Célica hermosa,

No es más puro el albor de la mañana

Que lo es mi ardor, ni amó con mas ternura

El dulce hermano a su querida hermana,

El nuevo esposo a su inocente esposa.»

Digo así, y entre tanto a la frondosa

Selva baja la noche, el sol apaga

Sus rayos en el mar, tú te levantas,

Y tierna y melancólica a andar vuelves;

Yo tierno y melancólico te sigo,

Embebido, extasiado en la ventura

De andar, de hablar, de respirar contigo

Los céfiros entonces nos halagan

Con su grato frescor, y de las ondas

Sacan la frente las neréidas bellas,

Y nos saludan... ¡Ay! así otras veces

Nos vieron juntos ir, nos saludaban

Así las ninfas del undoso río

En cuya alegre y plácida ribera

Vi tu belleza por la vez primera

Y rendí a tus encantos mi albedrío.

Hierva en tanto a mi vista el mar, y el viento

Su seno agita y amenaza airado;

Hierva también con él mi pensamiento,

Y en raudo torbellino arrebatado,

Vuelvo a ser de mis bárbaros pesares

A la antigua tormenta sacudido.

Ángel consolador. ¿dónde te has ido?

¿Qué has hecho de aquel bálsamo suave

Que sobre el triste corazón vertido,

Su acerba llaga mitigar solía?

Contrario el cielo a la ventura mía,

Me le robo, dejándome inclemente,

Con esta amarga soledad presente,

Recuerdos tristes de mi bien perdido.

Ángel consolador, ¿dónde te has ido?

Al mar.

Calma un momento tus soberbias ondas,

Océano inmortal, y no a mi acento

Con eco turbulento

Desde tu seno líquido respondas.

Cálmate, y sufre que la vista mía

Por tu inquieta llanura

Se tienda a su placer. Sonó en mi mente

Tu inmenso poderío,

Y a las playas remotas de occidente

Corrí desde el humilde Manzanares

Por contemplar tu gloria,

Y adorarte también, Dios de los mares.

Que ardió mi fantasía

En ansia de admirar, y desdeñando

El cerco oscuro y vil que la ceñía,

Tal vez allá volaba

Do la eterna pirámide se eleva

Y su alta cima hasta el Olimpo lleva.

Tal vez trepar osaba

Al Etna mugidor, y allí veía

Bullir dentro el gran horno,

Y por la nieve que le ciñe en torno

Los torrentes correr de ardiente lava,

Los peñascos volar, y en hondo espanto

Temblar Trinacria al pavoroso trueno;

Mas nada, ¡oh sacro mar! nada ansié tanto

Como espaciarme en tu anchuroso seno.

Heme en fin junto a ti: tu hirviente espuma

El alto escollo sin cesar blanquea

Do entre temor y admiración te miro.

Inquieto centellea

En tu cristal el sol, que al occidente,
De majestad vestido, huye y se esconde.
¿Dónde es tu fin? ¿En dónde
Mis ojos le hallarán? Con pie ligero
Tú te tiendes y corres, y llevado
Cual en las alas de aquilón sonante,
Mi espíritu anhelante
Te sigue al Ecuador, te halla en el polo,
Y endeble desfallece
A tanta inmensidad. ¿Te hizo el destino
Para ceñir y asegurar la tierra,
O en brazo aterrador a hacerle guerra?
¡Ay! que ese resonante movimiento
Me abate el corazón. Yo vi las mieses
Agitadas del viento
En los estivos meses,

Y dóciles y trémulas llevarse,

Y en seco son de su furor quejarse.

Vi el vértigo del polvo, y vi en las selvas,

Contrastados también los altos pinos,

Sacudirse y bramar; mas no este ciego,

Este hervir vividor, estas oleadas

Que llegan, huyen, vuelven,

Sin cansarse jamás: tiembla la arena

Al golpe azotador, y tú rugiendo

Revuélvete y sacudes

Una vez y otra vez: al ronco estruendo

Los ecos ensordecen,

Los escollos más altos se estremecen.

Cesa ¡oh mar! Cesa ¡oh mar! Ten, compasivo,

Piedad del flaco asiento

Que me sostiene exánime y pasmado.

¿No me oyes, no? ¿Y violento

Te ensoberbeces más? Ya desatado

El horrendo huracán, silva contigo.

¿Qué muralla, qué abrigo

Bastarán contra ti? Negras las olas

A manera de sierras se levantan,

Y en hondos tumbos y rabiosa espuma

Su furia ostentan y mi pecho espantan.

¿Llegó tal vez el día

En que, tras tanta guerra,

El paso vencedor des en la tierra,

Y bramando allá dentro, envuelvas ciego

Playas, imperios y hombres infelices,

Y al hondo abismo los sepultes luego,

Como cuando en tu vértigo espantoso

La Atlántica se hundió? Con fuerte mano

Las zonas todas de la tierra asidas,

Burlar pensaban tu furor, y en vano;

Que al golpe redoblado, impetuoso,

El eje poderoso

Se sintió vacilante, y estallando

Perdió su alto nivel: luchando entonces

Las ondas con las ondas se encontraron,

Y horrísonas cayeron,

Y el orbe estremecido desgarraron.

¿Do la región vastísima que un día

Desde Atlas a la América corría?

Destrozada, anegada, hoy solo dura

En la fragosa altura

Que de tanto furor salvó la frente

Dura ya solo en la memoria oscura,

Que lleva, ¡oh insano mar! de gente en gente

Los ecos voladores

De tu antigua violencia y tus horrores.

¡Y tanta fue del hombre la osadía,

Que los quiso arrostrar! Sube a los montes,

Y la tenaz porfía

De su mordaz segur humilla al suelo

Al cedro que resiste a las edades,

Al pino que se esconde allá en el cielo.

Gimieron ambos cuando, al mar lanzados,

En nadantes alcázares miraron

Trocar su antiguo ser y su destino,

Y al aire dando el vagoroso lino,

Los leves campos de cristal surcaron.

Adiós, amada playa; adiós, hogares:

El hombre audaz en la orgullosa popa

Os mira, os huye, y por los anchos mares

Al volver de las ondas se confía.

En vano el rumbo le negaban ellas;

Él le arrancó en el cielo

Al polo refulgente y las estrellas.

¿Qué pudo desde entonces

Negarse a su anhelar? Fiero y sañoso

El alto tormentorio amenazaba;

Con un mar de terror y proceloso

Las puertas del oriente defendía;

Mas vuela, rompe, y le sorprende Gama,

Y los hijos de Luso al punto hollaron

El golfo indiano y la mansión de Brama.

Colón, arrebatado.

De un numen celestial, busca atrevido

El nuevo mundo revelado a él sólo;

Y tres veces el polo

Ve al impávido Cook romper los hielos

Que a fuer de montes su rigor despide,

Descubriendo el secreto vergonzoso

Del yermo inmenso a que sin fin preside.

¡Gloria eterna a sus nombres! ¡Dadme rosas,

Dadme lauro inmortal que adorne y ciña

Sus frentes generosas!

Mirad la tierra a su divino esfuerzo

Enriquecerse toda, y mil tesoros

De su fecundo seno

Benéfica brotar; mirad la aurora

Unida al occidente,

Y al septentrión el sur. A este portentoso

Furioso el Océano,

Es fama que gritó: «¡Con que es en vano

Haber yo roto el orbe, y que, tendiendo

El valladar profundo

De mis terribles ondas,

Un mundo haya negado al otro mundo!»

¿Cómo después tan abundosa fuente

De amistad y de unión tornarse pudo

De estragos y violencias

Perenne manantial? Se alzó insolente

La vil codicia, y navegar con ella

Se vio el odio fatal en los navíos.

¿No era bastante, impíos,

Los vientos escuchar que en torno braman,

Los escollos temblar, mirar el cielo

Cubrirse todo de espantosas nubes

Y ardersen en rayos, a los pies hirviendo

Sentir el mar sañudo,

Y una tabla sutil ser vuestro escudo;

Sin que a tan tristes plagas

Añadieseis también la plaga horrenda

De la guerra cruel? Ardiendo en ira

Ella cruza, ella agita, Y atronado

El ponto, en sangre enrojecer se mira.

Guerra: ¡bárbaro nombre! a mis oídos

Mas triste y espantoso

Que este mar borrascoso,

Tan terrible y atroz en sus rugidos.

¡Que no fuese yo un dios! ¡Oh cómo entonces

El horror que te tengo el universo

Te jurara también! Ondas feroces,

Sed justas una vez: ya que la tierra

Muda consiente que la hueste impía

De Marte asolador brame en su seno,

Vosotras algún día

Vengadla sin piedad: esas crueles,

Esas soberbias naos

Que, preñadas de escándalo y rencores,

Turban vuestro cristal con sus furores,

Del cielo y vientos contrastar se vean,

Y en ciego torbellino

Todas a un tiempo devoradas sean.

Tal vez así de la discordia el fuego

No osará profanar el Océano,

Tal vez el orbe dormirá en sosiego.

(1798.)

Fragmentos de una traducción del pastor Fido.

- I -

Discurso de Linco a Silvio.

Dime: si en esta tan alegre y bella
Estación, que renueva el mundo todo,
Vieses, en vez de florecientes valles,
De verdes prados y vestidas selvas,
Estar el fresno y el abeto y pino
Sin su usada frondosa cabellera,
Sin verdura los prados,
Sin flores los collados,
¿No dijeras tú, Silvio: «El mundo ahora
Se marchita y desmaya»?
Pues la sorpresa y el horror que entonces
De tan extraña novedad tuvieras,
De ti mismo la ten: dionos el cielo
Vida y costumbres a la edad conformes;
Y así como el amor nunca conviene

A pensamientos canos,

Así la juventud de amor contraria

Contrasta al cielo, y a natura ofende.

Mira en torno de ti: ¿ves la hermosura

Que adorna, Silvio, el universo ahora?

Ella es obra de amor: ama la tierra,

Ama también el mar, aman los cielos:

Aquella que allí ves luciente estrella,

Del alba precursora,

Bella madre de amor, de amores muere,

Y enamorada luce y enamora:

Mírala envuelta en esplendor y en risa;

Quizás en este punto el dulce seno

Deja del caro amante y sus delicias.

En bosques y florestas

Aman las fieras, y en las ondas aman

Las orcas graves y el delfín ligero.

El pajarillo aquel que dulcemente

Canta y lascivo vuela

Ya del haya al abeto,

Ya del abeto al mirto,

Si espíritu tuviese y voz humana,

«Yo me abraso de amor,» exclamaría.

Mas bien lo siente y en su voz lo dice,

Que su amada le entiende; y le responde

«A mí el fuego de amor también me inflama.»

Brama el toro en el campo, y cuando brama,

Al blando juego del amor convida

El león en el bosque

Ruge, y aquel rugido

Es solo de su amor dulce gemido.

Todo, en fin, ama, ¡oh Silvio! ¡Y Silvio solo

En cielo, en mar y en tierra

Será alma sin amor ni sentimiento!

¡Oh! deja ya las selvas,

Simple zagal...

- II -

Aminta y Lucrecia.

Te contaré la dolorosa historia

De nuestros males, que arrancar pudiera

Llanto y piedad a las encinas duras,

No solo a humanos pechos. En el tiempo

Que el sacerdocio santo era obtenido

Por jóvenes también, hubo un mancebo,

Noble pastor, y sacerdote entonces,

Llamado Aminta; el cual amó a Lucrecia,

Ninfa gentil a maravilla y bella,

Pero soberbia a maravilla y falsa.

Mostróse ella gran tiempo agradecida,

O lo fingió con vanas apariencias,

Al puro afecto del amante joven,

Y sustentóle de esperanzas falsas,

Mientras que el infeliz rival no tuvo.

Mas no bien fue de rústico mozuelo

Mirada la inconstante, cuando al punto,

Sin defenderse a su primer suspiro,

Al nuevo amor abandonóse toda

Antes que el mal se sospechase Aminta.

¡Mísero Aminta! que esquivado luego

Fue y despreciado tanto, que ni verle

Ni escucharle jamás quiso la impía...

Pues como al fin, tras el amor perdido,

Quejas también y lágrimas perdiere,

Vuelto, rogando, a la gran diosa: «¡oh Cintia

Dijo, si ya con inocentes manos

Y puro corazón el sacro fuego

En tu altar encendí, venga la llama

Que la pérfida ninfa en mí ha vendido.»

Oyó Diana el llanto y las plegarias

Del fiel amante, su ministro amado,

Pues respirando en la piedad la ira,

Acrecentó la cólera, y cogiendo

El arco omnipotente, lanzó al seno

De la mísera Arcadia inevitables

Y ocultos dardos de espantosa muerte.

Sin piedad, sin socorro perecían

Gentes de toda edad y de ambos sexos

Era tarda la fuga, el arte inútil,

Vano el remedio; y antes que el doliente,

El médico infeliz morir solía.

Una sola esperanza en tantos males

Quedó, y fue el implorar su auxilio al cielo

Consultado el oráculo, respuesta

Dio, clara sí, pero funesta y triste

Que Cintia estaba airada, y aplacarse

Sólo pudiera si la infiel Lucrina,

U otro de nuestra gente en lugar suyo,

En holocausto presentado fuese

Por las manos de Aminta a la gran diosa.

Ella en vano lloró, y esperó en vano

De su nuevo amador ser socorrida;

Que al fin, llevada con solemne pompa,

Fue miserable víctima a las aras;

Donde a los pies de su ofendido amante,

A aquellos pies de quien seguida en vano

Ya tanto fue, las trémulas rodillas

Dobló, esperando su infelice muerte

Del mancebo cruel. Aminta entonces

Intrépido desnuda el sacro acero,

Y en su rostro inflamado parecía

Que el furor y venganza respiraban.

A ella vuelto después, dijo, lanzando

Un gran suspiro anunciador de muerte:

«Aprende en tu miseria, infiel Lucrina,

Cuál amante seguiste, y cuál dejaste,

Contempla en este golpe.» Esto diciendo,

Clavó el cuchillo por su mismo seno,

Y cayó sin aliento en brazos de ella,

Víctima y sacerdote a un tiempo mismo.

A tan fiero espectáculo pasmóse

La misera doncella; pero al punto

Que recobró la voz y los sentidos

Dijo llorando: «¡Oh fiel, oh fuerte Aminta!

¡Oh amante que tan tarde he conocido,

Y me has dado muriendo vida y muerte!

Si fue culpa el dejarte, ora la enmiendo

Eternamente uniéndome contigo.»

Y esto diciendo, desclavó el cuchillo,

Teñido aún con la caliente sangre

Del tarde amado enamorado pecho;

Y atravesando el suyo, moribunda

Sobre Aminta cayó, que aun no bien muerto

De aquel golpe fatal suspiraría.

Tal fue de ambos el fin...

- III -
Corisca.

¿Quién ha visto jamás, ni quién ha oído

Más extraña pasión, más importuna,

Ni más loca también? Quién en un pecho

El odio a un tiempo y el amor unirse

Con temple tan sutil, que uno por otro

Se dilata y estrecha, y nace y muere?

Si desde el pie gallardo hasta el semblante

Miro yo la belleza de Mirtilo;

Si sus modales y su hablar contemplo,

Y su hermoso ademán y sus miradas,

Me asalta amor con tan violento fuego,

Que toda yo me abraso, y me parece

Que vence esta pasión todas las otras.

Mas si después contemplo el obstinado

Amor que tiene a mi mujer, y pienso
Que de mí no se cura, y que por ella
Desprecia mi beldad idolatrada
De mil almas y mil, tanto le esquivo,
Y le aborrezco tanto, que imposible
Se me hace haberle alguna vez amado,
Y que ardiese por él el pecho mío.
Me digo así tal vez «¡Oh si pudiese
Gozar de mi dulcísimo Mirtilo,
Tal que yo sola le tuviese, y nadie
Le poseyese nunca! Oh más que todas
Feliz Corisca» Y en aquel momento
Un ímpetu en mi seno se despierta,
Y hacia él tan dulcemente me arrebata,
Que a sus huellas seguir, y a suplicarle,
Y a descubrir el corazón camino.

¿Qué más? Así me punza este deseo,

Que si pudiera ser, le adoraría.

Por otra parte me revuelvo y digo:

«¡Un soberbio, un esquivo, un desdeñoso,

Uno que a amar otra mujer se atreve,

Un hombre que me mira y no me adora,

Y así de mi semblante se defiende,

Que no muere de amor! ¡Yo, que debía,

Como a tantos he visto, verle ahora

Abatido y lloroso a los pies míos,

Abatida y llorosa a los pies suyos

Podré verme caer! «Y en esta idea

Ira tal, y tal cólera concibo

Contra él, y contra mí, por haber vuelto

A mirarle la vista, el pecho a amarle,

Que odio más que la muerte el amor mío

Y el nombre de Mirtilo, y le quisiera

Ver el más infeliz, más afligido

Pastor que hubiese; y si le viera entonces,

Con mis manos allí le mataría.

Así el odio y amor, ira y deseo

Se combaten a un tiempo; y yo, que he sido

La llama de mil almas hasta ahora,

Y el tormento de mil, ardo y suspiro,

Y pruebo en mi dolor el mal ajeno.

Yo, que allá en la ciudad por tanto tiempo,

De amantes gentilísimos servida,

Fui siempre insuperable, y burlé siempre

Todas sus esperanzas y deseos,

Ya de un rústico amor, de un vil amante,

De un zagalejo humilde soy vencida.

¡Oh Corisca infeliz! en este punto,

Si desprovista de amador te vieras,

Di, ¿qué fuera de ti? Dime, ¿qué harías

Para calmar tu enamorada rabia?

Aprendan a mi costa hoy las mujeres

A conservar y a acumular amantes.

Si ni otro bien ni pasatiempo alguno

Que el amor de Mirtilo yo tuviese,

¡Cierto que rica de galán me viera!

Mil veces simple la mujer que a un solo

Amante llega a reducirse: ¡oh! nunca,

Nunca tan necia se verá a Corisca.

¿Qué es constancia? ¿Qué es fe? Fábulas vanas

Nombres imaginados por celosos

Para engañar las simples doncelluelas.

La fe en el pecho de mujer, si acaso

Fe en hembra alguna aposentarse puede,

No es bondad, no es virtud; es una dura

Necesidad de amor, ley miserable

De menguada beldad que ama a ti no sólo,

Porque amada de muchos ser no puede.

Mujer bella y gentil, solicitada

De muchedumbre de amadores dignos,

Si a uno se acerca y los demás despide,

O no es mujer, o si es mujer, es necia.

¿Qué vale la beldad cuando no es vista

Y si vista, no amada; y si es amada,

Amada de uno solo? Que en el mundo

Cuanto más dignos y frecuentes sean

De una mujer los amadores, tanto

La fama crece y alabanza de ella,

Y su esplendor y gloria se aseguran

En tener muchos Las discretas damas

Así vivir en las ciudades suelen;

Y las que son más bellas y más grandes

Con mayor libertad; siempre es entre ellas

Despedir un amante gran locura;

Hacen muchos así lo que uno solo

Quizá no hará: quién para dar es bueno

Quién a servir, quién a otra cosa es útil;

Y sucede tal vez que sin saberlo

Lanza el uno los celos que dio el otro,

O los despierta en el que no los tuvo.

De esta manera en las ciudades viven

Las mujeres ilustres, donde un día

Yo aprendí el arte del amor, guiada

De mi espíritu mismo, y del ejemplo

De una dama gentil que me decía

«Es preciso tratar a los amantes

Cual si fuesen vestidos: tener muchos;

Uno ponerse, y remudarlos todos;

Que el largo conversar causa fastidio,

Y el fastidio desprecio y odio al cabo.

Es grande error, Corisca, que una dama

Llegue su amante a fastidiar; tú cura

De que aquel que soltares salga siempre

Quejoso, y no cansado. Y así siempre

He procedido yo; gusto tenerlos

En grande copia; entretener los unos

Con los ojos, los otros con las manos,

Pasar al pecho el que mejor me agrada,

Y al interior del corazón ninguno.

¡Mas ay! que de esta vez yo no sé cómo

Ha venido Mirtilo, y me atormenta

Tanto, ¡infeliz! que a suspirar me obliga,

Y a suspirar de veras, y negando

A mis cansados miembros el sosiego,

También yo aprendo a desear la aurora,

Tiempo oportuno a los amantes tristes.

Cual ellos, ¡ay! por esta selva umbrosa

Ando buscando la adorada huella

De mi enemigo. ¿Qué le harás, Corisca?

¿Le rogarás? El odio no lo quiere,

Aunque lo quiera yo. ¿Le huirás? Ni aquesto

Lo consiente el amor, aunque debiera

Tal vez hacerlo así. Pues ¿qué resuelves?

Las súplicas primero y los halagos

Abrirán el camino, y descubierto

Le ha de ser el amor, mas no la amante;

Si esto no basta, acudiré al engaño;

Y si ni este tampoco, memorable

Venganza hará la cólera...

- IV -

El sátiro.

Cual hielo a plantas, sequedad a flores,

A ciervos red, a pajarillos liga,

Granizo a espigas, y gusano a trigo;

Así contrario amor fue siempre al hombre;

Y quien fuego le dijo, conocía

Su natural tan pérfido y malvado

Pues si el fuego se mira, ¡oh cómo es bello!

Y si se toca, ¡oh qué cruel! El mundo

Más espantoso monstruo no conoce

Como fiera devora, y como acero

Punza y traspasa, y como viento vuela;

Y donde afirma la imperiosa planta

Toda fuerza y poder cede a su fuerza.

No de otro modo amor, que si le miras

Ya en bellos ojos, ya en cabellos de oro,

¡Oh cual gusta y deleita! ¡Oh cual parece

Que solo paz respira y alegría!

Mas si te acercas mucho y si le pruebas,

Si comienza a bullir, y luego crece,

No tiene tigre Hircania, ni la Libia

León tan fiero, o pestilente sierpe,

Que en fiereza le venza o se le iguale;

Crudo más que la muerte y que el infierno,

Contrario a la piedad, ministro de ira,

Y finalmente, amor de amor desnudo.

¿Mas para qué hablo de él? ¿Por qué le culpo?

¿Es él la causa de que el mundo ahora,

Amando no, mas delirando peca?

¡Oh femenil perfidia! A ti se impute

De la infamia de amor toda la culpa.

De ti sola, y no de él, viene y se engendra

Cuanto de duro y de malvado tiene;

Pues él, de suyo blando y apacible,

Al punto pierda su bondad contigo.

Tú no le dejas penetrar al pecho,

Y de pasar al corazón las vías

Le cierras todas; por defuera sólo

Le adulas y le halagas, y es tan sólo

Tu cuidado, tu pompa y tu deleite,

De un afeitado rostro la corteza.

No son tus obras ya, ni ya te empleas

En pagar con tu fe la fe de amante,

En luchar, en amar, con quien te ama

Hacer de dos un corazón tan solo,

Y en una voluntad unir dos almas.

Pero te ocupas en teñir con oro

Un cabello insensato, ornar la frente

Con una parte de él envuelta en nudos,

Y lo demás, en red entretejido,

Prender el corazón de mil incautos.

¡Oh cuán indigno a un tiempo y fastidioso

Es el verte tal vez con los pinceles

Pintarte las mejillas, y las faltas

De natura y del tiempo andar borrando!

¡Hacer se torne en púrpura brillante

La triste amarillez, blanco lo negro,

Las arrugas lisura, y un defecto

Quitar con otro, y aumentarle acaso!

Y esto es nada, aunque tanto: son iguales

A las obras costumbres y caricias.

¿Qué cosa tienes tú que no sea falsa?

Si abres la boca, mientes; si suspiras,

Mentido es este suspirar; si mueves

Hacia alguno los ojos, la mirada

Es mentida también: todos tus actos,

Todo ademán, y lo que en ti se mira,

Y lo que no se mira, hables o pienses,

Andes o llores tú, cantes o rías,

Todo es mentira, y aun aquesto es poco.

Vender más bien a quien mejor se fía,

Al más digno de amor amarle menos,

Y aborrecer la fe más que la muerte,

Tales las artes son que hacen tan crudo

Y tan perverso a amor. Tuya es la culpa

¡Oh pérfida mujer! de sus delitos,

O lo es más bien de quien de ti se fía.

En mí la culpa está, que te he creído,

Corisca perfidísima y malvada,

Aquí tan solo por mi mal venida

De las regiones lujuriosas de Argos,

Donde la liviandad tiene su imperio.

Mas tú finges también, y eres tan diestra

En mentir tus costumbres y palabras,

Que con las mas honestas ora unida

La fama del pudor anda contigo.

¡Oh cuánto afán he sostenido! ¡Oh cuántas

Ignominias por ella! ¡Oh cómo ahora

Me arrepiento de todo y me avergüenzo!

Aprende, incauto amante, de mi pena

A no adorar cual ídolo un semblante;

Que la mujer idolatrada es cierto

Un numen infernal: de su belleza

Se lo presume todo, a fuer de diosa;

Sobre ti, que te humillas, elevada,

Como cosa mortal te tiene en menos

Que ser por su valor ella se cree

Lo que la finges tú por tu vileza.

¿Para qué tanta esclavitud y tantos

Ruegos, suspiros. llantos? Estas armas

Úsenlas, sí, los niños y mujeres,

Mas nuestros pechos aún amando sean

Fuertes y varoniles. Hubo un tiempo

En que pensaba yo que suspirando,

Y llorando, y pidiendo, en pecho de hembra

La llama del amor se despertase.

Ora lo advierto, erré; que si ella tiene

El corazón de pedernal, es vano

El intentar con lágrimas suaves

O con el blando aliento de un suspiro

Hacerle echar centellas, si el acero

De un rígido eslabón no le combate.

Por tanto, deja el suspirar y el llanto,

Si el logro quieres de tu amor; y si ardes

Con fuego inextinguible, allá en el seno

De ese tu corazón más escondido

Tu afecto oculta, y ejecuta a tiempo

Lo que natura y el amor enseñan

Pues la virtud de la modestia solo

En el semblante la mujer la ostenta,

Y es grande error el que al tratar con ella

La tengas tú jamás, pues aunque tanto

La usa con los demás, consigo usada

La tiene en odio, y en su rostro quiere

Que la mire el amante, y no la emplee.

Con esta ley tan natural, si amares,

Tendrás gusto en tu amor; no vi Corisca

A mí me encontrará tierno y rendido

Sino fiero enemigo, que con armas

De un hombre de valor, no femeniles,

En crudo asalto la herirá. Dos veces

Cogí ya esta malvada, y no sé cómo

Se me fue de las manos; mas si llega

Por la tercera vez al mismo paso.

Ya yo la pienso asegurar de modo

Que escapar no podrá. Por estas selvas

Suele a veces vagar, y yo venteando

Como sagaz sabueso, ando tras ella.

¡Oh qué terrible estrago y qué venganza

Si la cojo he de hacer! Yo haré que vea

Que llega alguna vez a abrir los ojos

El que fue ciego, y que por mucho tiempo

No ha de vanagloriarse en sus perfidias

Una mujer sin fe y engañadora.

A don Gaspar de Jovellanos,
cuando se le encargó el ministerio de Gracia y Justicia

¿Pudo lucir el suspirado día

Que con sus votos la virtud llamaba,

Y la esperanza florecer que apenas

El sueño en sus halagos le pintaba?

Pudo: a este tiempo en repetido aplauso

Miro el viento batir, en dulces himnos

Los ecos resonar, y por do quiera,

De labio en labio sin cesar llevado,

El nombre de Jovino henchir la esfera.

¡Bien haya veces mil aquel momento

En que a las manos del saber se entregan

Las riendas del poder! En él cifrada

Su ventura ve el orbe; en ti, Jovino,

La suya ve tu patria. Ella anhelante,

Ya en el horror del precipicio puesta,

Auxilio implora y tu robusta mano

Que sólo tú de sus profundos males

El abismo sondar, dar a sus llagas

El poderoso bálsamo, y en rayos

De luz clara y vivífica pudieras

Inundarla por fin. ¡Oh! presto sea,

Presto se cumpla la esperanza mía;

La nube ahuyenta del error, con ella

Huirán al punto las funestas plagas

Que nuestra dicha en su insolencia ahogaron.

Y a ti sólo debida esta victoria,

Mi vista, ansiosa de tu honor, te vea

Brillar al fin con tan inmensa gloria.

Victoria más espléndida y más pura

Que las que en campos de pavor cubiertos

Consagra a Marte la fiereza humana;

No, empero, menos ardua revestida

De mil formas y mil tiende su vuelo

Rastren la ignorancia, y con sus alas

Cuanto toca consume; así en los campos

Que baña con sus ondas Guadiana

Crece el insecto volador, y muerta

Lamenta Ceres su verdura ufana.

Ora insulta y desprecia: en su habla loca

Es ocioso el saber, frívolos sueños

Las obras del ingenio, al polvo iguales

Los altos pechos que Minerva inspira.

¡Bárbara presunción! Allá en el Nilo

Suele el tostado habitador dar voces,

Y al astro hermoso en que se inflama el día

Frenético insultar: la injuria vana

Huye a perderse en la anchurosa esfera.

Y Febo en tanto derramando lumbre

Sigue en silencio su inmortal carrera.

Ora feroz a la indolencia usada

Se niega, y de murallas espantosas

Cerca y ataja los senderos todos

Por do a la humana perfección se arriba.

De allí, alzando el cuchillo, armada en muerto,

Cuantos su imperio detestable esquivan,

Tantos amaga. ¡Ay del cuitado que osa.

De generoso ardor el pecho henchido,

Sus nieblas disipar, buscar la lumbre,

Y a la cumbre trepar Víctima entonces

De su ciego furor... Pero primero

Del cielo y de la tierra se vería

Suspense el curso, y de las cosas todas

El lazo universal roto y deshecho,

Que la insolente estupidez su triunfo

Logre completo, y que sus impías manos

La sacra antorcha a la razón extingan.

¿Quién dio a la tempestad el loco orgullo

De sobrar a la luz? Tú, gran Jovino,

Insta, combate, vence. el monstruo horrible

Bramando espire; que reinar se vena

Benéficas las letras; que amparadas

De su inviolable independencia sean.

Ellas fueron tu amor, ellas tu encanto

Siempre serán ¡O bienhadado y digno

De envidia el que en su albergue solitario

Las fuentes del saber tranquilo apura!

Felices en su afán vuelan las horas

Ya la lectura le embelesa, y lleno

De admiración, los altos monumentos

De la estudiosa antigüedad medita,

Y a sus genios se hermana, ecos grandiosos

Por do la serie de la ciencia humana

Se dilata a los siglos. Ya llevando

Al hermoso espectáculo que ostenta

Natura, su atención, busca sus leyes,

Sus misterios indaga, en su belleza

Atónito se arroba, y desde un punto

Se hace inmenso como ella. Ora a los hombres

La vista paternal vuelve, y llorando,

Exento del error, ve sus errores,

Y los señala y los combate, y libre

Muestra la senda en que a placer se lleven

De la mundana actividad las ruedas:

Tal vez sueña, y soñando en su delirio,

Nuevos mundos se finge, y de virtudes

Y de ventura celestial los llena.

¿Quién no envidia su error? Lloro y suspira

En la dulce ilusión que le enajena,

Y del orbe en el bien el suyo mira.

Siquiera allí de la servil codicia,
de la ambición frenética no tiembla
La eterna agitación: a fuer de vientos
Que en partes mil el horizonte rompen,
Y furiosos batiéndose, a su impulso
La fiel serenidad huye turbada;
Tal en el centro del poder se acosan
La doblez, la maldad, los vicios viles,
Que en mentido disfraz vagan tras ellas,
Y en su mísero vértigo sepultan
De la virtud las esperanzas bellas.
¡Ay! que tal vez al formidable peso
Rebelde el hombro, y de luchar cansado
Con la depravación, los tristes ojos,
Jovino, volverás a aquellos días
De tu apacible soledad testigos;

Los volverás llorando; el desaliento

Su amarga hiel derramará en tus venas,

Maldiciendo afligido aquel momento

Que te arrancó a tu albergue, do tranquilo

La virtud, la verdad fueron tu asilo.

¿Y el ejemplo del bien que debe al mundo

Todo gran corazón? Y la alta gloria

De aterrar la maldad? Y los consuelos

De la opresa virtud? -Cuando lejana,

De hierro el cetro iniquidad violenta

Tienda a las veces, y afligido llore

El inocente en su opresión, tú entonces,

Tú serás su deidad. Antes venía,

Y con trémulo pie la aula pisaba,

La altiva majestad le confundía;

Demandaba justicia, y su semblante,

De incertidumbre tímida vestido,

Suspiraba un favor. Jovino ahora,

Jovino es quien atiende a sus querellas,

Quien enjuga sus lágrimas, quien tierno

También acaso le acompaña en ellas.

Lágrimas puras que, en placer bañada,

Derrama la virtud, ¡qué de consuelos

No dais al corazón! ¡Qué de pesares

No le quitáis! -¡Y el inmortal testigo,

El premio hermoso de los grandes hombres,

Alta posteridad, que ya te mira

Y tu nombre señala entre sus nombres?

¡Oh porvenir! ¡Oh juez incorruptible

Del hombre que vivió! ¡Cuál se amedrenta

De ti el profano pecho que ya un día

El bien miró, de indiferencia lleno,
Ni osó el cerco salvar que le ceñía!
Cuando la noche del sepulcro ostente
La nada ante sus pies, cuando ya el sueño
De su vida falaz se torne en humo,
¿Qué verá tras de sí? Mísero olvido
O exorcación eterna que a los tiempos
La memoria en su voz vuelve contino.
Aquel, empero, que de ardor divino
Tocado fue, que en incesante anhelo
Siempre ansió por el bien, y que en su mente,
A cuanto obró y pensó la faz terrible
Del tiempo que vendrá tuvo presente,
Ese vive inmortal; su excelso nombre
Colina el abismo de la tumba, y viva
Su gloria colosal queda en sus hechos;

Hechos que en ecos de alabanza suenan,

Que el campo inmenso del espacio ocupan,

Y el raudo giro de los siglos llenan.

Tiempo vendrá que en la dichosa Hesperia

Espaciando la vista alborozada,

Grite la admiración: «¿No es este el suelo

Que en otro tiempo a compasión movía?

Veinte siglos de error en él fundaron

El imperio del mal: en vano había

Pródigo el cielo de favor cubierto

Su seno en bienes mil, y codiciosa

La tierra por brotar, inagotables

Sus opimos tesoros ostentaba.

Su sed en vano innumerables ríos

Mitigaban regándola, y en vano

Bañara el mar su costa al occidente,

Al oriente y al sur. ¿Qué la servía

Un clima placidísimo y sereno

Que en vida, en fuerza y en placer la henchía?

Todo fue por demás: su manto triste

Tendió la asolación: yermos los campos,

Mustios los pueblos, indolente el hombre,

Sin conocer su estrago, sin aliento

Para salvarse de él, ruina y silencio

Cual de peste mortífera abrigaban.

¿Quién fue el Dios que bastó de tantos males

El torrente a atajar? Quién la carrera

Mudó a estas aguas, allanó los montes,

Los pantanos cegó? Cubren de Ceres

Y de Pomona los celestes dones

El suelo antes erial, que abrojos solos

Y zarzales inútiles llevaba.

Trocóse todo: por do quier la mano

Del hombre señalada, y por doquiera

Su vivífica acción en movimiento

Despierta mi atención. ¿Do las cadenas

Están de la verdad? ¡Cuál se ha extendido,

En alas del espíritu llevada,

De mar a mar y de Pirene a Gades!

¿Quién volvió a sancionar la ley de vida

Que en su pródigo amor naturaleza

Por la voz del deleite diera al mundo?

¿Qué numen creador pudo en un día

Verter aquí la plenitud y holganza,

Imprimir su vigor y su energía?»

¡Ah! que entonces el nombre de Jovino

Grande a la gloria y al aplauso viva,

Y aquel augusto galardón reciba

Digno de su virtud y alto destino.

¡Oh hermosa emulación! Vendrán las artes

Hijas del genio imitador, y solas

Adornar ansiarán el bello triunfo

De su alumno y su dios: suyo las ciencias

Le aclamarán, con su divina mano

Allá en la playa astur mostrando alegres

La mansión que él les diera, altar primero

Que alzó a Minerva la razón hispana.

En medio el labrador, no como un día

Angustiado, infeliz, pobre y desnudo,

Sino contento y vigoroso, alzando

La agradecida voz, dirá: «Fue mío,

Y su alabanza es mía; si de flores

Primero se adornó su mente hermosa,

Para mí maduró, y en fruto opimo

Gocé yo al fin de su favor los dones.

Si de su voz la persuasión salía

Como raudal de miel, ella a mis llagas

Dulce bálsamo fue. ¿No ahogó su mano

Una en pos de otra las odiosas sierpes

Que infestaban mi ser? Ved mi abundancia,

Ved mi contento, el delicioso halago

Con que de hijuelos el enjambre hermoso

Me alivia y me corona. ¡Ay! hubo un tiempo

Que el ser padre era un mal: ¿quién sin zozobra

A la indigencia, al desaliento, diera

Nuevos esclavos? Pero huyó; al olvido

Lanzó Jovino tan amargos días:

Mi esperanza, mi paz, las glorias mías

Obras son de su amor, son de su anhelo;

Dadme pues sólo el bendecir su nombre,

Y en dulces himnos levantarle al cielo.»

Despedida de la juventud.

Creced y floreced, plantas hermosas,

Creced y floreced, y alzando al cielo

Esas ramas sonantes y frondosas,

Dañad en dulce lobreguez el suelo;

Que yo, angustiado, a vuestra sombra amiga

Me acogeré, y en ella

Tendré un asilo al fin donde no sienta

El vivo resplandor que el sol ostenta.

Él, en eterna juventud luciendo,

Vuela, y vuela sin fin: ¿qué son los años

Qué los siglos ante él? Ruedan furiosos;

Y a contrastar su solio se amontonan,

Y en su feliz carrera

Nada marchita su beldad primera;

Todos su gloria y su esplendor coronan.

¡Oh cuánta diferencia

Entre su fuerza y la flaqueza cala!

Sigue un día a otro día,

Y en su sorda inclemencia

Cada cual me amortigua, y me arrebata

Al término en que espira la alegría.

Vuelvo la vista, y angustiado miro

Yacer segadas de mi edad las flores,

Y la vida mostrárase erizada

De espinas solamente y de dolores.

Tened ¡ay! compasión de mi amargura

Que bien me la debéis, árboles bellos.

Decid: cuando los vientos bramadores

A la voz del noviembre se desatan,

Y sacudiendo frío,

En su furor horrísono maltratan

Vuestro verdor sombrío,

Y anunciándoos vejez, de angustia os llenan

Y a desnudez tristísima os condenan,

¿No sentís? no lloráis? Y estremecidos,

¿No os acordáis de abril, cuando halagüeñas

Las manos de natura engalanaban

Vuestras frentes risueñas,

Cuando el auro os besaba con ternura,

Y los ojos distantes que os miraban,

Cual templos de frescura

Y asilos de placer os saludaban?

Tal de mi juventud y de mi gloria

Los venturosos días

Se pintan tristemente en mi memoria,

Al tiempo que volando

Huyen lejos de mí, sin que mis ayes

Sólo un momento detenerlos puedan.

Adiós, divino amor, que desplegando

Las bellas alas de oro,

Me llevabas en ellas

Por senderos de flores,

Y el pecho y labio sin cesar colmabas

Del néctar celestial de tus favores.

Adiós: la cruda mano

Del tiempo, a mis delicias enemigo,

Te arrebató consigo.

Y ¡oh cuántos otros bienes el tirano

Me arrebató también! ¿Con que la risa

Huyó por siempre de los labios míos,

Y la fiel confianza de mi frente?

Mis ojos, ¡ay! de lágrimas vacíos,

¿Será que nunca a desahogar ya tornen

Mi triste corazón, y que se vean

De él por siempre alejadas

Las esperanzas que halagüeñas ríen,

Las ilusiones que sin fin recrean?

Contigo, ¡oh juventud! contigo nace

El entusiasmo ardiente

Que arrebató hacia el bien, contigo espira,

Y tras él la virtud mustia y doliente

Privar de fuerza y marchitar se mira.

¿Qué a tu ferviente anhelo

Cuestan jamás los sacrificios? Oyes

La voz de la amistad, sientes la llama

Del patriotismo que tu pecho agita,

O bien la gloria que en honor te inflama;

Partes entonces desalada, y corres

Impávida a tu fin: como en la selva

El volador caballo,

Cuando en dichosa libertad respira,

Orgullosa se lanza a la carrera;

El viento no le alcanza, y vanamente

A intimidar su ardiente lozanía

Las ramblas y torrentes se presentan;

Las ramblas y torrentes acrecientan

Su generoso aliento y su osadía.

Y en vez de tantos dones

Como en mi tierno corazón moraban

Y en su luz generosa me ensalzaban,

¿Qué ofreces a mi vida,

Oscuro porvenir? El triste freno

De la prudencia y su compás helado;

Mientras que, derramando su veneno

La vil sospecha, asida

Del funesto puñal del desengaño,

En cada halago temerá un peligro,

Tras cada bien me mostrará un engaño;

Y roto el velo a la ilusión, el mundo,

Que pintado en tan mágicos colores

A mi inocente espíritu reía,

Será de hoy más a la tristeza mía

Yermo sin amistad y sin amores.

Morir fuera mejor; mas ¡ay, que abiertas

Ya a devorarme aspiran

De la siguiente edad las negras puertas!

La vista estremecida

Duda y se vuelve atrás: detén la mano,

Y no de bronce la eternal barrera

Corras, que esconde mi estación florida,

¡Dura necesidad! ¡Oye mi ruego!...

Mas no me escucha, y la corrió, y yo ciego,

Sin poderme valer, desconsolado,

Del carro del destino arrebatado,

A su imperiosa voluntad me entrego.

Al sueño.

Tú, mudo esposo de la noche umbría,

¡Oh padre del sosiego,

Sueño consolador! ¿por qué te niegas

A mi lloroso ruego?

¿Por qué a mis sienes con piedad no llegas?

Y no que lento y vagaroso bates

Lejos de mí tu desmayado vuelo,

Y esparces en el suelo

La niebla del balsámico rocío

Con que el dolor serenas

Y el vivo afán de las acerbadas penas.

Duélete ¡oh sueño! al contemplar las mías;

Suspende, ¡ay Dios! suspende

Por un momento el velador cuidado,

Y en él tu velo vaporoso tiende.

¿No bastan, di, para penar los días?

Mi espíritu, rendido

A tanta agitación, mi triste pecho,
De palpar cansado,
Y en ansia y fuego el corazón deshecho,
Tu celestial venida
Imploran ¡ay! a restaurar mi vida.
Para obligarte, en vano
Mezclarme quise al alborozo insano
Del ruidoso festín, y la ancha copa
Henchí tres veces de espumoso vino.
Tres veces la apuré, sediento y ciego;
Pero en mi yerta boca
Se heló la risa y se tornó en gemido.
Y el ardiente licor que entró en mi seno,
En vez de dar a mi dolor reposo,
Raudal fue impetuoso

De hiel ingrata y ponzoñosa lleno.

Fácil un tiempo mi clamor olas,

Y blandamente en derredor volabas,

Y halagüeño doblabas

La gloria de mis días,

Que tú en la noche a redoblar ventas.

¡Oh ilusiones de bien! ¿Dónde habéis ido?

¿Tal vez a no tomar? Tal vez si ahora

¡Oh sueño! has de venir, vendrá contigo

A atormentarme airada

Del bien perdido la doliente idea;

Mas ven, sueño, a mi voz, aunque así sea.

Ven; que ya las dos osas

Al ocaso avecinan

Su refulgente carro, y presurosas

Las centellantes Pléyadas se inclinan.

La luna fatigada

Se retira hacia el mar, y ya la aurora

Precipita la hora

Que anuncia en el oriente

Su trémulo esplendor. ¡Ay! vendrá el día,

Vendrá, y mis ojos, de velar cansados,

Su luz no sostendrán ni su alegría.

¡Ríndete a compasión, sueño precioso!

Tu néctar delicioso

Mi triste frente halague,

Y blando y dulce y regalado vague

¿Me escuchas? ¡Oh favor! Ya desmayados

Mis sentidos fallecen,

Mis miembros se entorpecen,

Mis párpados se agravan,

Las penas mismas su inclemencia fiera

Con tu presencia acaban.

¡Quién de ellas libre al despertar se viera!

A don Ramón Moreno.
Sobre el estudio de la Poesía.

«¿Y nos dejas, infiel? Y así abandonas

Tantas horas de afán? Y así al olvido

La flor darás de tus primeros días,

Que tantos lauros a tu sien prometen?

Nosotras a tu oriente presidimos.

¿Quién de fuego tu pecho, y de ternura

Llenó tu corazón? Quién de armonía

Bañó el acento de tu voz suave,

Cuando Henares, oyéndola, sus ondas

Serenaba suspenso, y de tu canto

El eco por sus márgenes sonaba?»

Así te hablaban las amables musas;

Y tú, esquivando su apacible halago,

Otra gloria, otra senda prevenías

A tu noble ambición; ellas la vieron,

Y de tu ingrata deserción lloraron.

¿Fue desprecio tal vez? ¿Pudo en tu mente

Caber también la vergonzosa idea

Con que orgullosa la ignorancia humilla

Este celeste don, y en sus furores

Le dice vano y frívolo, y riendo

Marca en oprobio el nombre de poeta?

Ella sola, entre nieblas asentada,

Puede desconocer el noble origen

Del talento que insulta, y ella sola

No respetar los sacrosantos nudos

Que con natura y la virtud le hermanan.

Cuando rompe la aurora en el oriente,

Y el rayo anuncia de la luz febea,

¿Quién entonces se niega a la alegría,

Al himno universal con que saluda

La tierra al nuevo sol? Quién, si la noche

Tiende su manto lóbrego, y el seno

De Olimpo con mil lumbres centellea,

De un horror melancólico y sublime

No se siente ocupar? ¿Cuál es el pecho

Que en férvido entusiasmo no se agita

Al mirar de su cárcel desatarse

Los aquilones, que azotando el polo,

Que agitando la mar, tremendos braman,

Y estrago y noche y tempestad lanzando,

Estremecen el orbe en sus furores?

¡Oh tú, infeliz, que en tu insensible pecho

Jamás probaste el sentimiento hermoso

Que estos cuadros magníficos inspiran!

Tú solo puedes despreciar grosero

Al genio que los pinta; y si la suerte,

Avara de tu bien, negó a tus ojos

El conocer la luz, y a tus oídos

El sublime placer de la armonía,

Calla; ¿qué harán tus importunos gritos!

Mostrar patente tu ignorancia oscura,

Y hacer odiosa tu fatal dureza.

Entra, amigo, en ti mismo, y las dos fuentes

En ti hallarás del arte encantadora

Que debes admirar: fuentes eternas

De do su gloria y su poder descienden.

Mira el espejo rutilante y puro

De tu imaginación, que en su grandeza

El mundo todo, el universo entero,

Sin contenerse en límites, abarca;

Contempla luego la inexhausta hoguera

En cuyo fuego las pasiones arden

Y el sentimiento sin cesar se ceba

Y así como en su curso van los ríos

Deslizándose hacia el mar sus claras ondas,

Ondas que de él en vagarosas nubes

Salieron ya; verás la poesía

Del corazón y mente descendiendo,

Al corazón y mente arrebatarse.

En vano intentas resistir: tu oído

Su acento ganará, tu fantasía

Poblarán sus imágenes hermosas

Y al volcán de su fuego y su vehemencia

Tu corazón ardiendo, vendrá el punto

En que, vencido, arrebatado, sigas

El carro triunfador de su alta gloria.

Tal será su poder, tal siempre ha sido.

Si lo niegas, pregunta al universo;

Sus fastos lo dirán: ve la violencia

Con que el torrente de los siglos corre,

Anonadando en su fugaz camino

Hombres, naciones; los imperios crecen,

Y otros imperios que a su vez se elevan,

Crece, y llegan, y los tragan, y huyen,

Como impelidas de los euros fríos

Huyen las nieblas, sin dejar sus alas

Huellas ningunas por el aire vago.

Pues el genio inmortal de la armonía

Venció tanto furor; la faz del mundo

Trastornada se ve, y él resonando

En medio a tanta ruina, hasta la esfera

Los ecos lleva de su noble acento;

Y el hombre absorto de placer le admira.

¿Oyes el nombre del social Orfeo

Entre aplausos aún? Oyes cuál suena

La trompa heroica del cantor de Aquiles,

Y estrellarse en su nombre las edades,

Añadiendo en su honor nuevos trofeos?

¡Vivid, padres del canto! ¡Almas sublimes,

De la tierra esplendor! ¿No sois vosotros

Los que, admirando el universo, y llenos

De inmenso fuego al contemplar las leyes

En que el orden se asienta, arrebatados

De sagrado furor en vuestra lira,

El amor, la virtud, el bien cantabais,
Y de los hombres la rudez pulisteis?
Helos cuál tigres respirando ciegos
Estrago y sangre, con fatal crueza
Entre si devorándose, y feroces,
Solos, desnudos habitar las cuevas
Que dio natura a los agrestes brutos.
¡Mísera humanidad! Padres del canto,
Venid; a vuestra plácida armonía
El hombre sorprendido alza la frente,
Y ledo mira al sol; ya en sus entrañas
Arde el amor; esposo, padre, amigo,
Hombre es ya, en fin; en sociedad se anida,
Y el cielo alegre a su ventura ríe.
¡Vivid, padres del canto! No la tierra

Tan ingrata será, que al hondo olvido

Dé la memoria de los faustos días

Que nuestras bellas fábulas recuerdan.

No la dará: si vuestros nombres mueren,

Será allá cuando el mundo hecho pedazos

En el estrago universal esconda

Los nombres que sus ámbitos llenaron.

Y este precioso don, que al arte un día

Debió la especie entera, en todos tiempo

Le goza el hombre. Dime: allá en tu infancia,

¿Quién suavizaba y de risueñas flores

De la instrucción la senda te cubría,

Sino su halago? Sus grandiosos himnos

Te elevan al Olimpo, sus canciones

Te inundan de placer en tus festines;

Y abate luego, si a abatir te atreves,

La grandeza del genio que elevado

En generoso vuelo arde, y te lleva

A ansiar, llorar, a suspirar consigo,

A amar y aborrecer; que yo entre tanto,

Al ver los mundos que a su arbitrio crea

Un numen bienhechor en él bendigo,

Y hombre, de un hombre en el grandor me elevo.

¿Serán tal vez sus formas agradables

Y la eterna beldad de que se ciñe

Las que en su oprobio a declamar te incitan?

¡Hombre feroz! en tu fatal dureza

Arranca al prado su vistosa alfombra,

Su verdura a los árboles, y nunca

Las auras templen el fogoso estío.

¡Ay! harto amargo de la vida el cáliz

Es al hombre infeliz, para que esquivo

También le niegues el escaso néctar

Que a veces baña de placer sus horas.

Y no siempre su honor la poesía

Fundó en el muelle acento y blando halago,

En los objetos frívolos que ahora

Por nuestra mengua sin cesar la emplean.

Si es que los ecos bélicos te agradan,

Si los hórridos cantos de Tirteo

Aún quieres escuchar, vuela conmigo

Al campo de Mesenia, y en él mira

A los hijos de Esparta desmayados

Volver la espalda al desigual combate.

Y escucha de repente cómo truena

El canto de la guerra, y cuál discurre

De fila en fila, mortandad nunciando,

Y ahuyentando el temor; mira encenderse,

Con sus versos enérgicos airada,

La indignación violenta, y de la patria

El amor sacrosanto, a cuyo nombre

O morir o triunfar los héroes juran.

«Pues os preciáis de descender de Alcides

Amigos, alentad; ¿qué os acobarda?

Sabed que nunca la oprobiosa fuga

Escudo fue contra el rigor del hado;

Con hombres como vos es el combate.

¿De qué tembláis? Marchad; hermosa vida

Os dará la victoria, eterno nombre

Si en la lid perecéis el tiempo os guarda.»

Y al belísono acento enfurecida,

La muchedumbre intrépida se arroja.

Salta, acomete, y el horror, y el fuego,

Y la muerte espantosa, que silvando,

Del dardo y lanza en el acero vuela,

Nada son a su ardor; lucha, porfía,

A sus pies los soberbios baluartes

Húndense, y el laurel de la victoria

Ciñe la patria a su robusta frente.

¡Ay! los sagrados venerables días

No son aún en que se torne al canto

Su generoso y sacrosanto empleo.

Pero ellos brillarán yo, caro amigo,

Ya entonces no seré nunca mi acento,

Hirviendo de entusiasmo, en grandes himnos

Se podrá dilatar, que grata escuche

Mi patria, y que en la pompa de sus fiestas

El coro de los jóvenes los cante,

El coro de las vírgenes responda,

Y el eco lleve mi dichoso nombre,

Y todo un pueblo con furor le aplauda.

¡Oh tú, cualquiera que en mejores días,

Por don del cielo, de mi patria seas

El solemne cantor! ¡Tú, a quien guardada

Tan alta gloria está! Yo te saludo

¡Oh afortunado espíritu! y te adoro

Vuelve, te ruego, la dichosa vista

Al fango vil de que a salir en vano

Aspira mi ambición. No, sus esfuerzos,

Sus débiles esfuerzos no podrían

Durar, llegar a ti. ¿Qué serán ellos

Si con tu excelsa elevación se miden?

Escucha, empero, los aplausos míos,

Que vuelan a mezclarse a la alabanza

Con que tu siglo ensalzará tu nombre;

Y recibe estas lágrimas ardientes

De despecho y de envidia, que mis ojos

Al contemplar en ti vierten ahora.

En tanto pues que afortunado llega

Este tiempo, nosotros, dulce amigo,

Demos nuestro desprecio a la insolencia

Del poderoso, que, en su pompa hinchado,

Vincula en ella sus virtudes todas;

Démosle al vil que ante sus pies se abate,

Y aquella frente que le dio el destino

Para mirar al sol hunde en el polvo;

Más no suframos que los bellos dones,

Tesoros del espíritu, se vean

Escarnecidos nunca. Abandonemos

Tan delirante empeño a la ignorancia

O a la mediocridad, que insulta y muerde

El bronce de la fama, en cuyos ecos

Jamás el mundo escuchará su nombre.

(1798.)

En la muerte de un amigo.

En este melancólico retiro

Do la indulgente soledad me abriga,

Y con su sombra amiga

Templa el horror en que infeliz respiro,

¿Qué fúnebres clamores

En confuso tropel hieren el viento

Y vienen a mezclarse a mis dolores?

Callad, nuncios de muerte; ya mi pecho,

De palpar deshecho,

No es bastante al raudal de la amargura,

Y el cáliz del dolor hasta las heces

Mi moribunda juventud apura.

¡Mísero! ¡Cuántas veces

Presente a algún festín, cuando rodaban

Por la mesa las copas de Lico,

Y en risa y en placer nos inundaban,

Mi espíritu asaltado

De un súbito temor se estremecía,

«¡Si alguno de nosotros pereciera!»

En mi interior decía,

Y una indiscreta lágrima corría

Que atajaba el deleite en su carrera.

¡Presagio de dolor, ya estás cumplido!

Tendió la muerte sus horrendas alas;

Como buitre voraz cayó en mi amigo,

Y en él sus garras con furor clavando,

A la honda huesa le arrastró consigo.

En vano, ¡ay Dios! en vano

El bello sol, iluminando el día,

Derramará en el mundo

Su benéfica lumbre y su alegría;

De su seno frugífero y fecundo

En vano los tesoros

Ostentará la tierra

¿Qué importa? A otros darán la dulce vida,

No al ser helado que la tumba encierra.

¡Con que será ya en vano

Clamar yo en el dolor: «¡Álzate, amigo;

Ven como en otro tiempo a mí venías,

Cuando las ansias mías

Templar lograban su amargor contigo;

Levántate a valerme!» Que insensible

Me negará su oído,

Inmóvil a mi voz como esas rocas

Que rechazan mi lúgubre gemido.

Sí; que a nadie se atiende y se responde

En ese seno misterioso donde

Lejos del mundo el infelice vaga.

Pero el mundo me oirá, y enternecido

Dará que satisfaga

Mi luto y mi deber... ¡Oh lira mía!

Ven en mi afán a acompañarme, y demos

A mi infeliz amigo

El canto de alabanza; que se vea

Su alma bella en mis versos retratada,

Y eterna al mundo su memoria sea.

¿Qué sirve, empero, recordar ahora

De su hermosa virtud la alta esperanza?

Cuando el viento fatal de mediodía

De las arenas líbicas se lanza,

Y el seno de la Bética azotando

Con ala abrasadora,

La floreciente mies tala y devora,

¿Acaso la abundancia que esperaba

Podrá aliviar al labrador que llora?

¡Ah! ¡Son tan pocos los felices pechos

En que se anida la virtud! ¡Tan pocos

Aquéllos en que enciende

Entusiasmo y valor!... ¡Un día, un hora,

Un momento infeliz hunde en el polvo

La esperanza y delicias de los buenos!

¡Y los perversos viven y se ríen,

De todo miedo y sobresalto ajenos!

Huye pues, lira, de mi débil mano,

Ya que aliviarme en mi aflicción no alcanzas

Dolor manda la muerte, y no alabanzas,

Dolor y luto y lágrimas. ¡Oh amigos!

Venid, cercadme; y sosteniendo todos

Mi vacilante paso,

Hasta la tumba lúgubre lleguemos.

En ella plantaremos

Un fúnebre ciprés; mi amargo lloro

Le regará, mi diligente mano

Le hará crecer, y su enlutada sombra

Cubrirá la inscripción, que en letras de oro

Diga: «Al hombre sensible, al fiel amigo,

Al exaltado patriota... «Un día

Vendrá que el pasajero,

Cuando este triste monumento mire,

Sobre él contemple a la virtud llorando,

Y de respeto y lástima suspire.

¡Ay! ¿Qué resta a mi vida, amigos míos,

Sino hiel y dolor? Tal vez la parca,

Que en él se probó a herirnos, inflexible

Ya la segunda víctima señala.

¿Quién de nosotros?... ¿Y será posible

Que destinado a contemplar me vea

De unos y otros el fin, llorar a todos,

Y verme en todos acabar? ¡Oh muerte!

Ven a mí de una vez: tu horrenda saña

Descargue al punto la fatal guadaña,

Y no me guarde a tan acerba suerte.

A don Nicasio Cienfuegos,
convidándole a gozar del campo.

Tú, a quien el cielo con benignos ojos

Miró desde el nacer; tú, en cuyo pecho

Imprimió la virtud, y en larga mano

El don divino de pintarla diera,

Nicasio respetable, ¿por qué tardas,

Y a la amistad que ansiosa te desea

No te abandonas? De enlazados ramos

Espacioso dosel ora me ampara

Del crudo ardor del polvoroso estío,

Y los inquietos céfiros, vagando

En dulce fresco, en movimiento y vida,

Los senos bañan del jardín. Mi mente

Desalada entre tanto hacia ti vuela;

Vuela hacia ti, que a tu pesar sumido

En ese abismo pestilente y ciego,

Los campos y las selvas solitarias

Buscas, y aún dudas, y a gozar te niegas

Placer tan puro y celestial conmigo.

¡Oh! No tardes, no tardes: bien tus pasos

Lleves al bosque oculto, bien la vista

Tiendas alegre en la abundosa vega

O la dulce corriente te embelese

Del río encantador; todo te llama

Con delicioso afán, todo convida

Tu enérgico pincel. No aquí ambiciosa

Natura ansiara desplegar su inmenso

Poder, y ornada en majestad sublime,

Nuestra vista asombrar: guardó el espanto,

Guardó el terrible horror allá do esconde

Su frente el Apenino entre las nubes.

Cúbrenle en torno las eternas nieves

Que en vano bate el sol: si el viento suena,

Es proceloso el austro, en cuyas alas

Retumba el trueno; entonces los torrentes

Bajan furiosos a asolar los valles.

¿Qué es allí el hombre? Estremecido y solo

Atónito se para, y no cabiendo

Impresión tan soberbia en sus sentidos,

Al mudo pasmo y confusión se entrega.

Graciosa, empero, aquí, dulce, apacible,

Sus dones todos liberal reparte

Naturaleza, y con placer se ríe.

Tal la beldad en su primer oriente,

De gracias solo y suavidad bañada,

Suele más tierna embelesar los ojos,

Y el corazón herir. Nicasio, el mío

Más amó siempre que admiró. Do quiera

Ternura aquí y amor. ¡Oh cuántas veces,

Cuántas, mirando las sociales vides

Enlazarse a los olmos, y lozanas

Entre los ramos de su verde apoyo

Sus hojas ostentar y alegre fruto,

En dulce llanto se bañó mi pecho!

¡Cuántas pavesas del incendio antiguo

Plácidas se avivaron! Los suspiros,

Las ansias tiernas, la inquietud dichosa

Las delicias inmensas que algún día

Me inundaron, ¡ay Dios! y acaso huyeron

Para nunca volver; todas volaron,

Todas a un tiempo con igual ternura

Me asaltaron allí: si desaparece

Y huye el amor, a la memoria acuden

Padre, hermanos y amigos, y en un punto

Afectos mil que a penetrar mi seno

Aquel bosque solitario inspira,

Y absorto y melancólico me llevan.

Lejos allá su placentero ruido

La brillante cascada precipita

Por el senoso peñascal, adonde

Su curso rompe murmurando el río.

Corro y le miro ¡oh qué placer! furioso

Del dique opuesto a su violencia en vano

Clamoroso agitarse, alzar la espalda,

Luchar, vencer, hervir, y en alba espuma

Deshecho y raudo arrebatarse al llano.

Vaga la vista entre los dulces juegos

Que mil y mil con variedad graciosa

Mágica el agua a su mirar presenta.

Bañan en ella sus sedientas alas

Los apacibles céfiros, y llenos

De su grato frescor, ea vuelo alegre

Van a esparcirla a la tendida vega;

Mientras en dulce gratitud riendo,

La dócil caña el intratable espino

Y el álamo gentil en la ribera

Sus ramos tienden a besar las ondas:

Ondas preciosas que el colono activo

Supo en raudales dividir, y en ellos

Llevar la vida y la abundancia al campo.

Siquiera el cielo en su rigor se obstine

En negar el vivífico rocío,

Don de las nubes, los endeble diques

Rompe seguro el rústico, y al punto

Vieras la tierra que inundada embebe

El cristalino humor; y fuerzas nuevas

Con él cobrando, engalanar su frente

Un fruto y otro fruto, y cien tras ellos.

Así la vista por do quier se baña

En verdura eternal; así Pomona

Tiende su manto, y pródiga derrama

Del almo cuerno el celestial tesoro.

¿Qué mucho si su templo delicioso

Le plugo aquí sentar, y aquí adorada

Del hombre ser? Todo la acata. El río.

En dos partido, con ardor la ciñe,

Y ella en sus brazos y en su amor se goza.

Yo allí, mientras los árboles se mecen

Al son del viento, en tanto que a sus hombros

Sube contento las opimas cargas

El hortelano, y las zagalas ríen

En trises alegre y bullicioso juego,

Llego al altar de la deidad que en medio

Reina ostentando su silvestre pompa,

Y a reverencia y religión me inclina.

¡Arboles prodigiosos! ¡Cuál la mente

Que así os quiso agrupar? Cuál fue la mano

Que así os plantó? De majestad vestido

El añoso nogal, su cima alzando,

Hasta la cumbre del Olimpo alcanza;

Sube, y en su ambición tiende los brazos

Lejos de sí, cual si ocupar con ellos

De la esfera los ámbitos quisiera;

Y eternos a par de él, y a par sublimes,

Seis lúgubres cipreses los lujosos

Ramos le cercan, y en su faz sombría

La luz quebrantan del ardor febeo.

¡Oh delicias! ¡Oh magia! ¡Oh cómo hundida

Bajo esta hermosa bóveda se lleva

La mente a meditar! ¡Cuál se engrandecen

Sus pensamientos! Y a la par mirados,

¡Cuán breve el hombre, y su poder, su gloria,

Toda su pompa! ¡Oh qué de veces vieron

De su opulento dueño aquestos troncos

La afanosa inquietud! ¡Cuántas en vano

Con su grato silencio le brindaban

Al reposo, a la paz; y él orgulloso

En pos del mando y la ambición corría!

¡Qué de delitos no abortó el insano

Para saciar su ardor! Bañóse en sangre,

Domó la tierra, y ¿qué logró? Estas plantas

Le vieron perecer, y ellas quedaron:

Quedaron a esparcir sus ramos bellos

Sobre mí, que inclinado y reverente

Canto su gloria; y vivirán: testigos

Serán ¡ay! de mi fin cuando a su ocaso

Llegue el aliento de mi endeble vida.

Todo al tiempo sucumbe: ellas un día,

Ellas también... ¡Ah bárbaro! repara

La inclemente segur; muévante al menos

Su sacro horror, su venerable sombra,

Su augusta ancianidad. Pudo hasta entonces

Respetarlas el tiempo, ¿y tú atrevido

Su hojosa copa abatirás? Detente,

Detente, y no en un punto así destruyas

La gloria del verjel. Nogal frondoso,

Altos y melancólicos cipreses,

Para siempre vivid, y que el ingrato

Cuya mano sacrílega se atreva

Vuestros troncos a herir, jamás encuentre

Sombra refrigerante en el estío

Cuando le hostigue el sol; nunca reposo,

Nunca halle paz, y de su injusto pecho

Huya por siempre la inocencia amable

Que en el campo y los árboles se abriga.

Lejos, empero, de la frente mía

Tan lúgubre pensar. Adiós, cipreses,

Pomona, adiós: los álamos del bosque

Ya con su dulce amenidad me llaman.

Salve, repuesto valle; el sol ardiente

Me hirió al venir, y fatigado el pecho

Late anhelante, y con dolor respira.

Acógeme en tu seno; que tu yerba

Verde, abundosa, a mis cansados miembros

Sirva de alfombra; que el murmullo blando

Del grato arroyo en agradable sueño

Me envuelva y me regale, y que sacuda

Favonio en tanto el delicioso néctar

De su frescura, y mi sudor enjague.

¡Ah! que ni aquí del velador cuidado

El tósigo alcanzó, ni las espinas

Del miedo agitador su punta emplean.

Todo es sosiego: al despertar, las aves

Con su armónico acento en mis oídos

Los ecos llevan del placer; las auras,

Árboles, cielo y arroyuelo y prado,

Todo me halaga y a mi vista ríe.

Mientras la fuente retirada y pura

Me ofrece el cáliz de sus ondas frías

A mitigar mi sed; y yo, embebido

Con himnos mil, en mi delirio ciego

A sus graciosas náyades imploro.

¡Oh Gesner! ¿dónde estás? Tú, a quien desnuda

Y llena de gracia y de inmortal belleza

Natura se mostró; tú, que inspirado

Fuiste de la virtud; tú, que en las selvas

La paz y la inocencia y los amores

Tan dulcemente resonar hacías,

¡Divino Gesner! ven; lleva mis pasos

Y enséñame a gozar. Contempla el suelo

Cuál nuestra planta engaña, y cuán hermoso

Se hunde aquí, se alza allá, forma ora un llano,

Después un seno; a la alameda vuelve

La vista embelesada, y mira en ella

Las gracias revolar; ve la ternura

Con que al abrigo del robusto padre

Del recio invierno y riguroso estío

Los pequeñuelos árboles se amparan.

Pregunta al blando céfiro, que vuela

En sus copas dulcísimas moviendo

Los sones del amor, cuántas zagalas

Asaltó aquí festivo, y cuántas veces,

De su recato virginal burlando,

Besó su frente y se empapó en su seno.

Pídele los tiernísimos suspiros

Que, llevados en él, por esta selva

Andan vagando, y las querellas tristes

Que el eco sordamente repetía.

Dímelo, ¡oh dulce fuente! Así tu curso

Siempre abundante y puro, coronado

Eternamente de verdor se vea,

Las veces di que el amador inquieto

Sus ansias vino a consultar contigo.

Aquí, en tus verdes márgenes sentado,

Tal vez se vio de la beldad que ansiaba

Gratamente acogido, y tal vez ella,

Tímida, tierna, de rubor teñida,

Le declaró su amor, y de sus ojos

Se escapó alguna lágrima que en vano

Luchó por contener; allá más lejos,

Dentro de aquella gruta solitaria

Que guarda el olmo en cavidad sombría,

¡Quién sabe si el placer!... ¡Oh ameno valle!

No tenías, no, que a revelar se atreva

Mi lengua tus misterios silenciosos;

Basta la envidia en que encender me siento,

Basta el encanto en que tu amor me inunda.

¿Y tú tardas, Nicasio? ¿Y con tan puros,

Tan mágicos placeres te convida

El campo, y tú le esquivas? Corre, vuela

Antes que el año en su incansable curso

Lleve al verano y al verdor consigo.

Cuidadoso el jardín te guarda flores;

Ven a gozarlas: si se agosta alguna,

Yo con los ojos del dolor la sigo,

Y pienso en ti, que su esperanza engañas

Huye con pie veloz esos lugares,

Digna morada de los tigres fieros

Que los habitan, do respiran sólo

El negro horror que en sus entrañas ceban

De donde huyó el sosiego, huyó por siempre

La dulce confianza; el pensamiento,

De la opresión sacrílega amagado,

No se atreve a romper el claustro oscuro

En que le hundi6 el temor; y las palabras,

Cuando son de virtud, sordas, temblando,

Do quier hallar con la maldad recelan.

¡Oh pechos sin virtud! Jamás precieron

Los campos y las selvas que enmudecen

Cuando sus plantas con desdén las huellan.

Sí, que el sublime y celestial lenguaje

De natura entender sólo fue dado

A la inocente sencillez, y en ellos

Los vicios viles y execrables moran

De esclavos a tiranos. Dulce amigo,

Húyelos, y rendido a mis plegarias

Ven a acogerte a mi apacible asilo:

Los árboles no venden, los arroyos

No aprenden a mentir; sereno el aire,

Sereno el cielo, a respirar te brindan

En grata libertad: aquí segura

Podrá tu mente en sus grandiosas alas

El vuelo descoger; ora en los valles

Perderáste embebido, ora sonando

Tu lira de oro, invocarás las musas,

Y las musas vendrán; ellas amigas

Del campo siempre y soledad han sido.

Y en tanto que suspensa, embelesada,

La esfera atiende a tu sublime canto,

Yo, templando la cítara a tu ejemplo,

Mi humilde acento ensayaré contigo.

(1797)

Para un convite de amigos.

CORO.

¡Compañeros, silencio! El aura inquieta

Agita ya las cuerdas de la lira

Que anhela por sonar: cante el poeta,

Y que obedezca al numen que le inspira.

POETA.

Cantar, yo cantaré; mas ¿por ventura

Queréis también que a interrumpir me atreva

Su curso hermoso a tan sereno día?

¿Queréis que la voz mía

En sus robustos tonos,

como ya lo acostumbra, airada y fiera,

Rayos despida a los soberbios tronos?

¡Vano tesón! Los hombres olvidados,

Como se llevan a la mar los ríos,

A la vil servidumbre así se llevan,

Y con sus hombros la injusticia elevan.

Allá se avengan; a los pies se humillen

De la siempre insolente tiranía,

En tanto que nosotros consagramos

Las horas al placer y a la alegría.

Bebamos pues; nuestro apacible acento,

Fuerzas cobrando en el licor divino,

Salga más grande a penetrar el viento,

Suba mas dulce a celebrar el vino.

CORO.

Bebamos pues; nuestro apacible acento,

Fuerzas cobrando en el licor divino,

Salga mas grande o penetrar el viento,

Suba mas dulce a celebrar el vino.

POETA.

Cuando inspirado el lírico latino,

Glorias de Baco en su laúd cantaba,

El oriente a su carro encadenaba,

Que de tigres fierísimos uncía.

¿Quién al dios de la risa y la alegría

En tan terrible pompa conociera?

¿Quién sin dolor contemplara a Lico,

Ya llenando de horror los horizontes

Cuando apedaza bárbaro a Penteo,

Ya hinchendo en frenesí madres y esposas,

Y al grito de las Ménades furiosas

Las cavernas bramar, y arder los montes?

¡Triste alabanza! ¡Cántico inhumano!

Odiar, matar, despedazar furioso

Son dones propios de cualquier tirano.

Más le quiero yo ver la sien ceñida

De pámpanos pacíficos, riendo,

En brazos de su Ariadna reclinado,

Besando a veces su turgente seno,

y a su presencia amiga

Desterrando el mortífero veneno

Del esquivo cuidado y la fatiga.

¿Quién basta ¡Oh Baco! a celebrar tus dones?

Tú, cuando braman las pasiones ciegas

A modo de huracán dentro del pecho,

Eres iris de paz que las sosiegas.

Tu aliento al afligido

Las dolorosas lágrimas enjuga,

Y a la desconfianza sospechosa

La encapotada frente desarruga.

¿Qué más? Hasta el esclavo

Vilmente atado a la servil cadena,

Cuando el ardor de tu licor le llena,

Sacudiendo su pena, alegre canta,

Y a su señor insulta,

Y al Olimpo la frente audaz levanta.

¡Prodigio sin igual! ¡Digna victoria

Del rubio dios que del oriente vino!

Bebamos en su honor, suya es la gloria.

-¡Gloria sin fin al inventor del vino!

CORO.

¡Prodigio sin igual! ¡Digna victoria

Del rubio dios que del oriente vino!

Bebamos en su honor, suya es la gloria.

-¡Gloria sin fin al inventor del vino!

POETA.

Mas ya no basta a contener mi acento

Este breve horizonte, ya ambicioso

Otros más anchos ámbitos desea.

¡Oh, si el eco de paz yo dar al viento

Pudiese, y que a mi voz quedase ocioso

El hierro que aterrando centellea!

Dame tu aliento, ¡oh Baco! dame el vuelo

De los bóreas alígeros, y al punto

Arrebátame allá donde irritado,

Con sangre hinchado y la corriente aun roja,

Al mar helado el Vístula se arroja.

Tres déspotas allí mandan la muerte

¡Sacrílegos! Al tiempo

Que hace el genio del mal paz con el mundo,

Que todo vive y por vivir anhela,

Ellos matan: ¡qué horror! -Ved al oriente

La primavera hermosa

Mostrar festiva su purpúrea frente.

La copa de los árboles pomposa

Grata sombra nos da, nido a las aves,

Y dulce juego al céfiro lascivo.

Brillante el sol, desde su excelsa cumbre

Inunda al universo

En torrentes de lumbre;

Mientras la flor brotando el prado esmalta,

Y en la torcida madre que le encierra

Por guijas de oro el arroyuelo salta.

¿Dónde el Vístula fue? ¿Dónde la guerra?

Cual cometa a mi vista aparecieron,

Como prestos relámpagos huyeron.

¡Oh! no vuelvan jamás: perdí el camino;

Le cobraré bebiendo; y que mi canto,

En vez de daros belicoso espanto,

Os dé el encanto que respira el vino.

CORO.

¡Oh! no vuelvan jamás: perdió el camino,

Que le cobre bebiendo; y que su canto,

En vez de darnos belicoso espanto,

Nos dé el encanto que respira el vino.

POETA.

Brindemos; ¿y por quién? Por la hermosura.

¿No veis al rebullir del fresco viento

Y a la vivaz fragancia de las flores

Despertar en enjambres los amores?

Que cada cual al punto por su amiga

Beba, que cada cual la encuentre siempre

Más fresca y más hermosa

Que por abril la rosa;

Siempre brillante y pura

Como es brillante el sol, puros los cielos.

Nunca sospecha o ponzoñosos celos

Osen romper tan amorosos lazos;

Que a sus abrazos cedan los abrazos

Del álamo y la vid, y que a sus besos

Cedan también en fuego y en dulzura

Las deliciosas chispas centellantes

Que ora en este licor mi labio apura.

Bebamos: acordémonos que un día

Dijo riendo Venus a Licio:

«Tu ardor va a par con la belleza mía;

Tú igualas el poder con el deseo.»

CORO.

Bebamos: acordémonos que un día

Dijo riendo Venus a Licio:

«Tu ardor va a par con la belleza mía;

Tú igualas el poder con el deseo.»

POETA.

Mas dejemos a amor: amor se agrada

En el silencio, y delicado y niño,

Hasta el aire le ofende, y goza solo.

La amistad es social: pródigo el cielo,

Dio a la dulce amistad ser el consuelo,

Ser el encanto de la humana vida...

¡Ay! ¿por qué, amigos míos,

Por qué esta amarga lágrima vertida

Mi inflamada mejilla baña ahora?

¿En dónde están los pérfidos que un día

Con horrenda traición mi amor pagaron,

Y a modo de asesinos?... ¡Ah infelices!

Jamás su alma alevosa

Tendrá ya este placer, esta alegría

Que ora tan pura en mi interior rebosa.

Volvedme el vaso a henchir, brindad conmigo

Y otra vez le apurad. Por este cielo,

Por este sol que nos alumbra y mira,

Por este puro céfiro que espira

Y en mi frente el sudor volando orea,

Por el vivo placer que nos recrea,

Tocad las copas, y juremos todos

Que tan dulce amistad eterna sea.

No importa al juramento estar beodos;

No importa, no; jurad, bebed sin tino;

Vuelva el aplauso, la algazara vuelva,

Hierva en los vasos rebosando el vino,

Y a voces torne a retumbar la selva.

CORO.

Vuelva el aplauso, la algazara vuelva,

Hierva en los vasos rebosando el vino,

a voces torne a retumbar la selva.

(Abril de 1807.)

A la invención de la imprenta.

¿Será que siempre la ambición sangrienta

O del solio el poder pronuncie solo,

Cuando la trompa de la fama alienta

Vuestro divino labio, hijos de Apolo?

¿No os da rubor? El don de la alabanza,

La hermosa luz de la brillante gloria,

¿Serán tal vez del nombre a quien daría

Eterno oprobio o maldición la historia?

¡Oh! despertad: el humillado acento

Con majestad no usada

Suba a las nubes penetrando el viento

Y si queréis que el universo os crea

Dignos del lauro en que ceñís la frente,

Que vuestro canto enérgico y valiente

Digno también del universo sea.

No los aromas del loor se vieron

Vilmente degradados

Así en la antigüedad; siempre las aras

De la invención sublime.

Del genio bienhechor los recibieron.

Nace Saturno, y de la madre tierra

El seno abriendo con el fuerte arado,

El precioso tesoro

De vivífica mies descubre al suelo,

Y grato el canto le remonta al cielo,

Y Dios le nombra de los siglos de oro.

¿Dios no fuiste también tú, que allá un día

Cuerpo a la voz y al pensamiento diste,

Y trazándola en letras, detuviste

La palabra veloz que antes huía?

Sin ti se devoraban

Los siglos a los siglos, y a la tumba

De un olvido eternal yertos bajaban.

Tú fuiste: el pensamiento

Miró ensanchar la limitada esfera

Que en su infancia fatal le contenía.

Tendió las alas, y arribó a la altura

De do escuchar la edad que antes viviera,

Y hablar ya pudo con la edad futura.

¡Oh gloriosa ventura!

Goza, genio inmortal, goza tú solo

Del himno de alabanza y los honores

Que a tu invención magnífica se deben:

Contéplala brillar; y cual si sola

A ostentar su poder ella bastara,

Por tanto tiempo reposar natura

De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba

La plugo, hacer de sí, y el Rin helado

Nacer vio a Guttemberg. «¿Con que es en vano

Que el hombre al pensamiento

Alcanzase escribiéndole a dar vida,

Si desnudo de curso y movimiento,

En letargosa oscuridad se olvida?

No basta un vaso a contener las olas

Del férvido Océano,

Ni en sólo un libro dilatarse pueden

Los grandes dones del ingenio humano:

¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si a natura

Un tipo basta a producir sin cuento

Seres iguales, mi invención la siga:

Que en ecos mil y mil sienta doblarse

Una misma verdad, y que consiga

Las alas de la luz al desplegarse.»

Dijo, y la imprenta fue; y en un momento

Vieras la Europa atónita, agitada

Con el estruendo sordo y formidable

Que hace sañudo el viento

Soplando el fuego asolador que encierra

En sus cavernas lóbregas la tierra.

¡Ay del alcázar que al error fundaron

La estúpida ignorancia y tiranía!

El volcán reventó, y a su porfía

Los soberbios cimientos vacilaron.

¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo

Que abortó el dios del mal, y que insolente

Sobre el despedazado Capitolio

A devorar el mundo impunemente

Osó fundar su abominable solio?

Dura, sí; más su inmenso poderío

Desplomándose va; pero su ruina

Mostrará largamente sus estragos.

Así torre fortísima domina

La altiva cima de fragosa sierra

Su albergue en ella y su defensa hicieron

Los hijos de la guerra,

Y en ella su pujanza arrebatada

Rugiendo los ejércitos rompieron.

Después abandonada,

Y del silencio y soledad sitiada,

Conserva, aunque ruinoso, todavía

La aterradora faz que antes tenía.

Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;

Cae, los campos gimen

Con los rotos escombros, y entre tanto

Es escarnio y baldón de la comarca

La que antes fue su escándalo y espanto.

Tal fue el lauro primero que las sienas

Ornó de la razón, mientras osada,

Sedienta de saber la inteligencia,

Abarca el universo en su gran vuelo.

Levántase Copérnico hasta el cielo,

Que un velo impenetrable antes cubría,

Y allí contempla el eternal reposo

Del astro luminoso

Que da a torrentes su esplendor al día.

Siente bajo su planta Galileo

Nuestro globo rodar, la Italia ciega

Le da por premio un calabozo impío,

Y el globo en tanto sin cesar navega

Por el piélago inmenso del vacío.

Y navegan con él impetuoso,

A modo de relámpagos huyendo,

Los astros rutilantes; más lanzado

Veloz el genio de Newton tras ellos,

Los sigue, los alcanza,

Y a regular se atreve

El grande impulso que sus orbes mueve.

«¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,

Hallar la ley en que sin fin se agitan

La atmósfera y el mar, partir los rayos

De la impalpable luz, y hasta en la tierra

Cavar y hundirte, y sorprender la cuna

Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,

Vuélvete al hombre.» Ella volvió, y furiosa

Lanzó su indignación en sus clamores.

«¡Con que el mundo moral todo es horrores!

¡Con que la atroz cadena

Que forjó en su furor la tiranía,

De polo a polo inexorable suena,

Y los hombres condena

De la vil servidumbre a la agonía!

¡Oh! no sea tal. «Los déspotas lo oyeron,

Y el cuchillo y el fuego a la defensa

En su diestra nefaria apercibieron.

¡Oh insensatos! ¿qué hacéis? Esas hogueras,

Que a devorarme horribles se presentan

Y en arrancarme a la verdad porfían,

Fanales son que a su esplendor me guían

Antorchas son que su victoria ostentan.

En su amor anhelante

Mi corazón extático la adora,

Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.

No: ni el hierro ni el fuego amenazante

Posible es ya que a vacilar me obliguen.

¿Soy dueño por ventura

De volver el pie atrás? Nunca las ondas

Tornan del Tajo a su primera fuente

Si una vez hacia el mar se arrebataron

Las sierras, los peñascos su camino

Se cruzan a atajar; pero es en vano;

Que el vencedor destino

Las impele bramando al Océano.

Llegó pues el gran día

En que un mortal divino, sacudiendo

De entre la mengua universal la frente,

Con voz omnipotente

Dijo a la faz del mundo: «El hombre es libre.»

Y esta sagrada aclamación saliendo,

No en los estrechos límites hundida

Se vio de una región; el eco grande

Que inventó Guttemberg la alza en sus alas;

Y en ellas conducida,

Se mira en un momento

Salvar los montes, recorrer los mares,

Ocupar la extensión del vago viento,

Y sin que el trono o su furor la asombre,

Por todas partes el valiente grito

Sonar de la razón. « Libre es el hombre.»

Libre, sí, libre: ¡oh dulce voz! Mi pecho

Se dilata escuchándote, y palpita,

Y el numen que me agita,

De tu sagrada inspiración henchido,

A la región olímpica se eleva,

Y en sus alas flamíferas me lleva.

¿Dónde quedáis, mortales

Que mi canto escucháis? Desde esta cima

Miro al destino las ferradas puertas

De su alcázar abrir, el denso velo

De los siglos romperse, y descubrirse

Cuanto será. ¡Oh placer! No es ya la tierra

Ese planeta mísero en que ardieron

La implacable ambición, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron

Como la peste y las borrascas huyen

De la afligida zona, que destruyen,

Si los vientos del polo aparecieron.

Los hombres todos su igualdad sintieron,

Y a recobrarla las valientes manos

Al fin con fuerza indómita movieron.

No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos;

Que amor y paz el universo llenan,

Amor y paz por donde quier respiran,

Amor y paz sus ámbitos resuenan.

Y el Dios del bien sobre su trono de oro

El cetro eterno por los aires tiende;

Y la serenidad y la alegría

Al orbe que defiende

En raudales benéficos envía.

¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran columna

El magnífico y bello monumento

Que a mi atónita vista centellea?

No son, no, las pirámides que al viento

Levanta la miseria en la fortuna

Del que renombre entre opresión granjea.

Ante él por siempre humea

El perdurable incienso

Que grato el orbe a Guttemberg tributa:

Breve homenaje a su favor inmenso.

¡Gloria a aquel que la estúpida violencia

De la fuerza aterró, sobre ella alzando

A la alma inteligencia!

Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,

Su influjo eternizó libre y fecundo:

¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

(Julio de 1800)

A la duquesa de Alba.

Presentándole una obra de escultura consagrada a su beneficencia.

Fiel la amistad, a tu presencia ofrece

Este precioso monumento, en donde

La reverente gratitud te adora;

Él tu dulce atención humilde implora,

Y una mirada de favor merece,

Pues llega a ti como al Olimpo sube,

Por manos inocentes enviada,

De grato incienso vagarosa nube.

Pudo el cincel representar la gloria

De tu belleza, el poderoso halago

De tus ojos por siempre abrasadores,

Y tu triunfo ostentar y tus victorias

De las gracias en medio y los amores;

Mas era la amistad quien le guiaba:

Ella dijo al artista: « De tu mano

Un monumento singular espero,

Donde el genio del bien sólo respire;

Que de Alba la deidad en él se mire,

Y que por él eternizada sea

La bondad celestial, inagotable,

Que su apacible corazón recrea.

Y agradóse el cincel en su tarea

Que al fin en ella a consagrar no aspira

Aquellos hijos del poder que triste

La tierra siempre y con terror admira.

Ellos del arte a profanar se atreven

El genio creador cuando en su gloria

Mandan tallar los mármoles y bronces

Para eterno blasón de su memoria.

Óyelo el arte esclavizado, y gime,

Y obedece. ¿Qué importa? El humo negro,

Que sus atroces crímenes exhalan,

Allí fétido vaga; allí se escuchan

Los ayes tristes que lanzar hicieron

Aquel honor que sin pudor violaron,

Aquella fe que sin cesar mintieron;

La maldición del mundo, que oprimía

Su insolente ambición... ¡Ah! vanamente

Los esconde la tumba: ellos quisieron

Su fama eternizar; su fama vive,

Mas es de eterna execración cargada

Y si la tierra a su pesar los nombra,

O bien de oprobio y de baldón los cubre,

O bien gimiendo y con dolor se asombra.

¡Oh, cuán diversa suerte, amable amiga,

El cielo a ti te preparó! Tu cuna

La humanidad y la amistad mecieron,

Y en ti encontraron sempiterno abrigo.

Creciste: tu poder y alta fortuna,

Cual raudales de bien, siempre se vieron

Llevar el gozo y la piedad consigo.

¿Cómo o de dónde tan sublimes dones

De tu nombre a la pompa se hermanaron?

La pompa, siempre de soberbia henchida,

Sólo a temor y humillación convida;

Tú a agradecer y a amar. Dígalo el eco

De ansiedad y dolor con que tu nombre

De labio en labio sin cesar volaba

En estos tristes dolorosos días

Que la dolencia por tu ser vagaba,

Cuando, como serpiente ponzoñosa

Por tus entrañas débiles corriendo,

El mal las devoraba, y tú gemías.

Las noches sucedían a los días,

Los días a las noches; y el esquivo

Dolor triunfaba de tu endeble vida,

En su violencia atroz siempre más vivo.

Huye ¡oh muerte cruel! De aquí destierra

Tu faz odiosa y tu inclemente saña;

Hiera al perverso la fatal guadaña,

Vengando de él a la ultraja tierra,

Y perdona a su encanto... Oyólo el cielo.

Y el arte, que solícito empleaba

A par de ti su infatigable anhelo,

Calmar pudo al dolor; la parca airada,

Que feroz amagándote ya estuvo,

Cedió, y la mano en tu exterminio alzada

A su voz imperiosa se detuvo.

Vives en fin, y conservada fuiste

Al amoroso llanto y los suspiros
De la amistad, a los fervientes votos
Del agradecimiento. ¡Ah! si a la suerte
Plugo en tal riesgo separar la hora
Que a tu hermoso vivir última sea.
Arrójela bien lejos; y que entonces,
Serenos, sin dolor, sin agonía.
Se parezca el momento de tu sueño
Al dulce oscurecer de un bello día.
Morir es ley universal; no hay nadie
Que su sentencia redimir consiga;
Pero ¿morimos, adorable amiga?
No; nuestro cuerpo, que la tierra esconde,
Vive y da vida; nuestra mente vive,
La del sabio en sus libros, la del bueno
De sus acciones en el grande ejemplo;

La virtud recordándolas se eleva;

Gloria es su nombre, su memoria un templo.

Así vivirás tú; cuando trocada

La suerte de los pueblos, que ahora deben

A tu amoroso esmero su ventura,

Sientan soberbia a la opresión su azote

Sobre ellos extender, ¡oh cuántas veces

De ti se acordarán! ¡Cuántas, postrados

Ante este grupo, adorarán tu imagen,

Y dirán: «¿Dónde estás? ¿Cuál fue la mano

Que de tu amparo nos privó?» Y gimiendo,

Y en llanto triste el pedestal regando,

Exclamarán: «¡Oh Dios! si ella viviera,

Cesara nuestra mísera amargura;

Lloráramos tal vez, y el llanto fuera

De dulce gratitud y de ternura.»

El panteón del Escorial.

En los amargos días

Que serán luto eterno en la memoria,

Y a los siglos remotos indignada

Con hiel y llanto pintará la historia;

Cuando después de reluchar en vano

Con la dura opresión en que gemía

La tierra, sin aliento al yugo indigno

El cuello pusilánime tendía;

Al tiempo que el destino,

Las espantosas puertas desquiciando

Del imperio del mal, sus plagas todas

Sobre España lanzaba,

Y ella míseramente agonizaba:

Yo entonces afligido,

«Pide, dije a mi espíritu, sus alas

A la paloma tímida, inocente;

Tómalas, vuela, y huye a los desiertos,

Y vive allí de la injusticia ausente.»

Al punto presurosas

Mis plantas se alejaron

A las sierras nevadas y fragosas,

Lindes eternos de las dos Castillas.

Ya sus cimas hermosas

Mi pensamiento alzaban

Del fango en que tú ¡oh corte! nos humillas

Cuando mis ojos la mansión descubren

Que en destinos contrarios

Es palacio magnífico a los reyes

Y albergue penitente a solitarios.

En vano el genio imitador su gloria

Quiso allí desplegar, negando el pecho

A la orgullosa admiración que inspira;

«¡Artes brillantes, exclamé con ira,

Será que siempre esclavas

Os vendáis al poder y a la mentira!

¿Qué vale ¡oh Escorial! que al mundo asombres

Con la pompa y beldad que en ti se encierra,

Si al fin eres padrón sobre la tierra

De la infamia del arte y de los hombres?

¡Mas no es tumba también!...» Y en esta idea

Embebecido el pensamiento mío,

Quise al recinto penetrar, en donde

Bajo eterno silencio y mármol frío

La muerte a nuestros príncipes esconde.

¡Salud, célebres urnas! En el oro,

En las pomposas letras que os coronan,

Decidme, ¿qué anunciáis? ¿Tal vez memorias,

Memorias, ¡ay! en que la mente opresa

Con el dolor presente

Pueda aliviarse al contemplar las glorias

Que un tiempo ornaban la española gente?

¡Sepulcros, responded!... Y de repente

Vuélvense de la bóveda las puertas

Sobre el sonante quicio estremecido,

La antorcha muere que mis plantas guía,

Y embargado el sentido,

Mil terribles imágenes se ofrecen

A mi atemorizada fantasía.

Tú que ciñendo de laurel la frente,

Con austero semblante

Y en perdurable verso

Presentas la verdad al universo,

Sin que el halago pérfido te vicie

Ni el ceño de los déspotas te espante:

¡Oh Musa del saber! mi voz te implora;

Ven, desata mi labio, en digno acento

Dame que pueda revelar ahora

Lo que vi, lo que oí, cuánto escondido,

Sin que los hombres a entenderlo aspiren,

Yace allí entre las sombras y el olvido.

Un alarido agudo, lastimero,

El silencio rompió que hondo reinaba,

Mientras las urnas lánguidas alumbraban

Pálida luz de fósforo ligero.

Levanto al grito la aterrada frente,

Y en medio de la estancia pavorosa

Un joven se presenta augusto y bello.

En su lívido cuello

Del nudo atroz que le arrancó la vida

Aún mostraba la huella sanguinosa;

Y una dama a par de él también se vía,

Que, a fuer de astro benigno, entre esplendores

Con su hermosura celestial sería

Del mundo todo adoración y amores.

¿Quién sois? iba a decir, cuando a otra parte

Alzarse vi una sombra, cuyo aspecto

De odio a un tiempo y horror me estremecía.

El insaciable y velador cuidado,

La sospecha alevosa, el negro encono,

De aquella frente pálida y odiosa

Hicieron siempre abominable trono.

La aleve hipocresía,

En sed de sangre y de dominio ardiendo,

En sus ojos de víbora lucía;

El rostro enjuto y míseras facciones

De su carácter vil eran señales,

Y blanca y pobre barba las cubría

Cual yerba ponzoñosa entre arenales.

Los dos al verle con dolor gimieron:

Paráronse, y el joven indignado,

«¿Qué te hicimos? ¡oh bárbaro! exclamaba;

¿Conoces a tus víctimas?» «Respetar,

Dijo el espectro, a quien el ser debiste

por el bien del Estado al fin moriste.

Resígnate.»

EL PRÍNCIPE CARLOS.

¡Oh hipócrita! La sombra

De la muerte te oculta, ¿y aún pretendes

Fascinar, engañar? Cuando asolados

Por tu superstición reinos enteros,

Yo los osé compadecer, tú entonces

Criminal me juzgaste, y al sepulcro

Me hiciste descender. Mas si en el pecho

De un hijo del fanático Felipe

No pudo sin delito haber clemencia,

¿Cuál fue, responde, la secreta culpa

De esta infeliz para morir conmigo?

Ni su sangre real, ni el ser tu esposa,

Ni su noble candor, ni su hermosura,

De ti pudieron guarecerla.»-

Un hondo

Gemido entonces penetró los aires,

Que al desplegar sus labios dio la triste.

ISABEL DE VALOIS O DE LA PAZ.

«¡Ay, prorumpió, de la que nace hermosa!

¿Qué la valdrá que en su virtud confíe

Si la envidia en su daño no reposa,

Y la calumnia hiriéndola se ríe?

Yo di al mundo la paz, Paz me nombraron.

Quise al cruel que se llamó mi esposo

Un horror impedir, y éste es mi crimen.

Pedí por ti con lágrimas; mis ruegos,

Cual si de un torpe amor fuesen nacidos

Irritaron su mente ponzoñosa.

La vil sospecha aceleró el castigo,

Y sin salvarte, perecí contigo:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»

Dijo; y vertiendo lastimoso llanto,

En los hombros del joven reclinada,

Sus ojos melancólicos y bellos

Fijaba en él, y la amistad más viva,

La más noble piedad reinaba en ellos.

Entre sus manos frías

Se miraba la copa envenenada

Que terminó sus días,

Y el Príncipe en las suyas agitando

Un sangriento dogal, con faz terrible

A su bárbaro padre atormentaba.

El tirano temblaba; en sordos ecos

Desesperados ayes

Su boca despedía,

Y de sus miembros trémulos

En convulsiones hórridas

Brotaba a su despecho la agonía.

Sí, nacer para el mal, romperse el velo

De la ilusión que arrebató hacia el crimen,

Presentes ver las víctimas que gimen,

Ser odio, execración del universo,

Mirar que niega la implacable suerte

Todo retorno al bien; ¡ay! al perverso

Este infierno tal vez en vida alcanza,

Si aún le sigue a los reinos de la muerte,

¡Qué terrible, oh virtud, es tu venganza!

Sobrepujando en fin por un momento

La agitación, y vuelto hacia su hijo:

FELIPE II.

«Cesa, cruel, de atormentarme, dijo:

Tu muerte injusta fue; pero el Estado

Con ella respiró. Si tú vivieras,

Rota la paz, turbada la armonía

De un imperio hasta allí quieto y sereno,

Tú profanarás su inocente seno

Con la atroz sedición, con la herejía.»

EL PRÍNCIPE CARLOS.

«Mandar, sólo mandar, que se estremezca

La tierra a vuestro arbitrio, éste es el orden,

Ésta la ley con que regís al mundo

Tú y tus iguales, y al ahogar la vida

De las naciones míseras que os sirven

Dais el nombre de paz al desaliento

De la devastación. ¡Oh de Felipe

Hijos, nietos imbéciles, decidle

Qué resta ya de la nación que un tiempo

Al mundo dominó como señora.

Alzaos del polvo, y respondedle ahora.»

A los tremendos ecos

De la imperiosa voz, que resonando

Fue como trueno bronco por los huecos

De aquellas tumbas, de repente abiertos

Sus mármoles, tres sombras abortaron,

Que en vez de amor u horror, desprecio sólo

Y piedad injuriosa me inspiraron.

Alzaba al cielo sin cesar los ojos

Con apariencia mística el primero,

Dejando el cetro en tanto por despojos

A un mercenario vil, cuya avaricia,

Mientras más atesora, más codicia.

Enjuegos, danzas, farsas distraído,

Y al crótalo procaz dando el oído,

El segundo se entrega a los placeres,

Y el reino y el deber pone en olvido.

Trémulo el otro respiraba apenas.

¡Oh Dios! ¿Y esto era rey a tanto imperio?

Nulo igualmente a la virtud que al vicio,

indigno de alabanza o vituperio,

La estrella ingrata que su ser gobierna

Le destinó en el mundo

A impotencia oprobiosa, a infancia eterna.

Violos Felipe, y en aquel momento

Lució en su faz la majestad pasada

Violos, y dijo:

FELIPE II.

«¿Quiénes sois? ¿Qué hicisteis

Del inmenso poder que se extendía

Con pasmo universal de polo a polo?

Tal os le di muriendo. Al nombre hispano,

A su esplendor y bélica fortuna

Tembló el francés, se estremeció el britano,

Y te oyó con terror la media luna.»

FELIPE III.

«Yo nací para orar: un solo día

Quise mostrarme rey, y de sus lares

A las arenas líbicas lanzados

Un millón de mis súbditos se vieron.

Los campos todos huérfanos gimieron,

Llora la industria su viudez; ¿qué importa?

Su voz no llegó a mí.»

FELIPE IV.

«Ya el trono de oro,

Que a tanto afán alzarón mis abuelos,

Debajo de mis pies se derrocaba;

Mientras que, embebecido entre festines

Yo, olvidando mi oprobio, respiraba

El aura del deleite en los jardines.»

CARLOS II.

«Yo inútil...»

FELIPE II.

«Basta ya; ¿quién hay que al verte

Pueda ignorar la deplorable suerte

De este imperio, en tus manos moribundo?»

EL PRÍNCIPE CARLOS.

«Aún no basta; responde: ¿a quién el mundo

Te vio dejar el vacilante trono?

A quién diste el poder de Austria?»

CARLOS II.

«A la Francia.»

FELIPE II.

«¡A la Francia! A esa gente abominable,

Eterno horror de la familia mía!

¿Lo oyes, oh padre? Las legiones fieras,

Que en San Quintín triunfaron y en Pavía,

Bajo el yugo se ven de los vencidos.

¿Cómo España es tan vil, que lo consienta?

No hay duda, un astro pérfido, inclemente,

Se ha complacido en eclipsar mi nombre,

Y el mundo en vano me llamó el Prudente.»

Así en estos inútiles clamores

Su confusión frenético exhalaba,

Cuando las losas del sepulcro bendiendo

Se vio un espectro augusto y venerable,

Que a los demás en majestad vencía.

El águila imperial sobre él tendía

Para dosel sus alas esplendentes,

Y en arrogante ostentación de gloria

Entre sus garras fieras y valientes

El rayo de la guerra arder se vía,

Y el lauro tremolar de la victoria.

Un monte de armas rotas y banderas

De bélicos blasones

Ante sus pies indómitos yacía

Despojo que a su esfuerzo las naciones

Vencidas, derrotadas, le rindieron.

Las sombras a su aspecto enmudecieron,

Y él, con fiero ademán vuelto al tirano,

Dijo:

CARLOS V.

¿Por qué culpar a las estrellas

De esa mengua cruel? Por qué te olvidas

De tu ambición fanática y sedienta,

Que de prudencia el nombre sacrosanto

A usurpar se atrevió? Yo los desastres

De España comencé y el triste llanto

Cuando, espirando en Villalar Padilla,

Morir vio en él su libertad Castilla.

Tú los seguiste, y con su fiel Lanuza

Calló Aragón gimiendo. Así arrollados

Los Dobles fueros, las sagradas leyes

Que eran del pueblo fuerza y energía,

¿Quién, insensato, imaginar podría

Que, en si abrigando corazón de esclavo,

Señor gran tiempo el español sería?

¿Qué importaba después con la victoria

Dorar la esclavitud? Esos trofeos

Comprados fueron ya con sangre y luto

De la despedazada monarquía.

Mírala entre ellos maldecirme a gritos.»

Y era así; que agoviada con el peso

De tanto triunfo allí se querellaba

Doliente y bella una mujer, y en sangre

Toda la pompa militar manchaba.

El prosiguió:

CARLOS V.

«¿Las oyes? Esas voces

De maldición y escándalo sonando

De siglo en siglo irán, de gente en gente.

Yo el trono abandoné, te cedí el mando,

Te vi reinar... ¡Oh errores! ¡Oh imprudente

Temeridad! ¡Oh míseros humanos!

Si vosotros no hacéis vuestra ventura,

¿La lograréis jamás de los tiranos?»

Llegaba aquí, cuando de la alta sierra

Bramador huracán fue sacudido,

De tempestad horrísona asistido,

Para espantar y combatir la tierra.

Derramóse furioso por los senos

Del edificio; el panteón temblaba;

La esfera toda se asordaba a truenos;

A su atroz estampido

De liar en par abiertas

Fueron de la honda bóveda las puertas:

Entraron los relámpagos, su lumbre

Las sombras disipó, y enmudecido,

Y envuelto yo en pavor, cobró el sentido,

Cual si con tanta majestad quisiera

Solemnizar el cielo

La terrible lección que antes me diera.

(Abril de 1805.)

A España, después de la Revolución de marzo.

¿Qué era, decidme, la nación que un día

Reina del mundo proclamó el destino,

La que a todas las zonas extendía

Su cetro de oro y su blasón divino?

Volábase a occidente,

y el vasto mar Atlántico sembrado

Se hallaba de su gloria y su fortuna.

Do quiera España: en el preciado seno

De América, en el Asia, en los confines

Del África, allí España. El soberano

Vuelo de la atrevida fantasía

Para abarcarla se cansaba en vano

La tierra sus mineros le rendía,

Sus perlas y coral el Océano,

Y donde quier que revolver sus olas

El intentase, a quebrantar su furia

Siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,

Abandonada a la insolencia ajena,

Como esclava en mercado, ya aguardaba

La ruda argolla y la servil cadena.

¡Qué de plagas, ¡oh Dios! Su aliento impuro,

La pestilente fiebre respirando,

Infestó el aire, emponzoñó la vida;

La hambre enflaquecida

Tendió sus brazos lívidos, ahogando

Cuanto el contagio perdonó; tres veces

De Jano el templo abrimos,

Y a la trompa de Marte aliento dimos

Tres veces ¡ay! Los dioses tutelares

Su escudo nos negaron, y nos vimos

Rotos en tierra y rotos en los mares.

¿Qué en tanto tiempo viste

Por tus inmensos términos, oh Iberia?

¿Qué viste ya sino funesto luto,

Honda tristeza, sin igual miseria,

De tu vil servidumbre acerbo fruto?

Así, rota la vela, abierto el lado,

Pobre bajel a naufragar camina,

De tormenta en tormenta despeñado,

Por los yermos del mar ya ni en su popa

Las guirnaldas se ven que antes le ornaban,

Ni en señal de esperanza y de contento

La flámula riendo al aire ondea.

Cesó en su dulce canto el pasajero,

Ahogó su vocería

El ronco marinero,

Terror de muerte en torno le rodea,

Terror de muerte silencioso y frío;

Y él va a estrellarse al áspero bajío.

Llega el momento, en fin; tiende su mano

El tirano del mundo al occidente,

Y fiero exclama: «El occidente es mío.»

Bárbaro gozo en su ceñuda frente

Resplandeció, como en el seno oscuro

De nube tormentosa en el estío

Relámpago fugaz brilla un momento

Que añade horror con su fulgor sombrío.

Sus guerreros feroces

Con gritos de soberbia el viento llenan

Gimen los yunques, los martillos suenan,

Arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¿Acaso

Pensáis que espadas son para el combate

Las que mueven sus manos codiciosas?

No en tanto os estiméis: grillos, esposas,

Cadenas son que en vergonzosos lazos

Por siempre amarren tan inertes brazos.

Estremecióse España

Del indigno rumor que cerca ola,

Y al grande impulso de su justa sana

Rompió el volcán que en su interior hervía.

Sus déspotas antiguos

Consternados y pálidos se esconden

Resuena el eco de venganza en torno,

Y del Tajo las márgenes responden:

«¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río,

Los colosos de oprobio y de vergüenza

Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?

Su gloria fue, nuestro esplendor comienza;

Y tú, orgulloso y fiero,

Viendo que aún hay Castilla y castellanos,

Precipitas al mar tus rubias ondas,

Diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»

¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento!

¿Con que puede ya dar el labio mío

El nombre augusto de la patria al viento?

Yo le daré; mas no en el arpa de oro

Que mi cantar sonoro

Acompañó hasta aquí; no aprisionado

En estrecho recinto, en que se apoca

El numen en el pecho

Y el aliento fatídico en la boca.

Desenterrad la lira de Tirteo,

Y el aire abierto a la radiante lumbre

Del sol, en la alta cumbre

Del ríscoso y pinífero Fuenfría,

Allí volaré yo, y allí cantando

Con voz que atruene en rededor la sierra

Lanzaré por los campos castellanos

Los ecos de la gloria y de la guerra.

¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,

Único asilo y sacrosanto escudo

Al ímpetu sañudo

Del fiero Atila que a occidente oprime!

¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis

Ved del Tercer Fernando alzarse airada

La augusta sombra; su divina frente

Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;

Blandir el Cid su centellante espada,

Y allá sobre los altos Pirineos,

Del hijo de Jimena

Animarse los miembros gigantes.

En torbo ceño y desdeñosa pena

Ved cómo cruzan por los aires vanos;

Y el valor exhalando que se encierra

Dentro del hueco de sus tumbas frías,

En fiera y ronca voz pronuncian «¡Guerra!

¡Pues qué! ¿Con faz serena

Vierais los campos devastar opimos,

Eterno objeto de ambición ajena,

Herencia inmensa que afanando os dimos?

Despertad, raza de héroes: el momento

Llegó ya de arrojarse a la victoria;

Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,

Que vuestra gloria humille nuestra gloria.

No ha sido en el gran día

El altar de la patria alzado en vano

Por vuestra mano fuerte.

Juradlo, ella os lo manda: ¡Antes la muerte

Que consentir jamás ningún tirano!»

Sí, yo lo juro, venerables sombras;

Yo lo juro también, y en este instante

Ya me siento mayor. Dadme una lanza,

Ceñidme el casco fiero y refulgente;

Volemos al combate, a la venganza;

Y el que niegue su pecho a la esperanza,

Hunda en el polvo la cobarde frente.

Tal vez el gran torrente

De la devastación en su carrera

Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura

No se muere una vez? ¿No iré, espirando,

A encontrar nuestros ínclitos mayores?

«¡Salud, oh padres de la patria mía,

Yo les diré, salud! La heroica España

De entre el estrago universal y horrores

Levanta la cabeza ensangrentada,

Y vencedora de su mal destino,

Vuelve a dar a la tierra amedrentada

Su cetro de oro y su blasón divino.»

(Abril de 1808)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

